

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS

**Explicación de los Hechos
de los Apóstoles**

Volumen II

Serie
Los Santos Padres
N.º 19

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2232-1991

I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-215

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirta S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

HOMILIA XIII

Entonces, levantándose el Sumo Sacerdote y todos los que lo rodeaban, se llenaron de envidia. Y prendieron a los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública.
(Hechos V, 17)

NADA HAY MÁS impudentemente audaz que la perversidad. Habían los sacerdotes experimentado la firmeza de los Apóstoles por lo que en contra de éstos anteriormente habían intentado; y sin embargo, nuevamente los acometen y se levantan en su contra. ¿Que significa: *Entonces, levantándose el Sumo Sacerdote y todos los que lo rodeaban?* Quiere decir que se conmovieron y excitaron por lo que había acontecido. *Y prendieron a los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública.* Ahora con mayor vehemencia los acometen; pero no los juzgan inmediatamente porque esperan que se ablanden más. ¿Por dónde consta que los acometen con mayor vehemencia? Porque los pusieron en la cárcel pública. De nuevo caen en peligro y de nuevo experimentan el favor divino. ¿Cómo fue eso? Escucha lo que sigue: *Mas el ángel del Señor por la noche les abrió las puertas de la cárcel y los condujo fuera, y les dijo: Id y presentaos en el templo y predicad al pueblo toda esta doctrina de vida.*

Aconteció esto para consuelo de los Apóstoles, y enseñanza de los fieles y su utilidad. Observa cómo sucede ahora lo mismo que en tiempo de Cristo. No los deja ver los milagros hechos, pero en cambio prepara algo más por donde conozcan la verdad. En su Resurrección no permitió que vieran cómo resucitaba, porque no eran dignos de verla; pero en cambio se la manifestó con lo que entonces hizo. Y cuando convirtió el agua en vino, los comensales no advirtieron cómo lo hizo, pues estaban ebrios; pero dejó que otros juzgaran del milagro. Lo mismo aconteció ahora. Los judíos no vieron a los que eran saca-

dos de la cárcel; pero en cambio vieron los indicios por donde podían llegar a conocer lo sucedido.

¿Por qué el ángel los libró durante la noche? Porque de este modo, más que de otro alguno debía dárseles crédito. De otro modo ya no se habrían presentado a ser interrogados. O en fin, por otro camino los sacerdotes no habrían creído. Así aconteció entre los antiguos. Por ejemplo en Nabucodonosor. Vio a los jóvenes que en el horno de fuego alababan a Dios y quedó estupefacto. Por su parte los sacerdotes, cuando lo conveniente era preguntar a los Apóstoles: ¿cómo salistéis de la cárcel?, preguntan, como si nada hubiera sucedido: *¿No os intimamos con formal precepto que no enseñarais en este Nombre?* Advierte, cómo en efecto, lo llegan a saber todo, pero mediante otros. Porque ven la cárcel cerrada y a los guardias de pie y firmes a la entrada.

Los Apóstoles, *obedientes a lo que acababan de oír, entraron en el templo al despuntar el alba y se pusieron a enseñar. Cuando llegó el Sumo Sacerdote y su comitiva, convocaron al Sanedrín, o sea a todo el Senado de los hijos de Israel; y enviaron a la prisión quienes trajeran a los Apóstoles. Mas cuando llegaron los esbirros no los encontraron en la cárcel. Volviéronse y refirieron: Por cierto, hemos hallado la cárcel cerrada con plena seguridad y los guardias de pie, firmes, delante de las puertas; pero al abrirlas a nadie hemos encontrado dentro.* Doble seguridad, como allá en el sepulcro: el sello y los guardias. Pero advierte cuán adversarios eran de Dios.

Dime: ¿lo acontecido con los Apóstoles ¿era cosa humana? ¿Quién los sacó estando cerradas las puertas? ¿Cómo pudieron salir estando firmes los centinelas delante de las puertas? Verdaderamente palabras son esas de los sacerdotes propias de locos furiosos y de ebrios. A quienes no pudieron detener ni la cárcel, ni las cadenas ni las puertas cerradas ¿esperaban ellos poder someterlos? ¿No se portaban en esto a la manera de párvulos que no saben lo que hacen? Presentes se hallaban los esbirros, y éstos confiesan el hecho para quitar a los sacerdotes toda oportunidad de excusarse.

¿Adviertes la serie de milagros concatenados unos con otros? Unos, hechos por los Apóstoles, otros, hechos en su favor y por cierto más brillantes aún. Bien estuvo que no se les comunicara el suceso antes, sino que primero estuvieran dudosos, para que, reconociendo andar ahí de por medio el poder divino, al fin lo sepan todo. Cuando oyeron aquello el oficial de la guardia del templo lo mismo que los Sumos

Sacerdotes, quedaron desconcertados por lo acontecido, sin atinar qué había sucedido con los Apóstoles. Llegó entonces un individuo con la noticia, y les dijo: *Ved que los hombres que pusisteis en la cárcel, están en el templo y enseñan al pueblo.* Entonces fue el oficial del templo con los guardias, y los condujo, aunque no con violencia, pues temían que el pueblo los apedreara.

¡Oh necesidad! Dice que temían a la turba. Pero ¿de qué servía la turba? Cuando convenía temer a Dios, quien continuamente los sacaba de entre las garras de ellos, como si fueran aves aladas, ellos a quienes temían era a la turba. El Sumo Sacerdote los interrogó: ¿No os intimamos el precepto formal de que no enseñarais en este Nombre? Y he aquí que tenéis a toda Jerusalén llena de vuestra doctrina, y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre.

¿Qué responden los Apóstoles? De nuevo les hablan con mansedumbre. Podían haberles dicho: ¿Quiénes sois vosotros para ordenar cosas en contra de la voluntad de Dios? Pero no, sino ¿qué es lo que dicen? Otra vez, exhortándolos y aconsejándolos, les responden con mansedumbre. *Pedro y los Apóstoles respondieron: Es necesario obedecer antes a Dios que a los Hombres.* ¡Bella sabiduría con la que les demuestran que están luchando contra Dios! *El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, al que vosotros matasteis suspendiéndolo de un madero. A Este lo exaltó Dios a su diestra como Caudillo y Salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados.*

Fue como si les dijera: Al que vosotros matasteis, a Ese lo resucitó Dios. Observa cómo nuevamente todo lo atribuye al Padre, para que no pareciera ser Jesús contrario al Padre. Les dice: *Lo exaltó a su diestra.* Significa con esto no únicamente la Resurrección sino además la exaltación, o sea la Ascensión. *Para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados.* Mira de nuevo el fruto y la enseñanza perfecta, propuesta bajo la forma de una defensa. Y de estos hechos suyos nosotros somos testigos. ¡Grande franqueza en el hablar! Y para que se de fe a sus palabras, añade: *Y también el Espíritu Santo, que otorgó Dios a los que le son dóciles.*

¿Adviertes cómo usan no sólo de su propio testimonio, sino además del testimonio del Espíritu Santo? Y no dijeron: El cual nos fue dado; sino: *El cual dio a los que le son dóciles.* Proceden con modestia y lo declaran gran don; y les dicen que también ellos lo pueden recibir. Mira cómo los Sumos Sacerdotes son instruidos con obras y con palabras, y sin embargo no hacen caso, para que su condenación

sea justa. Permitía Dios que los Apóstoles fueran llevados a juicio, para que aquellos otros, si querían escuchar, quedaran enseñados; y además los mismos Apóstoles crecieran en la confianza. Los Sumos Sacerdotes, al oír esto, reventaban de rabia y querían matarlos. Advierte la enorme maldad. Cuando convenía concebir temor por lo que oían, al revés, se consumían de rabia y vanamente consultaban sobre quitarlos de en medio. Pero es necesario que volvamos sobre lo que se ha leído.

Mas el ángel del Señor por la noche abrió las puertas de la cárcel y habiéndolos sacado fuera, les dijo: Id y presentaos en el templo y predicad al pueblo toda esta doctrina de vida. Habiéndolos sacado. No los saca el ángel mismo, sino que los deja libres; para que por aquí se vea el ánimo intrépido de ellos, como lo demuestran en seguida, pues aún oscura la mañana entraron en el templo y se pusieron a enseñar. Si, como creían los Sumos Sacerdotes hubieran sido los guardias quienes los habían dejado ir, sin duda que los Apóstoles se habrían escondido, en el caso de obedecer a los guardias. Más aún, si los guardias los hubieran liberado, ellos no se habrían presentado en el templo, sino que se habrían dado a la fuga: cosa que todos ven clara, si no son los necios.

¿No os intimamos con precepto formal? Si ellos os hubieran dicho que obedecían, justamente los reprenderíais; pero si ellos entonces os dijeron que no obedecerían, vanamente los reprendéis y en vano les ordenáis ahora de nuevo. Mira la inconsecuencia de los criminales y su enorme necedad. Lo que quieren es demostrar el ánimo sanguinario de los judíos; y que no preguntan por el deseo de saber, sino para vengarse. En vista de esto los Apóstoles no les responden, pues al fin y al cabo son doctores de la ley, aunque a decir verdad ¿quién que fuera otro y no ellos, tras de conmover a toda la ciudad no les habría hablado con grandilocuencia, atenido a tan grande favor? Pero ellos no procedieron así, porque no los movía la ira, sino que se compadecían y los lloraban y pensaban en el modo de sacarlos de su error y de su ira.

Ahora no les responden: *Juzgad vosotros*, sino que les dicen: *Al que Dios resucitó*; declarando con esto que todo había sucedido por divina determinación. No les respondieron diciendo: *¿Acaso no os prevenimos de que nosotros no podíamos no testificar lo que vimos y lo que oímos?*, porque no eran rijosos. Lo que hacen es repetirles la misma doctrina sobre la cruz y la Resurrección. No les dice el por qué

de la crucifixión ni que fue crucificado para bien nuestro; pero lo dejan entender aunque claramente no lo digan, para de momento apartarlos de sus propósitos. ¿Qué arte oratorio hay aquí? Ninguno. Predicaban el Evangelio de la vida sin ningún aparato. Y una vez que Pedro les hubo dicho: *Lo exaltó*, añadió el motivo: Para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados.

Alegarán algunos que tales cosas en aquel tiempo no parecían probables. Pero ¿qué es lo que dices? ¿Cómo iban a parecer improbables las cosas que ni los príncipes de los sacerdotes ni la multitud podían contradecir; y con las que a unos se les cerraba la boca a otros se los catequizaba? *Y nosotros somos testigos de estos hechos*. ¿De cuáles? De que prometió Jesús el perdón y la penitencia, pues la Resurrección era un suceso evidente a todos. Como si dijera Pedro: Y que de la remisión de los pecados somos testigos nosotros y el Espíritu Santo, el cual no habría venido si el pecado no hubiera sido perdonado de antemano. De manera que este es un argumento que no admite duda. Pero ¡oh infeliz! ¿Oyes que remite los pecados y no castiga, y tú quieres asesinar? Pero ¡cuán grande perversidad no sería ésta! Lo conveniente era desenmascarar a los mentirosos; a lo menos, si ellos no querían creer, que no quisieran asesinar.

¿Qué había en todo ello digno de muerte? Mas los Sumos Sacerdotes, a causa de su furor ni siquiera sabían lo que había sucedido. Advierte cómo aquí los Apóstoles, mencionando el crimen de los judíos, hablan de perdón, y demuestran que semejante crimen es en verdad digno de muerte; pero que como a quienes se arrepienten, se les concede el perdón. Ni ¿qué otro camino había para persuadirlos, sino enseñarles que así obrarían bien? Advierte la malicia de los jueces: les ponen delante a los Apóstoles a los saduceos, que más que nadie se duelen de que afirmen la Resurrección. Pero nada logran con esta malicia.

Quizá diga alguno: pero ¿quién que gozara de los bienes de que disfrutaban los Apóstoles no se habría ensoberbecido? Pues bien, advierte cómo antes de gozar del don perseveraban unánimes en la oración, confiados en la Gracia del Cielo. Tú, en cambio, carísimo, esperas el Reino de los Cielos ¿y no quieres padecer nada? Recibiste también el Espíritu Santo, y no sufres lo que ellos sufrieron ni pasas por los peligros que ellos pasaron. Ellos antes de descansar de unas pruebas entraban en otras, y eran así arrojados a ellas. El solo ni hincharse ni darse a la vanagloria, ¿cuán grande bien no es? ¿Cuán

grande ganancia es hablar con mansedumbre? Pero no todo lo hacía la Gracia, pues hay muchos indicios del empeño que ellos ponían. A su empeño y diligencia se debía que brillaran en ellos los dones de la Gracia. Advierte cómo ya desde el principio anduvo Pedro solícito, vigilante y sobrio sobremanera. Mira cómo rechazan las riquezas que los fieles les ofrecían. Nada propio poseían, perseveraban en la oración, mostrábanse concordes, vivían ayunando. ¿De qué Gracia provenía esto? ¹.

Por tal motivo Dios hace que los Sumos Sacerdotes queden redargüidos por los mismos ministros de ellos; los cuales, al igual que los otros que habían enviado para aprehender a Cristo, y volvieron diciendo: *Nunca jamás ha hablado así un hombre*, ² regresaron y refirieron lo que habían visto. Considera la mansedumbre de los Apóstoles y cómo se contienen y también la doblada intención del Príncipe de los Sacerdotes. Les habla con fingida mansedumbre, porque teme; y más quiere prohibirles que hablen, que no matarlos. Porque esto último no puede hacerlo.

Y para conmover a los Apóstoles y persuadirlos de que se encuentran en grave peligro, les dice: *¿Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre*? ¿todavía te parece que es sólo hombre? Lo dijo para hacerles ver que semejante mandato les era necesario. Pero advierte lo que Pedro dice: *A Este lo exaltó Dios a su diestra como caudillo y salvador para otorgar a Israel conversión y perdón de sus pecados*. No menciona a los gentiles para no dar ocasión a mayor contienda.

Y querían acabar con ellos. Mira cómo de nuevo los Sumos Sacerdotes se encuentran entre angustias y dolores, mientras los Apóstoles disfrutaban de quietud y placer y gozo. Ni simplemente se dolían los Sumos Sacerdotes, sino que se destrozaban ³. Esto es a la verdad aquello de: padecer el mal es hacer daño a otro, como aquí se ve. Los Apóstoles estaban encarcelados; eran llevados ante los jueces; y los jueces eran quienes estaban en angustias y en absoluto sin saber qué partido tomar. Como sucede a quien golpea un diamante, que es él quien recibe la herida: así les aconteció a los jueces.

Veían que nada quebrantaba la confianza de los Apóstoles, sino que, al revés, la predicación se extendía más y más; y que se expresaban sin ningún temor y que no daban ocasión alguna para castigarlos. Imitémoslos, carísimos, y en las adversidades mantengámonos sin temor. Nada hay pesado para quien teme a Dios; pero a quienes no lo

temen les amenazan graves males. Quien mediante la virtud domina las pasiones de su ánimo y deja pasar lo presente como si fuera una sombra, ¿qué padece de otros o por qué ha de pensar que lo que de otros padece es cosa pesada? Acojámonos a esta roca inconvencible.

Si alguno nos construyera una ciudad y la rodeara de una muralla; o mejor aún, nos llevara a una región en donde nadie perturbara, y al mismo tiempo nos suministrara abundancia de todas las cosas, de manera que nada tuviéramos que ver con nadie, no nos proporcionaría una seguridad tan grande como es la que ahora Cristo nos proporciona. Sea por ejemplo, si os parece, una ciudad construida de bronce, ceñida de un muro fuerte e inexpugnable, y que no tenga enemigo alguno, y posea tierras gruesas y fértiles y abunde en todas las demás cosas, y que sus ciudadanos sean mansos y tratables y no se vea en ella hombre alguno perverso, ni ladón, ni salteador de caminos ni sicofanta, y en donde no haya tribunales, sino únicamente contratos sin doblez, y suponed que habitamos en semejante ciudad: pues bien, ni aún allí viviríamos tan grandemente seguros. ¿Por qué? Porque todavía sería necesario andar en discusiones con los siervos, la esposa y los hijos, con lo que habría ocasión de grandes tristezas. Acá, en cambio, nada de eso había, pues nada había que causara dolor ni molestia.

Y lo que es muy de admirar es que lo que a nosotros nos parece que acarrea tristeza, era allí motivo de completa alegría y gozo. Porque, dime: ¿qué motivo tenían para entristecerse? ¿Qué podía molestarlos? ¿Quieres que traigamos aquí al medio a alguno de ellos? Sea, por ejemplo, un varón consular que mucho abunde en riquezas y viva en la ciudad imperial, que con nadie tenga dificultades y se entregue a los placeres y no se ocupe en otra cosa, pues se halla colocado en la cumbre de las riquezas, los honores y el poder. Pongámoslo, si os parece, en parangón con Pedro, que vive entre cadenas y males sin cuento. Veremos que todavía es Pedro quien vive entre deleites. Pues siendo tan grande su gozo que aun halla deleite en las cadenas, piensa cuánta será la grandeza de su alegría.

Así como los que poseen una alta magistratura, si alguna cosilla molesta les acaece no la sienten, sino que no pierden su alegría, así sucede con estos otros, pues con semejantes males es con lo que más se regocijan. ¡No, no se puede, es imposible explicar el placer de quienes sufren por Cristo alguna cosa pesada! Más se deleitan en sus males que en sus bienes. Quienquiera que ama a Cristo entiende lo

que digo. Pues ¿qué? ¿acaso para su seguridad habían de huir de semejantes males? Yo pregunto: ¿quién hay tan abundante en riquezas que viva entre gente y pueda huir de tantos peligros como suceden por un solo cambio en la república?

Pero los Apóstoles, como empujados por una orden del rey, todo lo llevaban a cabo, y aun con mayor facilidad. Porque un mandato regio no es capaz de llevar a cabo lo que operaba la predicación de ellos. El mandato regio obliga porque impone una necesidad, mientras que los Apóstoles llevaban a cabo la empresa espontánea y voluntariamente e incluso con acciones de gracias en sus padecimientos. ¿Qué mandato regio habría podido persuadirlos a dejar todas sus riquezas y aun a exponer su vida y despreciar su casa, su patria, sus parientes y la salud? Pues bien, esto lo lograron las palabras de unos pescadores y fabricantes de tiendas de campaña, hasta el punto de que arrebatados de gozo y en el gozo viviendo, eran más poderosos y fuertes que todos.

Dirás: ¡Sí! ¡pero ellos hacían milagros! Sea así. Pero los otros que se convertían, o sea aquellos tres mil y cinco mil que vivían exultantes de gozo ¿qué milagros hacían? Y con razón vivían así, puesto que se había suprimido la causa de la tristeza y de todos los males: la posesión de las riquezas. Esa posesión de las riquezas era la causa de las guerras, disputas y todos los malestares que hacían la vida trabajosa y penosa. Muchísimos más ricos que no pobres encontrarás tristes. Y si algunos no lo creen, débese esto no a la naturaleza de las cosas, sino por sus modos de ver.

No es maravilla que los ricos tengan algún placer. También los que están llenos de sarna sienten gran placer en su comezón. Y que los ricos no difieran de los sarnosos se ve claro por lo que sigue. A los ricos los devoran los cuidados; y sin embargo quieren tenerlos a cambio del momentáneo placer que experimentan. Los que están libres de semejantes cuidados pasan la vida sanos y sin tristezas. Pregunto yo: ¿qué es más dulce, qué es más seguro: no tener solicitudes sino cuidar únicamente del pan y del vestido o tener que cuidar de infinitos siervos e hijos y descuidarse de sí mismo? Así como aquel teme sólo por sí mismo, así tú temes por todos los que dependen de ti.

Preguntarás: ¿por qué parece que la pobreza ha de huirse? Por la misma razón que tienen muchos otros para huir de bienes que de suyo no se han de huir, sino que son difíciles de alcanzar. No hay por qué huir de la pobreza; sino que resulta difícil su ejercicio. Si alguno

podiera soportarla, ya no parecería ella digna de huirse. ¿Por qué no la aborrecían los Apóstoles? ¿Por qué aún ahora muchos la escogen? Y no sólo no la rechazan, sino que corren hacia ella. Lo que de verdad ha de huirse no parece que puedan desearlo sino quienes estén privados de razón.

Si los filósofos, los más elevados de entre los hombres, se acogen a la pobreza como a sitio seguro y sin riesgo, nada admirable hay en que los demás piensen de otra manera. El rico no me parece ser sino una ciudad situada en un llano, desprovista de murallas, que de todos lados atrae a quienes quieran ponerles asechanzas; mientras que la pobreza es como una fortaleza que esta guarnecida y rodeada de muros de bronce y edificada en un lugar inaccesible. Alegarás que las cosas van al revés, pues los pobres con frecuencia son llevados a los tribunales y se les causan daños y lo pasan mal. Es verdad; pero no son los pobres simplemente, sino los pobres que quieren enriquecerse. Yo no hablo de éstos, sino de los que procuran vivir en pobreza. Dime: ¿por qué nadie arrastra a los tribunales a los monjes que viven en las montañas? Si la pobreza como tan fácilmente fuera oprimida, sin duda que quienes más serían llevados a los tribunales serían aquellos, pues son los más pobres de todos los hombres.

¿Por qué nadie lleva ante los tribunales a los mendigos? ¿Por qué nadie les hace violencia ni los calumnia? ¿Acaso no es porque han colocado su morada en el sitio más seguro? ¿A cuántos en gran muchedumbre las palabras pobreza y mendicidad les significan lo que hay de más infeliz? Dirás: pero entonces, ¿es bueno andar mendigando? Bueno es si hay quien consuele, si hay quien haga limosna; pues en tal caso nadie ignora que ese género de vida es descansado y seguro. Pero yo no lo alabo ¡lejos tal cosa! Lo que apruebo y recomiendo es que no se anhelan las riquezas.

Dime: ¿a quiénes llamarías tú felices: a quienes se empeñan en ejercitar la virtud o a quienes andan lejos de ella? Sin duda que a los empeñosos. ¿Y cuáles serán más idóneos para aprender las cosas útiles y para dar esplendor a la virtud: aquéllos o éstos? Es claro que aquéllos. Si no lo crees, sábelo ahora. Venga aquí uno de los que mendigan en la plaza, un ciego, un cojo, un mutilado de sus miembros; y venga otro que sea hermoso en su presencia, robusto en su cuerpo, lleno de vida, con grandes riquezas, y clara nobleza y poderoso⁴. Dediquemos a ambos al estudio de la virtud y veamos cuál de ellos comprende y se apropia mejor la doctrina.

Sea el primer precepto: Se humilde, se modesto, pues eso ordena Cristo. ¿Cuál de los dos podrá mejor practicarlo? Bienaventurados los que lloran. ¿Cuál de los dos hará caso de semejante precepto? Bienaventurados los humildes. ¿Cuál de ambos obedecerá? Bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia ⁵. ¿Cuál de ambos con mayor facilidad aceptará estos mandatos? Y si quieres examinémoslos aplicados a entrambos. ¿Acaso el uno no anda hinchado todo y soberbio, mientras que el otro en absoluto siente de sí bajamente y es humilde? Ciertamente que así van las cosas.

Hay entre los paganos una sentencia parecida: Esclavo en verdad es Epicteto, de miembros mutilados, en la pobreza un Iro; pero es amigo de los dioses inmortales ⁶. Tal es el pobre. En cambio, en el alma del rico pululan toda clase de males: arrogancia, vanagloria, codicia, ira, furor, avaricia, injusticia y demás enfermedades espirituales. De manera que es evidente ser más para la virtud el alma del pobre que esta otra. Sin duda queréis ver también cuál de ambas es más feliz por su vida placentera, porque veo que muchos lo preguntan: ¿cuál de ambas lleva una vida más agradable? Pero en este punto, no puede haber duda: quien está más sano es quien vive en continuo placer.

Ahora bien, yo pregunto: ¿Cuál de ambos es más apto para guardar esas leyes que queremos poner en práctica? ¿El pobre o el rico? ¿Quién será más fácil en jurar: el que se irrita con sus hijos y celebra pactos sin cuento, o el que se acerca a suplicar un pan y un vestido? Este no necesita de juramentos, si quiere; pues continuamente se halla libre de negocios. Más aún: quien no aprendió a jurar con frecuencia será quien desprecie las riquezas; y mediante esta buena costumbre, podrá ver abiertos para él los caminos de la virtud por todas partes; y que todo conduce a la equidad, al desprecio de los dineros, a la piedad, al buen orden del alma, a la compunción del corazón.

No seamos, pues, negligentes, carísimos, sino pongamos toda diligencia: los que ya se enmendaron para que conserven lo que han ganado con la enmienda y no fácilmente vuelvan atrás ni desmayen; y los que se han quedado retrasados, para que de nuevo se levanten y cuiden de alcanzar lo que les falta. Desde luego, quienes ya se enmendaron tiendan la mano a los que no lo han logrado, como a quienes aún andan nadando en el piélago, y recíbanlos en el puerto libre de

juramentos. Porque el no jurar es un puerto: puerto oportuno para que a nadie lo engullan las olas mientras el huracán se echa encima. Pues aun cuando se enfurezca la ira o la cólera por el daño recibido o se levante el furor u otra pasión cualquiera, el alma estará segura, de tal manera que no proferirá nada que conveniente no sea, pues no se ha impuesto necesidad ni ley alguna que a hacerlo la obligue.

Mira lo que hizo Herodes a causa de un juramento: cortó la cabeza del Precursor. Dice la Escritura: *En atención al juramento y por no disgustar a los comensales, no se atrevió a desairar a la muchacha* ⁷. Y ¿qué no sufrieron por causa de un juramento las tribus en el caso de la de Benjamín? (Jueces XXI, 10). ¿Qué sufrió Saúl a causa de un juramento? Saúl perjuró; Herodes, cometió un asesinato, peor que un perjurio. También Josué, a causa del juramento hecho a los gabaonitas, sabéis todo lo que padeció. ¡Lazo satánico es el juramento! Rompamos ese lazo y nos hallaremos en situación de poder defendernos libremente. Librémonos del lazo satánico; reverencemos el mandato de Dios; tomemos la óptima costumbre de no jurar; para que así, adelantando en la virtud y cumpliendo éste y los demás preceptos, consigamos los bienes que están prometidos a los que aman a Dios, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sean el Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder, y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Parece ser el pensamiento del Santo, que todas esas buenas obras procedían del fervor de los Apóstoles, independiente y anteriormente al auxilio de la Gracia. Varias veces hemos indicado ya que en este punto la idea del Santo andaba aún indecisa y oscura. Fue San Agustín quien definitivamente profundizó el problema.
2. Juan VII, 46.
3. Nótese la fuerza pintoresca del verbo *diepiorto*, que significa literalmente aserrar. No se confunda con *príoon*, el marchante.
4. Anota Migne: parece que el Crisóstomo tomó esto de *La República* de Platón. 1. VI., a pesar de que se le suele mostrar *non parum infensus*. El Santo aborrecía no a los filósofos paganos en lo que tienen de bueno, sino el daño que causaban a los fieles por lo malo y lo fabuloso que contienen; en especial tratándose de cristianos helenos.
5. Mat. V, 1-10.
6. Es un dístico heleno de autor desconocido. Puede verse el epigrama en la Antología Palatina VII, 676
7. Marc. VI, 26.

HOMILIA XIV

Entonces se levantó en el Sanedrín un fariseo, por nombre Gamaliel, doctor de la Ley, de gran prestigio ante todo el pueblo; y ordenó sacar fuera un momento a aquellos hombres.

(Hechos V, 34)

GAMALIEL ERA EL MAESTRO DE PABLO; y es cosa de admirar que teniendo tan recto juicio y siendo perito en la Ley, aún no creyera. Pero tampoco era en absoluto incrédulo, ni pudo permanecer totalmente cerrado, como se ve por las palabras que usa al dar el consejo. Dice Lucas: *Ordenó que sacaran fuera un momento a aquellos hombres.* Advierte la prudencia del discurso y cómo inmediatamente puso temor a los demás. Para no caer en la sospecha de que pensaba como los otros, dialoga con ellos como si ya fueran de su misma opinión; y no usa de extremada violencia, sino que les habla como a personas que se encuentran ebrias de furor; y les dice: *Varones de Israel: mirad bien por vosotros en lo que vais a hacer en el asunto de estos hombres.*

Como si les dijera: No os comportéis ligeramente ni a la buena ventura. Pues hace poco se levantó Teudas y se proclamó cabecilla, al cual se adherieron como unos cuatrocientos hombres. El fue muerto; y cuantos lo seguían y obedecían sus consignas se disgregaron y redujeron a nada. Mediante ejemplos los quiere reducir a lo razonable; y les presenta para su consuelo al cabecilla que más gente había seducido. Pero antes de poner los ejemplos, les dice: *Mirad por vosotros.* Luego profiere su parecer diciendo: *ahora, pues, yo os digo: desentendeos de estos hombres.* Después de Teudas se levantó Judas el galileo, en los días del empadronamiento, y arrastró en pos de sí mucha gente; y también éste pereció y todos cuantos lo siguieron se dispersaron. Aho-

ra pues yo os digo: desentendeos de estos hombres y dejadlos estar. Porque si su proyecto es obra que viene de los hombres, se desvanecerá. Mas si proviene de Dios, no podréis destruirla.

Como si les dijera: Esperad un poco. Pues si de propia idea se han convenido, nada impedirá que se disuelvan. *No sea que se os encuentre luchando contra Dios.* Los aparta del asunto así por la imposibilidad como por la utilidad. No declara a manos de quién murieron los alzados, tal vez porque juzgó ser inútil extenderse en eso. Mas por lo que añade, les enseña que si es de hombres la obra no hay para qué os preocupéis; pero si es divina, hagáis lo que hagáis no podréis someterla.

Pareció prudente el discurso y se persuadieron de no dar muerte a los Apóstoles, sino únicamente azotarlos. Pues dice: *Estuvieron de acuerdo con él. Y habiendo llamado de nuevo a los Apóstoles los azotaron y les intimaron que no predicaran el Nombre de Jesús. Y los dieron libres.* Advierte cómo tras de tantos milagros, son azotados. Y sin embargo la predicación se extendía, pues enseñaban en las casas y en el templo. Ellos, por su parte, salieron de la presencia del Sanedrín llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Cristo. Y durante todos los días no cesaban de enseñar y evangelizar sin reposo a Jesucristo en el templo y en las casas.

En aquellos días, al multiplicarse los discípulos, se produjo una querella de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas, que abundaban, eran desatendidas en el suministro público cotidiano. No quiere decir que precisamente en esos mismos días; sino que es costumbre de la Escritura decir como inmediatas cosas que más tarde sucederán. Por tal motivo se expresa así. Pienso que aquí llama *helenistas* a los que hablaban en griego; pues éstos, aun siendo hebreos, usaban el idioma heleno ¹.

He aquí otra prueba. Más aún, si te fijas, podrás ver que desde el principio hubo batallas dentro y fuera de la Iglesia. Dice, pues: *Habiendo los Doce convocado a la multitud de los discípulos, les dijeron: No es conveniente que nosotros desatendamos el ministerio de la palabra de Dios, por el servicio de los alimentos.* Razonable. Porque se ha de preferir lo más necesario a lo que simplemente se necesita. Advierte cómo desde luego cuidan de esas cosas, pero no descuidan la predicación. Se les prefiere como más respetables. *Poned, pues, hermanos, los ojos en siete de entre vosotros bien acreditados, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes podamos poner al frente*

de este servicio. Nosotros empero, nos consagraremos a la oración y al ministerio de la predicación. Y agradó la propuesta a toda la asamblea. Y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo.

Ciertamente estaban llenos todos aquellos que eligieron para que no aconteciera lo que en Judea y en Ananías y Safira. Y a Felipe y a Prócoro y a Nicanor y a Timoteo y a Parmenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía; y los presentaron a los Apóstoles, quienes, después de haber hecho oración, les impusieron las manos. Y la palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos se multiplicaba sin cuenta en Jerusalén. Incluso gran número de sacerdotes se adhirieron a la fe. Pero repitamos lo ya dicho.

Varones, cuidad de vosotros. Advierte cómo aquí Gamaliel les hablaba con mansedumbre y brevemente y no hace referencia a las antiguas historias, aun cuando podía hacerla, sino a las recientes, que sobre todo eran increíbles. Por eso veladamente insinúa y dice: *En estos días pasados*, como declarando que no hace mucho tiempo. Si hubiera comenzado diciendo inmediatamente: Dejad libres a estos hombres habría incurrido en sospechas y su discurso no habría tenido tanta fuerza: ahora, en cambio, con eso y con los ejemplos, la adquirió. Por tal motivo no refiere sólo un ejemplo, sino dos. Podía haber añadido un tercero, a mayor abundamiento y para más confirmar su aserto y apartarlos de su sanguinaria determinación.

Desentendeos de estos hombres. Advierte la suavidad de sus costumbres. Tampoco hizo un largo discurso sino breve. No presenta con cólera los ejemplos. Y todos cuantos obedecían sus consignas, se disgregaron. Hablando así, no blasfema contra Cristo, sino que logra lo que sobre todo quería. Dice: *Si es proyecto u obra que proviene de hombres, se disolverá.* Por aquí parece que los acomete con un razonamiento diciéndoles: Puesto que la obra no se ha disuelto, no es humana. *No sea que os encontréis luchando contra Dios.* Lo decía para reprimirlos con el argumento de lo imposible.

Si proviene de Dios no podréis. No dijo: Si Cristo es Dios, pues la obra misma proclamaba esa divinidad. Por su parte, ni afirmó que fuera humana ni que fuera divina, sino que dejó que el tiempo futuro los persuadiera. Preguntarás: pero, si con su discurso los persuadió ¿por qué azotaron a los Apóstoles? No pudieron contradecir nada a lo justo de las palabras de Gamaliel; sin embargo, desahogaron su furor. Por otra parte, esperaban que así aterrorizarían a los Apóstoles. Los

hizo más asequibles el que Gamaliel les hiciera su razonamiento no estando presentes los Apóstoles; y también con la dulzura de sus palabras y lo justo de su sentencia los persuadió a no matarlos.

Casi predicaba Gamaliel el Evangelio en lo que dijo. Al hablarles con justicia, parecía decirles: Ya estáis persuadidos de que no podéis detener esta obra. Entonces ¿por qué no creísteis? Tan gran cosa es la predicación que aun sus enemigos dan testimonio en su favor. Allá se levantaron cuatrocientos y luego una gran muchedumbre; acá los primeros fueron doce. Por consiguiente no podía aterrorizaros la gran multitud que luego se les ha acercado. *Pues si el proyecto proviene de hombres, se desvanecerá.* Podía haber añadido el otro ejemplo del egipcio, pero hubiera sido superfluo.

¿Adviertes, cómo cerró su discurso infundiéndoles terror? No profiere sencillamente su parecer y sentencia, para no parecer que está dependiendo de los Apóstoles, sino que argumenta apoyándose en el éxito del negocio. No se atrevió a afirmar que la doctrina apostólica no era humana, ni que venía de Dios. Si hubiera afirmado que venía de Dios, le habrían contradicho; y si hubiera afirmado que provenía de los hombres, los Sumo Sacerdotes estaban de todos modos siempre dispuestos a combatirla. Por tal motivo les indica que esperen hasta ver los resultados; y así les dice: *Desentendeos.*

Pero los sumos Sacerdotes siempre amenazan, aun sabiendo que nada pueden lograr, obrando según su costumbre sanguinaria. Así es la perversidad. Con frecuencia intenta aun lo imposible. *Tras de éste surgió Judas.* Si con cuidado revolvéis los libros de Josefo ² conoceréis el hecho más pormenorizadamente; pues narra él con diligencia la historia de ambos personajes. ¿Observas qué cosa tan notable se atrevió a decir, o sea que *si proviene de Dios*, cosa que luego por los hechos mismos se hizo creíble y se confirmó? Grande confianza demuestra en verdad y ninguna acepción de personas.

Se rindieron a su razonamiento. Y habiendo llamado a los Apóstoles, tras de azotarlos, los dejaron libres. Respetaron el parecer de Gamaliel y desistieron de su determinación de matarlos; pero los azotan y luego los dan libres. *Y ellos salieron de la presencia del Sanedrín llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Cristo.* ¡Cuánto más admirable es esto que todos los milagros! Jamás aconteció esto entre los antiguos. Jeremías fue azotado por la palabra de Dios; hubo amenazas contra Elías y los otros profetas. Pero los Apóstoles por este hecho, no menos que por

los prodigios, testificaron el poder de Dios. No dice que no sintieran dolor, sino que a pesar del dolor salían gozosos. ¿Cómo queda esto claro? Por la subsiguiente libertad en hablar: después de cada castigo, igualmente continuaban la predicación sin cesar. Declarando esto, dice: *Y ora en el templo, ora por las casas, predicaban sin reposo y evangelizaban a Cristo Jesús.*

En aquellos días. ¿En cuáles? en los que tenían lugar los sucesos referidos: cuando había azotes, cuando había amenazas, cuando se multiplicaban los discípulos, entonces: *Se produjo una querella.* Quizá se suscitó a causa de la misma gran multitud; porque en una multitud no es fácil conservar el orden. *Incluso un gran número de sacerdotes se adhirieron a la fe.* Se da a entender que muchos de los que maquinaron la muerte de Cristo creyeron.

Se produjo una querella porque en el suministro cotidiano quedaban desatendidas sus viudas. De modo que había suministro diario para las viudas. Advierte cómo aquí al suministrar lo llama ministerio y no limosna. Y por este medio honra así a los que lo daban como a las que lo recibían. La querella no nacía de malicia, sino quizá de la falta de reflexión de la turba. Mencionó Lucas esto que era un mal pequeño, pero que era necesario curar rápidamente.

¿Observas cómo a los principios hubo males no sólo en lo exterior, sino también en lo interior de la Iglesia? Fíjate no únicamente en que con rapidez se curó sino también en que no era un mal grave. *Poned, pues, los ojos, hermanos, en siete de entre vosotros.* No proceden por simple ocurrencia propia, sino que primero se excusan ante la multitud: cosa que también actualmente convendría que se hiciera. Dicen: *No es conveniente que nosotros releguemos la predicación de la palabra de Dios por el servicio de los alimentos.* Desde luego declara lo absurdo de la situación, manifestando ser imposible atender cuidadosamente a ambas cosas. Cuando fue conveniente consagrar a Matías, comenzaron por manifestar la necesidad de hacerlo, pues había defeccionado uno de los Doce, y convenía que fueran Doce. También ahora manifestaron la necesidad que había. Y no lo hicieron precipitadamente y a punto, sino que esperaron a que brotara la dificultad, aunque no esperaron a que mucho creciera.

Observa cómo dejan el juicio a los discípulos y prefieren a los que éstos escojan y a todos agraden y tengan buen testimonio de parte de todos. Cuando fue necesario proponer a Matías, dicen: *Conviene que sea uno de los que han estado con nosotros todo el tiempo.* Ahora no

proceden así, pues el negocio no era de la calidad de aquel otro. Por lo mismo tampoco lo decidieron por suertes. Podían ellos, bajo la acción del Espíritu Santo, elegir por sí mismos; pero no lo hicieron, sino que se atuvieron a lo que pareciera bien según el testimonio de la multitud.

Ciertamente a ellos les tocaba determinar el número y ordenar para semejante ministerio; pero permiten a la multitud elegir las personas para no parecer que procedían por favoritismo. También Dios permitió a Moisés elegir a los ancianos según el conocimiento que de ellos tenía. Pero en pasos semejantes es necesaria abundante sabiduría. Y no penséis que, pues no se les confiaba el, ministerio de la palabra, no necesitaban sabiduría: la necesitaban y muy grande.

Nosotros empero nos consagraremos a la oración y al ministerio de la predicación. De modo que al principio y al fin de su propuesta se excusan. Dicen: *Nos consagraremos.* Y así se necesitaba, y no hacerlo a la ligera y de cualquier modo, sino con perseverancia. *Agradó la propuesta a toda la asamblea.* Cosa digna de la sabiduría de ellos. Y todos aplaudieron lo dicho por los Apóstoles. Tan prudente así era. Y eligieron, dice (de nuevo son ellos los que escogen), a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo, y a Felipe y a Prócoro y a Nicanor y a Timón y a Parmenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía. Y los presentaron a los Apóstoles, quienes, después de hacer oración, les impusieron las manos. Queda claro con esto que los segregaron de la multitud; y que la multitud los presenta y no son los Apóstoles quienes los llevan. Observa cómo nada superfluo dice Lucas, sino sencillamente que fueron ordenados precediendo la oración, pues eso es ordenar. Se les imponen las manos, pero es Dios quien todo lo obra. Es su mano la que toca al que es ordenado si se le ordena en la forma que conviene.

Y la palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos se multiplicaba. No en vano lo hace notar Lucas, sin para manifestar cuán grande es el poder de la limosna y el recto orden. Como en seguida va a referir los sucesos de Esteban, echa por delante las causas de ellos y dice: *Incluso un gran número de sacerdotes se adherían a la fe.* Conociendo lo que Gamaliel, principal y doctor entre ellos, había dicho, procuraban ya la experiencia mediante las obras. Y es cosa digna, de admiración que en la elección de las personas no hubiera partidos ni disensiones; y también que ninguno fuera rechazado por los Apóstoles.

Pero vengamos ya a declarar qué dignidad fue la que tuvieron y qué clase de ordenación la que recibieron. ¿fue la de los diáconos actuales? No existía aún en la Iglesia, sino que se gobernaba mediante los presbíteros. Tampoco había obispo alguno fuera de los Apóstoles. Yo pienso que por este motivo no se admitió ni se publicó por entonces el nombre de diáconos ni el de presbítero, aun cuando lo siete fueron ya ordenados para este ministerio. Tampoco se les concedió simplemente este oficio, sino que se pusieron en oración, a fin de que se les concediera semejante poder.

Advierte además que si fueron necesarios siete varones, quizá correspondía esto a la afluencia de limosnas y a un muy grande número de viudas. También las oraciones se hacían no a la ligera, sino con gran atención, lo mismo que la predicación; porque muchas cosas se hacían interviniendo la oración. Se daba la preferencia a lo espiritual y con oraciones se enviaba a los sujetos a peregrinar; y con oraciones fue como se les concedió a los diáconos la predicación. No lo dice claramente Lucas. Tampoco los alaba. Lo único que afirma es que no era conveniente abandonar el ministerio encomendado.

Ya Moisés había instruido a los sacerdotes para que se encargaran de todo. Y Pablo dice: *Solamente que no olvidáramos a los menesterosos* ³. Y en qué forma aquellos diáconos antecedieron a los actuales, óyelo: Ayunaban y perseveraban en la oración. Convendría que esto mismo se hiciera en la actualidad. Y los llamó Lucas no únicamente hombres espirituales, sino llenos de Espíritu Santo y de sabiduría indicando así que fue cosa de gran virtud y discreción tolerar las acusaciones de las viudas. Pues ¿qué utilidad hay en que quien administra no hurte pero en cambio todo lo disipe? ¿o si es feroz y se encoleriza? En tales virtudes fue notable Felipe, pues de él se dice: *Y habiendo nosotros entrado en la casa de Felipe, permanecimos allí* ⁴.

¿Adviertes cómo todo se va disponiendo en un modo que no es humano? *Y se multiplicaba el número de los discípulos en Jerusalén*. Crecía en Jerusalén la multitud de los creyentes. Cosa admirable. En donde Cristo había sido muerto, allí se extendía la predicación. Y no sólo no se escandalizaron algunos de los discípulos al ver que los Apóstoles eran azotados y que otros fieles eran amenazados, y otros tentaban al Espíritu Santo y otros murmuraban, sino que, al revés, más y más se acrecentaba el número de los creyentes. Así, por ejemplo, con motivo de lo de Ananías, se tornaban mejores y mayor reverencia les tenían a los Apóstoles.

Pero advierte en qué forma crecía la multitud: creció después de las pruebas y no antes. Considera la gran bondad de Dios. De entre los mismos sacerdotes que excitaban a las turbas a pedir la muerte de Cristo; de entre esos que gritaban: *A otros los hizo salvos pero a Sí mismo no puede librarse* ⁵, de entre éstos dice Lucas: *Muchos se adherían a la fe*. Imitemos a éstos. Cristo los abrazó y no los rechazó. Paguemos con beneficios a nuestros enemigos que nos hayan causado males. Si poseemos algunos bienes, démoselos y no dejemos de hacerles beneficios; puesto que si conviene, sufriendo los males, calmar su furor, mucho más lo es haciéndoles beneficios: menos es esto que eso otro.

Porque no es lo mismo hacer el bien a nuestros enemigos que anhelar padecimientos mayores aún. Por medio de aquellos vendremos a esto. Esta es la propia nobleza de los discípulos de Cristo. Ellos crucificaron a Cristo, que había venido para hacerles beneficios, y azotaron a los discípulos de El; y El en seguida los levanta a los mismos honores que a los discípulos y les comunica sus bienes lo mismo que a éstos. Imitemos a Cristo, os lo ruego. Y conviene en esto imitarlo, pues ello nos iguala a Dios, por ser obra más que humana. Empeñémonos en hacer limosnas. Estas son el pedagogo y el maestro de la otra virtud que decíamos. Quien ha aprendido a compadecerse del oprimido por la calamidad, aprenderá también a olvidar las injurias. Quien aquello ha aprendido, podrá muy bien hacer beneficios a sus enemigos. Aprendamos a dolernos de los males del prójimo, y así aprenderemos también a tolerar los males que ellos nos causan.

Preguntamos a quien no siente bien de nosotros si acaso no se reprocha a sí mismo, si no anhela ser virtuoso, si no le parece que todo nace de la ira, la envidia y la miseria; si acaso prefiere ser de los que sufren injurias y callan o de los que injurian y se enfurecen; si acaso no admira al que tolera y sufre la injuria. No vayas a pensar que semejantes procederles tornan despreciable. Nada hay que torne más despreciable que causar injurias; nada que haga tan respetable como el sufrir las injurias. El que las causa es un ríjoso; el que las sufre, un hombre de virtud. Aquel es menos que hombre; este otro es igual a los ángeles. Este, aun cuando sea tal vez inferior al ríjoso, podría vengarse si quisiera. Además, se atrae la compasión de todos, mientras aquel otro es aborrecido. En consecuencia ¿qué? ¿Acaso no es éste, por tal razón, más excelente? A aquél todos lo tendrán por loco furioso; a éste, por hombre prudente.

De manera que si alguno quiere obligarte a que acuses de mala manera a otro, respóndele: Yo no puedo maldecirlo, pues temo que en realidad no sea tal como dicen. Pero sobre todo guárdate de afirmarlo allá en tu mente y no hables en ese sentido con ningún otro. Tampoco invoques a Dios contra él. Si oyes que hablan mal de él, defiéndelo. Di: sus palabras no son de él. Son de la ira, son de la ira y no de él, que es mi amigo; del furor le nacen y no de su alma. Pensemos así acerca de cada uno de sus yerros. No esperes a que el fuego alce llama: ¡apágalo antes! No exacerbés a la fiera; no permitas que se irrite. Si la llama se levanta ya no podrás apagarla.

Pero ¡vamos! ¿qué fue lo que te dijo? ¿Estulto, necio? Pues bien: ¿cuál de entrambos sale culpado: el que oye esa palabra o el que la dice? Este, aun cuando sea sapientísimo, será tenido por necio, aquél, aun cuando sea estultísimo, será tenido por sabio y virtuoso. Pregunto: ¿Quién es más necio: el que profiere contra otro lo que no es verdad, o el que ni aun así se irrita? Si lo propio del hombre virtuoso es no irritarse, aun cuanto tú lo incites, el irritarse sin que nadie lo incite, ¿de cuán grande necedad no será propio?

Y todavía no me refiero al lugar de castigos que está preparado para quienes profieren contra el prójimo oprobios y palabras que dañan. Pero ¡vamos! ¿te llamó villano, vil y nacido de viles padres? Pues contra sí mismo convierte el oprobio, puesto que tú aparecerás honorable y digno de respeto, y él aparecerá como vil. Al fin y al cabo echar a la cara como una afrenta lo bajo del linaje, es propio de ánimos villanos. Grande de verdad y magnánimo es quien no se inmuta con eso, sino que se ha como si oyera decir que posee una excelencia que otros no tienen.

Pero dirás: ¡me llamó adúltero y otras cosas semejantes! Hay que reírse de eso, pues cuando la conciencia no acusa, no hay motivos para airarse. Y si te viene al pensamiento lo feo y lo perverso de las palabras que dice, ni aun así hay que dolerse. Pues al fin y al cabo más tarde habrían de conocer todos lo que él ya descubre desde ahora; y por aquí se hace indigno de la confianza de todos, por no haber sabido callar los pecados del prójimo; y quedará cubierto de vergüenza más que el otro, ya que se ha cerrado todo puerto y se ha preparado graves castigos en el juicio futuro. Nadie aborrecerá tanto al que ha sido descubierto, como al que reveló lo que debía callar.

Por tu parte, no reveles lo que sabes, sino cállalo si quieres tener una fama brillante. Procediendo así, no sólo echarás abajo y ocultarás

lo que se dijo, sino que harás otra obra buena. Harás que ya no se sentencie en tu contra. ¿Te maldice alguno? Di tú: Si ese supiera todo lo que hay en mi interior, no diría solamente eso. ¿Os ha causado admiración y estupor lo que acabo de decir? Pues lo importante es practicarlo. Por este motivo hemos referido todo cuanto dicen los paganos. No porque las Sagradas Escrituras no contengan innumerables cosas iguales, sino porque los ejemplos paganos pueden ruborizarnos mejor. También la Sagrada Escritura suele inducir a vergüenza, como cuando dice: *¿Acaso no hacen lo mismo los paganos?* ⁶ Y el profeta Jeremías trae al medio a los hijos de Recab (XXXV, 3), que no quisieron quebrantar el precepto de su padre. Maldijo a Moisés su hermana María, pero él al punto mediante sus ruegos apartó de ella el castigo y no dio lugar a que se dijera que él se había vengado.

No procedemos así nosotros, sino que anhelamos sobre todo que se sepa habernos vengado de la injuria. ¿Hasta cuándo respiraremos con hálitos terrenos? La batalla no puede establecerse por una sola de las partes. A los enfurecidos los enfureces más si tratas de arrastrarlos por ambos lados; pero si les tiras de la derecha o de la izquierda, los aplacas. Cuando el que golpea no encuentra uno que lo sufra, más se exaspera; pero si el golpeado cede, más bien se aplaca y los golpes se vuelven contra él. Nadie hay perito en toda clase de certámenes que así supere a su competidor como aquel que siendo injuriado no se venga; porque el adversario tiene al fin que apartarse con vergüenza y reprobado antes que por nadie por su propia conciencia y además por todos los espectadores. Es proverbio muy conocido: El que honra a sí mismo se honra. En consecuencia, el que injuria a sí mismo se injuria.

Lo repetiré. Nadie puede dañarnos si nosotros mismos no nos dañamos. Nadie hay que haga pobre sino yo mismo. ¡Ea, pues! Veamos el asunto por esta faceta. Tenga yo una alma mezquina. Despójense todos de sus riqueza en favor mío. ¿Qué se sigue de aquí? Mientras el alma no se cambie, todo es en vano. Tenga yo una alma grande. Lévense todos todas mis riquezas. ¿Qué se sigue de aquí? Mientras tú mismo no empobrezcas tu alma, ningún daño te viene por eso. lleve yo una vida pecadora. Aun cuando todos aseguren de mí lo contrario, ¿de qué me sirve? aun cuando no lo digan, pero con el pensamiento la reprueban. lleve yo una vida pura y afirmen los demás todo lo contrario. ¿Qué se sigue de esto? Porque en su interior condenan ese juicio, ya que no lo afirman porque de ello estén persuadidos. De manera que así como no conviene dar entrada a las alabanzas, así tampoco a las acusaciones.

¿Por qué dije esto? Porque si queremos, nadie podrá jamás ni ponernos asechanzas ni envolvernos en alguna acusación. Reflexionemos así: arrastremos a uno ante los tribunales y colmémoslo de calumnias. Añade, si te parece, que él se enfurezca. ¿Qué significa esto si un poco lo soportas todo sin merecerlo? Dirás que ya eso mismo es un mal. Pues bien, digo que no, puesto que es un bien el que padezcas sin merecerlo. O ¿qué? ¿convenía acaso padecer mereciéndolo? diré algo más todavía. Cierta filósofo pagano, como oyera que un hombre había muerto y que uno de sus discípulos exclamaba: ¡Ay de mí! ¡murió injustamente!, el maestro, volviéndose a él le dijo: ¿Cómo? ¿habrías tú querido que muriera justamente? ⁷ ¿Acaso no murió injustamente el Bautista? Entonces ¿a cuál de ambos compadeces más: al que injustamente sufrió la muerte o al que la sufrió justamente? ¿Acaso no llamas más bien miserable a éste y bienaventurado al otro?

¿En qué, pues, daña al hombre la muerte, siendo así que con ella adquiere grande ganancia, en vez de sufrir algún daño? Si la muerte lo convirtiera de inmortal en mortal, tal vez se encontrara en ella algún daño; pero si al que es mortal lo hace inmortal; si al que por su misma naturaleza tiene que morir poco después, la muerte se apresura a llevarlo a la gloria, ¿qué daño se le ha seguido? Tengamos el alma en orden perfecto y ningún daño nos vendrá del exterior. Pero es que se vive acá glorioso. Y eso ¿qué? Pues lo que sucede con las riquezas eso mismo sucede con la gloria. Si yo fuera magnánimo, de nada necesitaré; pero si amo la vanagloria, cuanto más de ella consiga, tanto más cosas necesitaré. Espléndido seré y gozaré de mayor gloria cuando la desprecie.

Sabiendo estas cosas, demos gracias a Cristo, nuestro Dios, que nos ha concedido tal género de vida y abracémosla para gloria suya; pues a el conviene la gloria juntamente con el Padre, que no tiene principio, y con su Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Llamaban helenistas a los judíos y paganos convertidos al judaísmo y nacidos fuera de Palestina. Hablaban griego y tenían sus sinagogas particulares en Jerusalén. Es probable que los judíos cristianos nacidos en Palestina se consideraran con mayores derechos que los helenistas, y de aquí nacería el conflicto.
2. Se refiere el santo al famoso Josefo que escribió largamente sobre *Antigüedades Judaicas*. Trata ahí de Judas Galileo en el L. XVIII, c. 1; y de Teudas en el L. XX, c. 2.
3. Gálat. II, 10.
4. Hechos XXI, 8.
5. Mat. XXVII, 42.
6. Mat. V, 47.
7. Reminiscencia de la *Vida de Sócrates* escrita por Laercio.

HOMILIA XV

Esteban, lleno de gracia y de poder, obraba milagros y prodigios grandes en presencia del pueblo.

(Hechos VI, 18)

MIRA CÓMO ENTRE aquellos siete había uno que sobresalía y ocupaba el primer puesto. Aun cuando la ordenación había sido común para todos, éste atrajo mayor Gracia. Anteriormente no hacía milagros, sino desde que fue puesto en público, para demostrar así que no basta la Gracia, sino que además se requiere la Ordenación, para que ésta actúe y se acerque al Espíritu Santo. Ya antes estaban llenos de Espíritu Santo los siete, pero eso fue por obra del bautismo.

Algunos que pertenecían a una sinagoga se levantaron. Llama levantamiento a la ira exacerbada de ellos. Mira acá también una turba, o mejor dicho una nueva forma de acusación. Porque como ya Gamaliel los había reprimido para que no recriminaran la predicación, introducen ahora la acusación en otra materia. Dice: *Se levantaron algunos de la sinagoga llamada de Los Libertos, cirenenses y alejandrinos y nativos de Cilicia y Asia a disputar con Esteban. Pero no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que éste hablaba.* Entonces sobornaron a unos sujetos, los cuales dijeron: Nosotros los hemos oído proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios.

Para introducir la acusación dicen: *contra Moisés y contra Dios.* Precisamente disputaban con él para obligarlo a decir algo parecido. Pero Esteban hablaba con mayor claridad; y tal vez proclamaba la cesación de la Ley; o quizá ni siquiera la proclamaba, sino que solamente la insinuaba. Pues si abiertamente la hubiera proclamado, no habría habido necesidad de hombres sobornados ni de falsos testigos. Existían varias sinagogas: de los libertos y sus hijos, de los de Cirene. Los cirenenses viven más allá de Alejandría y tenían entonces espar-

cidas sus sinagogas entre todas las naciones. Tal vez habitaban allá para no verse obligados a emigrar con frecuencia. Los libertinos eran hijos de libertos romanos que así se llamaban.

Como habitaban en Jerusalén muchos peregrinos, sin duda tenían sus sinagogas en las que era necesario hacer sus oraciones y lecturas. Pondera cómo Esteban, arrastrado a las sinagogas, todavía se esfuerza en enseñar, mientras que los de la sinagoga sólo se mueven por envidia por causa de los milagros y también porque los supera en elocuencia. Este se les hacía intolerable, por lo que presentaron testigos falsos. No querían darle muerte sin alegar ninguna causa, sino mediante los votos de la sinagoga y el Sanedrín para dañar con esto la fama de los demás predicadores. Por lo cual, dejando a un lado a los demás, acometen a los siete para por este medio aterrorizarlos a todos.

Y no dicen: Habla, sino: *No cesa de proferir expresiones* con el objeto de agrandar la acusación. Encolerizaron así a los ancianos y escribas; y echándose sobre él lo arrebataron y lo condujeron al Sanedrín. Ahí presentaron testigos falsos que afirmaron: *Este hombre no cesa de proferir expresiones contra este lugar santo y contra la Ley.* Dicen: *No cesa*, para indicar el empeño que pone. Porque le hemos oído decir que ese Jesús Nazareno destruirá este templo y cambiará las tradiciones que nos legó Moisés.

Dicen: *Ese Jesús Nazareno*, hablando con injuria y menosprecio. *Destruirá este lugar y cambiará las tradiciones.* De lo mismo habían anteriormente acusado a Cristo: *Tú que destruyes el templo de Dios.* Grande era la reverencia que al templo mostraban, como que anhelaban colocar allí sus habitaciones, y también al nombre de Moisés. Observa que es doble la acusación, pues dicen: Destruirá este templo; y también: cambiará las costumbres. Pero además es acerba y llena de peligros.

Y todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron entonces en Esteban sus ojos y vieron su rostro como el rostro de un ángel. De manera que puede suceder que resplandezcan los que ocupan grados inferiores. Por mi parte pregunto: ¿En qué era Esteban inferior a los Apóstoles? ¿No obraba milagros? ¿No dio muestras de grande libertad en el hablar? *Y vieron su rostro como el rostro de un ángel.* Esto era el favor concedido a Moisés, ésta su gloria. Yo pienso que Dios lo hizo así de resplandeciente, tal vez porque debiendo él en seguida hablar, aun con el solo aspecto los aterroriza. Porque pueden, pueden, sí, los rostros llenos de espiritual gracia ser a la vez amables para quienes los aman y terribles para quienes los aborrecen.

O tal vez Lucas hizo notar con esto el motivo de que le permitieran hablar. Y ¿qué dice el príncipe de los sacerdotes?: *¿Es esto así?* ¿Adviertes cuán modesta y nada molesta es la pregunta? Por tal motivo también Esteban comienza suavemente y dice: *Hermanos y Padres: prestad atención. El Dios glorioso se apareció a nuestro padre Abraham, cuando éste vivía en Mesopotamia, antes de que se domiciliara en Harán.* Desde el comienzo deshace la opinión de ellos, y sin lugar a duda afirma que el templo nada es y nada las tradiciones; y que no podrían ellos detener el avance de la predicación; y que Dios siempre hace y dispone lo que parece imposible. Mira cómo con estas ideas teje Esteban todo su discurso; y les demuestra que habiendo ellos gozado de muchos bienes por la bondad de Dios, pagaron mal a su bienhechor y ahora además intentan algo imposible.

El Dios glorioso se apareció a nuestro Padre Abraham; y le dijo: Sal de tu tierra y ven a la región que Yo te mostraré ¹. Aún no existía el templo; aún no había sacrificio, y ya Abraham recibía aquella visión celestial; él, que tenía progenitores persas ² y habitaba en una tierra extraña. ¿Por qué Esteban al comenzar llamó a Dios: *Dios glorioso*? Porque Dios, a los que ninguna gloria tenían, los hizo gloriosos; y para demostrar que si a aquéllos los colmó de gloria, también y mucho más glorificará a estos otros. Advierte cómo los abstrae de las cosas materiales; y antes que nada, del lugar (pues de éste se trataba), diciéndoles: *El Dios glorioso*. Si El es el Dios de la gloria, sin duda que no necesita de la gloria nuestra ni de la gloria del templo, puesto que es El la fuente de la gloria. Como si les dijera: No penséis que así lo vais a glorificar.

Preguntarás: ¿por qué la Escritura se fija en este paso de la historia de Abraham? Porque no refiere lo que es menos importante y necesario. Nos enseñó únicamente lo que convenía que nosotros supiéramos; y que el vidente emigró llevando a su hijo. Lo demás lo calló, pues muy pronto murió el padre de Abraham, cuando éste ya habitaba en Harán. ³ *Sal de tu parentela*. Declara por aquí que éstos no son hijos de Abraham. ¿Cómo? Porque Abraham fue obediente, mientras que éstos son desobedientes. Más aún, por lo que Abraham mandado llevó a cabo conocemos que él sufrió todos los trabajos, y éstos recogen los frutos; y que todos los progenitores de éstos vivieron entre fatigas.

Y habiendo salido de la tierra de los caldeos, habitó en Harán; y una vez que murió su padre, Dios lo pasó a esta tierra, en la que vosotros habitáis; y no le dio en ella heredad alguna ni lo que ocupa

un pie. Observa cómo los levanta de lo terreno. Porque no dijo daría, sino: No dio. Declarando así que todo fue obra de Dios y nada de ellos. Vino, pues, Abraham, tras de abandonar su parentela y su patria. Entonces ¿por qué no le dio Dios ni un palmo de esta tierra? Porque ésta era solamente figura de otra tierra que sí le prometió que le daría. ¿Adviertes cómo Esteban, no sin motivo, encadena de nuevo la narración? Dice: *No le dio. Y le prometió que la daría a su descendencia después de él, cuando él carecía de hijos*. Se muestra de nuevo aquí el poder de Dios, que realiza aun lo que parece imposible. Al ver que vivía en Persia, sitio tan lejano, le prometió el señorío de Palestina.

Pero repitamos ya lo que se ha dicho. Dice: *Clavaron en él los ojos y vieron su rostro como el rostro de un ángel*. ¿De dónde florecía en Esteban gracia semejante? ¿Acaso no le venía de la fe? Esto es claramente cierto, pues antes dijo de él que estaba lleno de fe. Porque puede poseerse otro carisma que no sea el de curaciones. Así dice Pablo el Apóstol: *A uno se le da la gracia de curaciones, a otro lenguaje de sabiduría*⁴. Por lo demás, yo creo que Esteban fue de rostro muy agraciado; y que esto es lo que se deja entender aquí cuando se dice: *Vieron su rostro como el rostro de un ángel*. Lo mismo se dice de Bernabé. Vemos, pues, que los sencillos e inocentes son los primeros en causar admiración y ser agraciados.

Entonces sobornaron a algunos que afirmaran y dijeran: Nosotros hemos oído a este hombre proferir palabras blasfemas. A los Apóstolos los habían acusado de lo mismo porque anunciaban la Resurrección de Cristo y porque grandes turbas iban a ellos. A Esteban lo acusaban porque sanaba a los enfermos. ¡Oh necesidad! Los acusaban por cosas que debían agradecerles; y esperaban vencer con palabras a quienes no podían vencer en las obras, que fue exactamente lo que hicieron con Cristo: siempre se fijaban en solas las palabras. Les daba vergüenza arrastrar a los fieles a los tribunales vanamente, no teniendo cosa de qué acusarlos.

Advierte que los jueces no dan testimonio, pues se les había refutado, sino que sobornan a otros en vano: todo para que no apareciera que ellos usaban de violencia. Verás que lo mismo aconteció con Cristo. ¿Has notado la fuerza de la predicación y cómo florece no solamente cuando los pregoneros son azotados sino también cuando son lapidados y cuando son llevados a los tribunales y cuando de todas partes se les expulsa? Por tal motivo, a pesar de los testigos

falsos, no logran vencer a Esteban; y ni aun pueden resistirlo, siendo ellos incluso hombres impudentes. Tan reciamente los venció Esteban, que aun cometiendo mil incongruencias, como las cometieron con Cristo, y a pesar de que tomaron todos los medios para condenarlo a muerte, claramente apareció que no era aquella lucha de hombres contra hombres, sino de Dios contra hombres.

Observa por otra parte qué es lo que dicen los falsos testigos sobornados por los que con ánimo sanguinario habían arrastrado a Esteban al Sanedrín: *Nosotros hemos oído a este hombre proferir palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios. ¡Oh impudentes! Hacéis obras blasfemas contra Dios y de eso no os cuidáis; y en cambio ¿simuláis andar solícitos acerca de Moisés? Echan por delante a Moisés porque de los intereses de Dios no cuidaban mucho, mientras que a Moisés continuamente lo citaban. Así dicen: Este Moisés que nos sacó,*⁵ con lo que fácilmente movían a ira al pueblo.

Pero ¿cómo era posible que un blasfemo en tal manera los dominara? ¿Cómo podía un blasfemo hacer entre el pueblo semejantes milagros? Así es la envidia: convierte en necios a aquellos de quienes se apodera, hasta el punto de que no atienden a lo que se dice. Afirman ellos: *Nosotros hemos oído a este hombre proferir palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios; y también: Este hombre no cesa de hablar contra el lugar santo y la Ley; y añaden: Que nos entregó Moisés;* pero ya nada dicen de Dios.

¿Adviertes cómo lo acusan de la destrucción de la nación y de la piedad? Pero a todos era manifiesto que un tal hombre no podía proferir audazmente tales cosas: tan grande mansedumbre resplandecía en su rostro. No dice la Escritura en qué cosas no lo calumniaran; pero como aquí todo era calumnia, con razón la castigó Dios aun por medio del rostro mismo de Esteban. Ciertamente a los Apóstoles no se les acosaba con calumnias, sino que se les prohibía la predicación. Pero a Esteban lo acometen con calumnias, por lo cual su rostro mismo lo justifica. Quizá ese brillo del rostro infundió vergüenza al sacerdote.

Por lo demás, ahí en donde Esteban dice: *Le había prometido*, deja ver que la promesa fue hecha antes de que hubiera un sitio deputado para ofrecer los sacrificios, antes de la circuncisión, antes de que existieran sacrificios ni templo; y que no recibieron ellos la Ley ni la circuncisión por méritos propios, sino que el darles aquella tierra fue simplemente un premio a la obediencia de Abraham. La promesa se

cumple antes de la circuncisión. Y en figura, ordenándolo Dios, se demuestra que ellos abandonaron su patria y parentela (ya que patria es el sitio a donde Dios los ha conducido) y que acá no tienen herencia.

Si alguno examina con cuidado, encontrará que los judíos son persas. También deja entender que cuando Dios habla se le ha de obedecer aun cuando no intervengan milagros o sobrevengan algunas cosas duras. Así obedeció a Dios el patriarca, abandonando el sepulcro paterno y todo lo demás. Y si el padre de Abraham no acompañó a éste cuando pasaba a Palestina, mucho menos lo acompañarán los hijos, aun cuando hagan con él gran parte del camino, puesto que no imitan las virtudes de su padre.

Y le prometió que se la daría en propiedad a él y a sus descendientes después de él. Gran benevolencia de parte de Dios se muestra aquí, grande fe la de Abraham, puesto que el haber creído *cuando aún no tenía un hijo*, es demostración de su obediencia y de su fe. Creyó a pesar de que las circunstancias le decían lo contrario, pues a él no se le dio ni un palmo de tierra y tampoco tenía hijo: cosas ambas adversas para la fe.

Considerando estas cosas, nosotros aceptemos lo que Dios nos ha prometido, aun cuando se verifiquen sucesos contrarios, pues en referencia a nosotros no serán contrarios, sino muy oportunos. Pues en donde intervienen las promesas divinas, si luego sobrevienen sucesos contrarios, éstos sí serán efectivamente adversos, pero no en relación a nosotros. Dios prometió para este mundo la aflicción y para el otro el descanso. Entonces, ¿por qué confundimos los tiempos? ¿Por qué lo alteramos?

Dime: ¿te angustias y perturbas porque vives en pobreza? Pues no te turbes. Tendrías razón para turbarte si en la vida futura hubiera tribulaciones. Acá la tribulación misma es causa de paz, pues dice Jesús: *Esta enfermedad no es para muerte.* ⁶ La tribulación en la otra vida es castigo; en ésta es amaestramiento y corrección. El tiempo presente es de lucha; de manera que es necesario entrar al pugilato: es tiempo de guerra y de batalla. En la guerra nadie busca el deleite ni se cuida de las riquezas ni de la esposa: lo único a donde atiende es a cómo vencerá el enemigo.

Hagamos nosotros lo mismo. Si vencemos y regresamos con trofeos, el Señor no dará lo demás. Cuidemos de sólo una cosa: cómo venceremos al demonio. Más aún, esto no es obra del empeño nues-

tro, sino toda de la Gracia divina. Tengamos un empeño y cuidado: cómo lograr la Gracia, cómo obtener ese auxilio divino. *Si Dios por nosotros ¿quién contra nosotros?* ⁷ Cuidemos únicamente de no convertirnos en enemigos de Dios, pues El no se apartará de nosotros. Lo malo no es ser atribulado, sino caer en pecado. Pecar es gran tribulación aun cuando vivamos entre placeres; y esto no únicamente para la vida futura, sino también para la presente.

¿Qué piensas del remordimiento de nuestra propia conciencia? ¿qué tormento habrá peor que éste? Quisiera yo preguntar cuidadosamente a quienes viven entre pecados si acaso nunca se acuerdan de sus pecados, si no tiemblan, si no temen, si no penan, si acaso no proclaman felices a los que pasan su vida en ayunos y en el ejercicio de las virtudes allá en la soledad de las montañas. ¿Quieres tener descanso en la otra vida? Padece acá tribulaciones por Cristo: no hay cosa igual a este descanso.

Los Apóstoles gozaban cuando eran azotados. Pablo nos aconseja: *Gozaos en el Señor.* ⁸ Preguntarás: ¿cómo puede alguno gozarse entre tormentos, cadenas y tribunales? Respondo que precisamente es ahí en donde sobre todo se puede hallar gozo. Aprende cómo puede uno gozarse en donde hay esas cosas. El que no tiene conciencia de pecado se alegrará en gran manera, hasta el punto de que cuanto más agrande la tribulación, le atribuyas un gozo mayor. Dime: el soldado que ha recibido infinitas heridas ¿no regresará henchido de gozo, y teniendo sus mismas heridas como pruebas de valor, su brillo, su recto comportamiento? Si tú pudieras lanzar aquella exclamación de Pablo: *Llevo en mi cuerpo las llagas de Jesús,* ⁹ podrías por el mismo hecho ser grande y brillante y glorioso. Dirás: pero es que ahora no hay persecución. Pues bien, pelea contra la vanagloria; y si alguno dice algo contra ti, no temas eso por Cristo. Pelea contra la tiranía del lujo; pelea contra la ira, pelea contra el tormento que imponen las pasiones. Estas son las heridas, éstos los padecimientos.

Dime: ¿qué es en los tormentos lo más duro? ¿No es acaso el dolor que al alma quema? En los tormentos corporales es el cuerpo el destrozado; pero en las luchas del alma, todo da contra ella. Dolor hay en ella cuando se aíra y cuando sufre cualquiera otra de esas pasiones, pues más padece que hace. Irritarse y envidiar, más es padecer que hacer. Por tal motivo las pasiones reciben el nombre de enfermedades, de heridas, de llagas. Son de verdad enfermedades, y por cierto más graves que las enfermedades corporales.

Vosotros los iracundos por una enfermedad sufrís la ira. De modo que quien no se aíra, tampoco padece. ¿Advertís cómo no padece aquel a quien se infiere injuria, sino aquél que la infiere? Ya anteriormente lo he dicho. Y que sea éste quien padece se ve claro aun por el nombre de su enfermedad, pues se llama *pasión*. Se ve claro también por lo corporal, pues de la ira nacen esas otras afecciones, como cegarse la vista, el estupor y mil otras más.

Dirás: pero es que fue mi hijo quien me injurió, fue un criado. No vayas a pensar ser efecto de cobardía que tú no hagas lo mismo. Yo te pregunto: ¿Estuvo bien hecho lo que ellos te hicieron? Creo que no lo afirmarás. Pues no hagas tú lo que ves que no está bien. Conocidas tengo las feroces iras que en esas personas se engendran. Instarás: pero ¿si me desprecian? ¿si insisten en los desprecios? Refútalo, reprímelo, ruégale. Con la mansedumbre se apaga la ira. Acécarte a él, convéncelo. Claro es que en lo que personalmente nos toca no se puede proceder así; pero en lo que toca a los otros es necesario que así procedamos.

No estimes como injuria personal el que injurien a tu hijo; y si te dueles de él, no te duelas como si fueras tú el injuriado. No porque a tu hijo le vaya mal quedas tú afrentado. El afrentado es aquel que obró mal. Apaga la llama de la espada desnuda, haz que ésta vuelva a su vaina. Si permanece desenvainada, con frecuencia usaremos de ella en el peor momento, excitados por la ira; pero si permanece envainada, aun en el caso de necesitarse, entonces se apagará la llama de la ira. No quiere Cristo que nos irriteemos ni aun para defenderlo, pues oye lo que dice a Pedro: *Vuelve tu espada a la vaina.*¹⁰ ¿Y tú te irritas a causa de tus hijos? Enseña a tu hijo a ser virtuoso; refiérele los padecimientos de Cristo; imita a tu Maestro. Cuando anunció a sus discípulos que serían deshonrados, no dijo: Yo los vengaré; sino ¿qué?: *Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.*¹¹ Llevadlo pues con fortaleza: no sois mejores que Yo, dice El. Repítele esto a tu hijo y a tu siervo. Diles: No eres tú mejor que tu Señor.

Pero semejantes palabras, me dirás, parecen salir de la boca de una viuda. ¡Ay de mí que no puedo con el discurso explicarme tanto como por la experiencia puede aprenderse! Para que lo aprendas, ponte en medio de dos que riñen; ponte de parte de los que son insultados y no de los que insultan. Verás entonces si no queda el triunfo de tu parte, si no recibes brillantes coronas. Mira cómo se comporta Dios en las afrentas y con cuánta mansedumbre y bondad responde. Dice El:

¿Dónde está tu hermano Abel? Y ¿qué contesta Caín? ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano? ¹² ¿Habrá arrogancia mayor? ¿Aceptaría alguno de buena gana semejante respuesta ni aun de un hijo suyo? Pues de un hermano cierto que la tendría como ignominiosa. Pero Dios con la misma mansedumbre le replica: *La voz de la sangre de su hermano clama a Mí.*

Dirás: ¡bien está eso! Pero es que Dios es superior a la ira. Es verdad. Pero para eso bajó el Hijo de Dios, para hacerte Dios en cuanto dan las fuerzas humanas. Instarás: Es que soy hombre y no puedo soportarlo. Entonces, permítenos traerte de ejemplo a otros hombres. Y no pienses que me refiero a Pedro ni a Pablo, sino a otros en gran manera inferiores. El criado de Elí injurió a Anna diciéndole: *Digiere el vino que has bebido.* ¹³ ¿Podía haber algo más injurioso? ¿Qué responde aquella mujer?: *Soy una mujer puesta en amargura.* En realidad nada hay que iguale a la aflicción, que es madre de la virtud. Esta misma mujer tenía una émula, pero no la cargó de injurias, sino ¿qué hizo? Se refugió en Dios y en la oración; y en su oración ni siquiera mencionó a su émula, ni dijo: Señor, pues ella me ha colmado de oprobios, Tú véngame: ¡tan acostumbrada estaba a la virtud!

Avergoncémonos, oh varones, pues bien sabéis que nada hay más terrible que los celos. Pero tampoco el publicano, siendo injuriado, respondió con injurias aun cuando si hubiera querido bien podía haberlo. Lo llevó todo virtuosamente y sólo dijo: *Sé propicio a mí, el pecador.* ¹⁴ También Memfibaal, acusado y calumniado por su siervo, nada malo habló ni hizo contra éste, ni ante el rey. ¹⁵ ¿Quieres conocer también la virtud de una meretriz? Oye a Cristo, que dice, mientras ella le seca los pies con sus cabellos: *Los publicanos y las meretrices os precederán en el reino.* ¹⁶ ¿La viste de pie, llorando, lavando sus propios pecados? Pues bien: injuriada no se aíra. Decía el injuriador: *Si ése supiera que esa mujer es pecadora, no le permitiría lo que hace.* No le replicó ella: ¿Qué, pues, te pregunto: tú no tienes pecados? Sino más bien toleró todo, más bien gimió y lanzó lágrimas más fervientes aún.

Pues si las mujeres, los publicanos, las meretrices tanta virtud tienen, y esto antes del tiempo de gracia, ¿qué perdón podemos merecer los que, tras de tanta gracia, reñimos peor que fieras y mordemos y pateamos? Nada hay más vergonzoso, nada más vil, nada más molesto, nada más desagradable, nada más dañino que la ira. Digo esto

para que mostremos mansedumbre, no únicamente con los varones, sino también con tu esposa, de modo que si es locuaz la toleres: sírvate tu esposa de palestra y de gimnasio. ¿Cómo no ha de ser absurdo que aceptemos los gimnasios que ningún provecho acarrearán y en donde quebrantamos los cuerpos, y en cambio no nos preparemos un gimnasio doméstico que aun antes del certamen nos obtenga la corona?

¿Te injurió tu esposa? ¡No te hagas tú mujeril! Porque injuriar es cosa propia de las mujeres, es una enfermedad del alma; es un vicio. No te creas vil por el hecho de que una mujer te injurie. Lo vil en ti es que tú injurieras mientras ella es virtuosa. Pero si toleras las afrentas, eso será la prueba de tu gran fortaleza. No digo esto para inducir a las mujeres a que injurien —¡lejos tal cosa!—, sino que si acaso, por instigaciones del demonio, eso aconteciere, vosotros los varones lo toleréis. Propio es de los varones fuertes sobrellevar a los seres débiles. Si tu criado te contradice, tú procede virtuosamente: no le digas lo que merece oír, no le hagas lo que merece sufrir, sino di y haz lo que conviene que tú digas y hagas. Jamás injurieras a una doncella pronunciando palabras torpes; nunca llames malvado a un doméstico: ¡no es él quien queda injuriado, sino tú!

El que se aíra no puede contenerse, como tampoco el mar cuando sus olas se agitan. No puede permanecer pura una fontana si en ella cae lodo; tanto así mezcla todo la ira; tanto así desordena todas las cosas. Si azotas, si rasgas la túnica, tú eres el que ha recibido un daño mayor. El otro lleva el golpe en su cuerpo; pero tú lo llevas en tu alma. A ésta la rasgaste, a ésta la heriste. Sujetaste el auriga a los corceles. Procuraste que ellos, ya caído en tierra, te arrastraran. Sucede lo mismo que si un auriga, enojado con otro, permite que su enemigo lo arrastre.

Ya sea que reprendas, ya que amonestes o hagas otra cosa cualquiera, procede sin ira, sin furor. Si el que reprende es como médico del que yerra, ¿cómo podrá curar a otro cuando antes bien se hace daño a sí mismo y a sí mismo no se cura? Pregunto yo: si un médico fuera a curar a otro enfermo tras de haberse él mismo herido o sacado los ojos ¿podría en ese estado curar? Responderás sin duda que de ninguna manera. Pues igualmente tú, aun cuando reprendas, aun cuando amonestes, que tus ojos tengan su mirada pura. No perturbes tu mente. De otro modo ¿cómo podrá verificarse el medicamento? No pueden permanecer en igual tranquilidad el que se irrita y el que no se

irrita. ¿Por qué, arrojado así el maestro de su trono, te pones luego a enseñar al que yace por tierra?

¿No has visto a los jueces cómo cuando han de juzgar toman asiento en su trono y toman la presentación que conviene? Pues procede tú lo mismo. Adorna tu alma con la vestiduras propias de juez, o sea con la verdadera equidad, y luego siéntate en tu trono como juez. Dirás que en semejante forma el otro no te temerá. Pues bien, más se temerá. Si procedes al contrario, aun cuando alegues cosas justas, el criado las tomará como fruto de tu furor. En cambio, si hablas con mansedumbre, él mismo condenará sus propios proceder. Y lo que sobre todo importa y es lo principal, serás más grato a Dios. Podrás así conseguir los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Gén. XII, 1.
2. Varias veces hemos anotado cómo para el Santo persas eran casi todos los orientales.
3. Traducción conjetural, pues el texto es, como anota Migne, *locus implicatus*. Literalmente parece decir: que la visión la tuvo el padre de Abraham, lo cual no es exacto.
4. I Cor. XII, 19.
5. Hechos VII, 40.
6. Juan XI, 4. Párrafos no muy claros.
7. Rom. VIII, 31.
8. Filip. IV, 4.
9. Gálat. VI, 17.
10. Mat. XXVI, 52.
11. Juan XV, 20.
12. Gén. IV, 9.
13. I Sam. I, 14. Nótese que el texto original dice haber sido Elí quien interpeló a Anna, que oraba, y no el criado.
14. Luc. XVIII, 13.
15. II Sam. XVI, 3. Este Memfibaal es el Memfibaal de la Vulgata y Memfibosté de los LXX. En I Paral. VIII, 34 se le llama Meribbaal.
16. Mat. XXI, 31.

HOMILIA XVI

*Y le habló Dios de esta manera, diciendo: Que su descendencia
será forastera en país extranjero y los esclavizarán
y los vejarán durante cuatrocientos años. Pero Yo,
dice el Señor, castigaré a la nación a la
cual servirán. Y tras esto saldrán y
me rendirán culto en este lugar.
(Hechos VII, 6-7)*

MIRA CON CUÁNTOS AÑOS de antelación se hace la promesa y el modo en que se hace; y todavía nada hay de sacrificios, nada de circuncisión. Declara aquí Esteban haber permitido Dios que los afligieran, pero que quienes los afligirían no quedarían sin castigo. *Castigaré a la nación a la que servirán, dice el Señor.* Advierte que el mismo que hace la promesa y que les concede aquella tierra, primero permite males. Es lo mismo que ahora sucede. Aunque haya prometido el Reino, permite que acá seamos ejercitados con tentaciones. Y si ahí promete la libertad para dentro de cuatrocientos años, ¿qué hay de admirable si hace otro tanto respecto del Reino de los Cielos? Y así lo cumplió, y no pudo el tiempo comprobar que fueran falsas sus palabras, aunque ellos fueron oprimidos con muy grave servidumbre. Pero Dios no se contentó con castigar a los opresores, sino que prometió bienes a los israelitas. Creo yo que aquí Esteban quiere traerles a la memoria a los judíos esos beneficios.

Y concertó con él la alianza, cuya señal fue la circuncisión.; Y así engendró a Isaac, y al octavo día lo circundidó. E Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas. Y los patriarcas, envidiosos con José, lo vendieron para Egipto. Lo mismo sucedió con Cristo, pues José era figura suya. Y dándolo a entender Esteban, se alarga en referir toda la historia. No teniendo ellos nada contra él, como viniera para traerles

alimentos, lo recibieron de mala manera. Y aquí entra de nuevo la promesa que por tiempo tan largo debían esperarse, en favor de los israelitas. *Y lo libró de todas sus tribulaciones.* Declara aquí que ellos, sin saberlo, ayudaron a que se cumpliera la profecía; que ellos fueron los causantes y que sobre ellos recayeron los males.

Y le otorgó gracia y sabiduría delante del Farón, Rey de Egipto. Otorgó al siervo gracia delante de un Rey bárbaro, al cautivo, al que sus hermanos habían vendido; pero el Rey lo colmó de honores. *Y sobrevino hambre grande y aprieto sobre todo Egipto y Canaán; y no encontraban alimento nuestros padres. Como oyera Jacob que en Egipto había trigo, envió a nuestros padres una primera vez. Y en la segunda José se dio a conocer a sus hermanos.* Y descendieron a Egipto a comprar, y tuvieron que acudir a él.

Y ¿qué hizo José? Les mostró su benevolencia no sólo en eso, sino que además los presentó al Faraón y los llevó a Egipto. *Y el Faraón vino en conocimiento del linaje de José. Y José envió a llamar a su padre Jacob y a toda su familia, que contaba setenta y cinco personas. Y Jacob bajó a Egipto. Y murió él y también nuestros padres. Y fueron trasladados a Siquem y depositados en la sepultura que había comprado Abraham a precio de plata de los hijos de Emor, siquemitas. Y conforme se acercaba el tiempo del cumplimiento de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto. Hasta que surgió otro Faraón en Egipto, Rey que no conocía a José.*

He aquí un nuevo motivo para perder la esperanza. El primero fue el hambre; el segundo, que cayeron en poder de un hermano ofendido; el tercero, cuando el Rey sentenció que se les diera muerte. Pero de todo eso los libró Dios. Luego, declarando la sabiduría de Dios, Esteban prosigue: *En estas circunstancias nació Moisés, grato a los ojos de Dios.* Si fue admirable que José fuera vendido por sus hermanos, más admirable es que Moisés fuera educado por el Rey a quien derribaría de su poder y al cual perdería y destruiría.

¿Adviertes cómo en casi todo está figurada la Resurrección? No es igual que Dios por Sí mismo haga algo y que lo haga el humano albedrío. Pues bien: tales sucesos no provenían de humano propósito. *Y era poderoso en sus palabras y en sus obras.* Lo dice Esteban declarando a Moisés salvador de los israelitas y a éstos como ingratos para con su bienhechor. Así como anteriormente fueron salvados por José, a quien habían hecho mal. Pero ¿y qué si de hecho no lo mata-

ron? Ciertamente, cuanto estuvo de su parte, aquéllos con sus palabras dieron muerte a José, como éstos a Moisés. Aquéllos vendieron a José para una tierra extraña; éstos hicieron huir a Moisés de una tierra extranjera a otra también extranjera. A aquél cuando les llevaba alimentos; a éste cuando les aconsejaba cómo estar bien con Dios. Así se comprueba ser verdadero, por la providencia con que se va desarrollando todo, el dicho de Gamaliel: *Si es obra de Dios no podréis destruirla.*

Y tú, cuando oyes que quienes fueron acometidos con asechanzas, esos mismos fueron los que salvaron a sus propios enemigos, admírate de la divina sabiduría tan ingeniosa. Pues si aquéllos no hubieran sido acometidos con asechanzas, éstos no se habrían salvado. Hubo hambre y a éstos no los consumió. Ni solamente eso, sino que precisamente los salvó aquel a quien esperaban haber muerto. Se dio la orden del Rey, pero no los destruyó, sino que, por el contrario, fue entonces cuando más creció el número de ellos, o sea tras de haber muerto el Faraón que los conocía. Ellos querían matar a Moisés, pero no lo consiguieron.

¿Adviertes que por los medios con que el demonio procuraba que no se realizara la promesa, precisamente por éstos floreció? Lo propio hubiera sido que exclamaran los israelitas: Sabio es Dios y puede sacarnos de aquí. Porque sabiduría de Dios era que aquel linaje se multiplicara en tan adversas circunstancias, en servidumbre y vejado con miserias y muerte. En todo estaba la magnitud de la promesa. Si todo se hubiera desarrollado en el país propio de ellos, la cosa no habría sido tan admirable. Y no habían permanecido en tierra extraña por poco tiempo, sino por cuatrocientos años.

Entendemos también por aquí la gran astucia de los Faraones, pues no utilizaban a los israelitas como señores a sus criados, sino como déspotas y enemigos. Por lo cual Dios les predijo que alcanzarían plena libertad, porque eso significa: *Me darán culto en este lugar y retornarán a su país.* Lo cual se verificó no sin castigo de los opresores. Observa cómo aparenta dar a la circuncisión en esto alguna importancia, cuando en realidad ninguna le da, puesto que la promesa precedió a la circuncisión, de modo que ésta fue posterior.

Y los patriarcas envidiosos. No los acusa y ofende, sino que les muestra agradecimiento. Llama patriarcas a los progenitores, porque los oyentes los estimaban en gran manera. Por otra parte, hace ver que los santos no estuvieron sin compartir los trabajos, sino que alcanza-

ron el auxilio divino en medio de las mismas aflicciones. Y esto cuando no sólo no apartaban de sí las dichas aflicciones, sino que cooperaban con los que los afligían; siendo así que más debieran haber procurado echarlas de sí. De modo que así como aquéllos vendiendo a José lo tornaron más ilustre, así el Faraón, mandando matar a los hijos varones de los israelitas, tornó más ilustre a Moisés. Sin semejante orden, no habría sucedido esotro.

Mira la providencia de Dios. El Faraón hace que huya Moisés, y Dios no lo impide, preparando de este modo lo que luego iba a venir, con el objeto de que allá en la otra región recibiera la visión de Dios en la zarza. Igualmente hizo rey a José en el sitio mismo en que era tenido como esclavo. Y así como José reina en el país para el cual lo vendieron, así Cristo mostró su poder muriendo en donde lo vendieron. Lo cual no sucedió únicamente para honra, sino además porque confiaba en su propio poder. Pero repitamos ahora lo ya dicho.

Y lo constituyó gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa. Observa qué grandes cosas prepara Dios mediante el hambre. Dice: *Descendió Jacob a Egipto con setenta y cinco personas; y murió él y también nuestros padres. Y fueron trasladados a Siquem y depositados en la sepultura que había comprado Abraham a precio de plata a los hijos de Emor, siquemitas.* Hace ver aquí Esteban que ni siquiera eran dueños del sepulcro. *Y a medida que se acercaba el tiempo del cumplimiento de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto. Hasta que surgió en Egipto otro Faraón que no conocía a José.* Advierte cómo no los acrecentó en tantos años, sino cuando ya se acercaba el término, a pesar de haber ya vivido en Egipto cuatrocientos años y más. También esto es cosa admirable.

Este procediendo con astuta malicia contra nuestro linaje, vejó a nuestros padres forzándolos a dejar expósitos sus parvulillos, para que no vivieran. Dicen: *Procediendo con astuta malicia.* Da a entender la muerte oculta, pues no quería el Faraón darles muerte abiertamente. Por eso añade Esteban: *A dejar expósitos a sus parvulillos. En estas circunstancias nació Moisés, agradable a los ojos de Dios.* Cosa digna de admiración es que quien luego había de ser jefe nazca no antes ni después, sino en plena rabiosa persecución. *Y fue criado durante tres meses en la casa paterna.* De modo que cuando en lo humano ya no quedaba esperanza y habían dejado a Moisés como expósito, entonces brilla la divina providencia.

Y habiendo sido abandonado como expósito, lo adoptó la hija del Faraón, y se lo hizo educar como un hijo. Aún no hay templo, aún no hay sacrificio, a pesar de que ya se han llevado a cabo tantas y tan grandes cosas. Y fue educado Moisés en una casa de bárbaros. Y fue instruido Moisés en toda la sabiduría de los egipcios. Y era poderoso en palabras y en obras. Se ocurre admirar cómo vivió allí cuarenta años, y sin embargo no se le descubrió a pesar de la circuncisión. Más aún, tanto él como José olvidan con toda seguridad sus intereses propios para salvar a los demás. Cuando cumplía sus cuarenta años el corazón lo impulsó a visitar a sus hermanos los israelitas. Y como viera a uno que era maltratado, salió en su defensa y le hizo justicia y vengó al injuriado matando al egipcio. Pensaba él que sus hermanos conocerían que Dios les iba a otorgar la salvación por su mano, pero ellos no lo comprendieron.

Advierte cómo aún no les es molesto; sino que, hablándoles él de cosas tan elevadas, lo escuchan y le dan oídos: en tan gran manera los había cautivado con la gracia de su rostro. *Pensaba él que sus hermanos conocerían.* Ciertamente, mediante sus obras les demostraba su protección y no eran necesarios discursos; pero ni aún así lo comprendieron. Observa la mansedumbre con que les habla y cómo la ostenta cuando ellos se le muestran airados. *Al día siguiente se les presentó mientras se peleaban y trataba de reconciliarlos y ponerlos en paz, diciéndoles: ¡Hombres! ¡sois hermanos! ¿Por qué os maltratáis mutuamente? Mas el que injuriaba a su compañero lo rechazó diciendo: ¿Quién te ha constituido juez y jefe sobre nosotros? ¿Acaso quieres matarme como ayer mataste al egipcio?*

Con ese mismo ánimo, al parecer, clamaban ahora contra Cristo: *No tenemos otro rey que al César.*¹ Así solían portarse siempre los judíos cuando recibían beneficios. Pero ¿has observado la necesidad? Al que luego los había de salvar, lo acusan y dicen: *Como mataste ayer al egipcio. Moisés al oír esto huyó; y vivió como forastero en el país de Madián, donde engendró dos hijos. Huyó. Pero la fuga no interrumpió la providencia, como tampoco la muerte. Transcurridos cuarenta años, se le apareció el ángel del Señor en el desierto del monte Sinaí, en la llama de la zarza que ardía. ¿Adviertes cómo la providencia no se impide con el tiempo? Cuando Moisés andaba prófugo, cuando era extranjero, cuando llevaba ya mucho tiempo viviendo en tierra extraña, y tenía ya dos hijos; cuando no esperaba regresar jamás, entonces se le aparece el ángel. Al Hijo de Dios lo llama*

Angel, como también Hombre. Y ¿en dónde se le aparece? En el desierto, no en el templo.

¿Adviertes cuántos prodigios se verifican? Y sin embargo, aún no hay templo, aún no hay sacrificios. Y se le aparece, no simplemente en el desierto, sino en una zarza. *Y Moisés al ver aquello se admiró de lo que veía. Y al acercarse para contemplarlo, se oyó la voz del Señor.* De modo que también se dignó Dios hablarle. *Yo soy el Dios de tus padres: el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.* Declara aquí no solamente que el Angel que se apareció era el Angel del gran consejo, sino además cuán grande sea la benevolencia que Dios manifiesta mediante aquella visión. *Moisés, espantado, no se atrevía ni a mirar. Díjole Dios: Descálzate las sandalias de tus pies, pues el lugar en donde estás es tierra santa.*

Aún no existe el templo: pero el sitio es santo por la aparición y la operación de Cristo. Esto es más admirable que el sitio llamado Santo de los Santos, pues en éste no se manifestó así Dios nunca; jamás se estremeció así Moisés en otro sitio alguno. ¿Has visto la misericordia divina? Contempla ahora la solicitud providente de Dios: *Mis ojos han visto la aflicción de mi pueblo que habita en Egipto, y he oído sus clamores y he bajado a libertarlos. Y ahora, ven y te enviaré a Egipto.* Advierte cómo manifiesta ser El quien los conduce mediante los beneficios, los milagros y los castigos; pero ellos no se mejoran. Conocemos por aquí que Dios está presente en todo. Oyendo esto, también nosotros refugiémonos en El en nuestras aflicciones.

He oído sus clamores. No dice simplemente *he oído*, sino que añade por las calamidades que padece. Y si alguno pregunta: ¿Por qué permitió que así se les afligiera?, sepa que para todos los justos las aflicciones son motivo de recompensa. O también permitió que así se les afligiera, para demostrar su magnífico poder, que brilla tomando pie de estas circunstancias; y para adoctrinarlos mediante los trabajos, a fin de que en todo buscaran la virtud. Mira, en cambio, cómo cuando andaban por el desierto se pusieron gordos, florecientes, frondosos, pero abandonaron a Dios. En todos aspectos la pereza es mala, carísimo. Por lo cual desde los comienzos dijo Dios a Adán: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan.*²

Con el objeto, pues, de que no por pasar de las grandes aflicciones a la suma tranquilidad se tornaran rijosos y soberbios, permitió que fueran atribulados; porque la tribulación es un gran bien. Oye a David que dice: *Un bien ha sido para mí el ser humillado.*³ Pues si

para los varones grandes y admirables la tribulación es un gran beneficio, mucho más lo es para nosotros. Si os parece, examinemos la tribulación en sí misma. Supongamos a un hombre exageradamente alegre, gozoso y derramado al exterior. ¿Quién habrá más necio y repugnante que él? Supongamos a otro adolorido y triste: ¿Quién más sabio que éste? Por lo cual el Sabio nos amonesta y dice: *Mejor es entrar en la casa del duelo, que en la casa de la risa.*⁴

Quizá os reís de lo dicho. Pero veamos cómo estuvo Adán en el paraíso y cómo anduvo después. Cómo estuvo Caín antes de su pecado y cómo después de él. Con el placer el alma como que no está en su propio lugar, sino que es arrebatada como de un viento, y se torna ligera y sin lastre ni fundamento. Se hace fácil a las promesas y pronta en prometer; y el ánimo se debate entre fluctuantes raciocinios. De ahí nacen las risotadas importunas, los alegrones sin motivo, la vaciedad grande y superflua en las palabras... Pero ¿para qué hablar de otros? Vengamos a uno de los varones santos y observemos cómo es en el placer y cómo en la tristeza.

¿Queréis que consideremos a David? Viviendo éste en placer y gozo por sus muchos trofeos y victorias, coronas y delicias, y en seguridad, oye lo que dice: *Yo dije en mi abundancia: jamás vacilaré.*⁵ Y en cambio, cuando se encontró en tribulación, escucha lo que afirma: *Y si El dice no me has agradado, que me haga lo que le parezca mejor.*⁶ ¿Qué habrá más sabio que semejantes palabras? Como si dijera: Lo que a Dios sea más agradable, eso se haga. Y a Saúl le decía: *Si es Dios quien te incita contra mí, sea aplacado con un sacrificio de suave olor ofrecido de tu mano.*⁷ Cuando se encontraba atribulado, perdonaba aun a sus enemigos; pero en gozo, ni a sus amigos ni a quienes no le habían hecho mal alguno.

También Jacob, estando en aflicción decía: *Si Dios me diere pan para comer y vestido para cubrirme.*⁸ Antes del diluvio el hijo de Noé no se había atrevido a tales cosas; pero una vez que se sintió seguro, sabéis bien cuán rijo se tornó. Ezequías fue puesto en tribulación, y mira todo lo que hizo para alcanzar la salud: se vistió de saco y se postró en tierra. En cambio, cuando se halló en gozo, cayó en el pecado de hinchazón y soberbia. Por tal razón Moisés amonestó al pueblo diciéndole: *Una vez que hayas comido y te hayas saciado, acuérdate del Señor tu Dios.*⁹

Precipicio es el lugar de las delicias y lleva al olvido de Dios. Cuando eran atribulados los israelitas, se multiplicaban; pero cuando

los dejaba el Señor, perecían todos. Mas ¿para qué traigo ejemplos antiguos? Veámoslos de entre nosotros mismos, si os parece. Muchos de nuestros contemporáneos se hinchaban cuando las cosas van prósperamente y se tornan enemigos de todos, iracundos, mientras están en el poder. Perdido éste, se vuelven humildes, mansos suaves y reconocen que son hombres. David declara ser esto verdad cuando dice: *La malicia los compenetra de grasa. La soberbia les sirve de collar.* ¹⁰

He dicho esto para que no se busque el placer por todos los caminos. Preguntarás: entonces ¿por qué dice Pablo: *Gozaos siempre?* ¹¹ No dijo simplemente gozaos, sino que añadió: *En el Señor.* Este es el sumo placer; con éste se gozaban los Apóstoles; éste es el gozo que acarrea ganancias: el que tiene su principio y raíz y ocasión en cárceles, en azotes, en persecuciones, en maledicciones, en pesadumbres y tristezas, de manera que siempre tiene buen fin. En cambio los goces mundanos van todos al contrario: entran al principio suavemente, pero acaban en tristeza.

Yo no prohíbo el gozo en Dios, sino al revés: vehementemente lo aconsejo. Eran azotados los Apóstoles y se gozaban; eran encadenados y daban gracias a Dios; eran lapidados y proclamaban el Evangelio. Ansío para mí este gozo que no comienza por nada temporal, sino que nace de las cosas espirituales. Quien se goza según el mundo, se goza en las riquezas, en los placeres, en la gloria, en el poder, en la arrogancia; pero el que se goza según Dios se goza de la infamia por el mismo Dios, de la pobreza, de la escasez, del ayuno, de la humildad. ¿Adviertes cuán contrarias son tales materias? Cuantos prescinden del placer, también andan libres de la tristeza; y cuantos andan fuera de la tristeza también han prescindido del placer. Y en verdad son estas últimas las que causan el verdadero placer. Las otras solamente portan el nombre de placeres, pero su contenido es todo tristeza. ¿Cuán grande es la tristeza del arrogante? ¿Cuántos obstáculos se le interponen cuando procede con soberbia? El mismo se prepara mil afrentas, odios grandes, enormes envidias. Si lo afrontan los superiores, se duele; si no se revuelve contra todos, también anda herido y se roe en su corazón.

El humilde vive en deleitosa paz; de nadie espera honores; si se le honra, se goza; si no se le honra, no por eso se duele; más aún, se goza en no ser honrado. El no buscar honores y sin embargo ser honrado, produce grande placer. Al soberbio le sucede al revés: busca honores y no es honrado. No goza igualmente del honor adquirido

quien lo busca y quien no lo busca. Aquél, por más honores que reciba, cree no haber recibido nada; éste otro con una nada que lo honren, lo recibe como si tuviera todos los honores. El que vive entre placeres está rodeado de mil preocupaciones, aun cuando los placeres le fluyan como derivados de una fuente y le sean fáciles, porque teme los males que de los placeres se derivan, y además lo incierto del tiempo futuro. En cambio, quien vive de modo contrario, siempre se encuentra seguro y gozoso, pues está acostumbrado a un sencillo régimen de vida.

Este no se tiene por mísero a causa de no disfrutar de una mesa opípara; se regocija en cambio de no temer la condición incierta del tiempo que ha de venir. Por otra parte, nadie hay que ignore los males que provienen de los placeres. Sin embargo, hora es ya de recordarlos. Doble es la batalla: del cuerpo y del alma; doble es la tempestad invernal; dobladas son las enfermedades. Son también incurables y acarrear calamidades terribles. No va por ahí la frugalidad, pues en ésta también la salud es doble, y dobles son los bienes que de ella se derivan. Dice el Sabio: *A vientre moderado, sueño saludable*.¹²

En todas las cosas es deseable la moderación, y todo lo que de ésta se desvía resulta desagradable. Mira un ejemplo. Pon una pequeña chispa de fuego debajo de un montón de leña: verás cómo no sube una llama rutilante, sino una humareda desagradable. Pon sobre los hombros de un varón fuerte una carga que supere sus fuerzas, y lo verás caído en tierra por el peso. Mete en la nave un cargamento excesivo, y verás un gran naufragio. Así son los placeres. En las naves que van sobrecargadas sucede que se origina gran alboroto entre los marinos y el piloto y en los que van en la proa y en los pasajeros, de manera que unos arrojan desde arriba y otros desde abajo cosas al mar; y lo mismo acontece en este caso: los glotoneros unas cosas las arrojan por arriba y otras por abajo, y se destruyen a sí mismos y perecen. Y lo más vergonzoso de todo es que la boca se apropia el oficio de las partes posteriores y cae en mayor ignominia que éstas.

Pero si respecto de la boca tan grande ignominia hay, piensa cuánto mayor la habrá en el alma. En ésta todo es oscuridad, todo tinieblas, todo tormentos, todo pensamientos confusos llenos de angustia, mientras el alma toda clama por el daño que sufre. Por tal motivo, los dados a la glotonería mutuamente se acusan, andan de mal humor, lo pasan mal, se apresuran a defecar el estiércol interno. Pero ni aun

después de que lo arrojaron quedan apaciguados en su agitación, pues se siguen luego las fiebres, las enfermedades.

Dice alguno: todo eso es verdad: se enferman, proceden de modo vergonzoso. Pero todo eso se nos refiere en vano; en vano se nos enumeran las enfermedades. Porque yo, que no tengo qué comer, me destrozó, me enfermo, procedo vergonzosamente; mientras que a esos que viven entre placeres, podemos verlos cómo andan felices, gordos, gozosos y en buenos corceles cabalgando.

¡Ay de mí! Semejantes palabras son dignas de lágrimas. Pero a los que sufren la podagra y son llevados en silla de manos y atados ¿por qué ángulo los veremos? Yo, si ellos no lo tomaran a oprobio y ofensa, ya los habría llamado con el nombre que merecen y les es propio. Instarás diciendo que los hay sanos y que no únicamente disfrutan de los placeres, sino que además trabajan. Pero ¡vaya! ¡preséntame un solo hombre que continuamente vaya engordando y pase su vida en ocio y sin hacer nada y que al mismo tiempo goce de salud! ¡No lo encontrarás!

Aun cuando lo rodee una turba de médicos incontable a ese que continuamente se entrega a los placeres del vientre, no lo podrán librar de las enfermedades: la naturaleza de esta clase de conducta no lo consiente. En cambio, yo te traeré el testimonio de los médicos. No todo lo que se ingurgita y va al estómago se convierte en alimento; porque en la naturaleza misma de los alimentos está que una parte de ellos no tenga virtud de alimentar: una parte se separa y va al excusado y otra se convierte en alimento. En consecuencia, si en todo procedes con moderación al alimentarse, cada elemento irá a su sitio; y así lo que es sano y útil irá también a donde le corresponde, y lo que es inútil y superfluo se separará y será lanzado fuera. Pero si la abundancia de alimentos es excesiva, aun lo que de suyo tiene virtud de alimentar se torna dañoso.

Para mayor claridad en esto, voy a poner un ejemplo. En el trigo se distinguen la flor de harina, la harina y el afrecho. Si pues la piedra de moler recibe lo que ella puede moler, dará por separado esos tres elementos; pero si le amontonas más de lo que puede, todo se revolverá. Lo mismo es en el vino. Si se trabaja debidamente y se hace cada operación a su tiempo, primero todos sus elementos aparecen mezclados; pero después una parte forma las heces, otra las espumas, otra queda para que la disfruten los comensales; y ésta es la parte buena y no fácilmente se descompone. Pero antes, ni es vino ni son heces, porque todo anda revuelto.

Lo mismo puede verse en el mar, cuando sobreviene una gran tormenta. Pues así como vemos entonces los peces muertos que sobrenadan y a causa del frío no pueden ir al fondo, así nos acontece a nosotros. Cuando por la parte de arriba se echa encima una ingente lluvia de alimentos, a causa de la voracidad, todo se revuelve y obliga a sobrenadar, como cadáveres, los pensamientos antes serenos y sanos. Quedando, pues, demostrado con estos ejemplos cuán grande daño se sigue, nunca llamemos felices a esos hombres a quienes convendría llamar infelices, ni tampoco nos quejemos por lo que deberíamos llamarnos felices: ¡amemos la frugalidad!

¿No veis cómo los médicos a la indigencia la llaman madre de la salud? Por mi parte yo afirmo que es madre no solamente de la salud corporal, sino también de la espiritual. Así lo proclama Pablo a su vez, él, verdadero médico espiritual: *Teniendo qué comamos y vestido, contentémonos con eso.*¹³ Obedezcámoslo, a fin de que, estando sanos, hagamos lo que debemos, en Cristo Jesús, Señor nuestro, al cual, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, sean la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Juan XIX, 15.
2. Gén. III, 19.
3. Salmo CXVIII, 71.
4. Ecles. VII, 3. Literalmente dice: El corazón de los sabios está en la casa de luto; mientras el corazón de los necios, en la casa de la alegría.
5. Salmo XXIX, 7.
6. II Sam. XV, 26.
7. I Sam. XXVI, 19.
8. Gén. XXVIII, 20.
9. Deut. VI, 12.
10. Salmo LXXII, 6 y 7.
11. Filip. IV, 3.
12. Ecles. XXXI, 20.
13. I Timot. VI, 8.

HOMILIA XVII

A este Moisés, al que repudiaron diciendo: ¿Quién te ha constituido juez y jefe? a éste envió Dios como jefe y libertador, con el auxilio del Angel que se le apareció en la zarza.
(Hechos VII, 35)

GRANDEMENTE SE ACOMODA esto al asunto propuesto. Dice: *A este Moisés. ¿Quién es ese éste?* El mismo que afrontó el peligro del destierro; el mismo a quien ellos habían despreciado; el mismo que habían rechazado diciendo: *¿Quién te ha constituido juez y jefe?*¹ Es lo mismo que decían a Cristo: *No tenemos otro rey sino el César?*² *A éstos Dios lo envió como jefe y libertador con el auxilio del Angel, quien le dijo: Yo soy el Dios de Abraham.*³ Declara aquí que los milagros que ahí se obraron, por virtud de Cristo se obraron. *Este, es decir Moisés (observa cómo la presenta resplandeciente), los sacó, haciendo milagros y prodigios de la tierra de Egipto, y lo mismo en el Mar Rojo y en el desierto durante cuarenta años. Este Moisés es el que dijo a los hijos de Israel: Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta igual a mí.*⁴ Es decir despreciado y acometido con asechanzas; pues ya lo quiso matar Herodes y se salvó en Egipto; y como Moisés, siendo niño, fue acometido con asechanzas. *Este es el que mientras peregrinaba la comunidad por el desierto, estuvo con el Angel que le hablaba en el monte Sinaí y con nuestros padres. El recibía los oráculos de vida para transmitirnoslos. Y aún no había templo ni sacrificios.*

Con el auxilio del ángel, dice, para transmitirnos los oráculos de vida. Declara con esto que Moisés no únicamente obró prodigios, sino que además dio la Ley, lo mismo que Cristo. Pues así como Moisés primero obró los prodigios y hasta después dio la Ley, así también lo hizo Cristo. Pero no lo obedecieron, pues permanecían inclinados a

rechazarlo; y esto ni aun después de los prodigios, después de los milagros durante cuarenta años obrados. Ni fue sólo eso, sino que hicieron todo lo contrario. Declarándolo Esteban añadió: *Mas no le quisieron prestar docilidad nuestros padres; antes bien lo repudiaron y con el corazón se tornaron a Egipto. Y dijeron a Aarón: Haznos dioses que vayan delante de nosotros, pues de este Moisés que nos sacó de Egipto, no sabemos qué ha sido de él.*⁵

Y fabricaron en aquellos días un becerro y ofrendaron sacrificios al ídolo y festejaron la hechura de sus manos. Entonces Dios les volvió el rostro y los abandonó; y dieron culto al ejército del cielo, según está escrito en el libro de los profetas: ¿Acaso no ofreciste víctimas y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel? Y tomasteis con vosotros el tabernáculo de Moloch y la estrella del dios le Refá, imágenes que labrasteis para darles culto. Por esto yo os transportaré más allá de Babilonia. Dice: abandonó, que es lo mismo que permitió.

*Por cierto que nuestros padres llevaban consigo en el desierto el Tabernáculo del Testimonio, tal como lo había ordenado el que dijo a Moisés que lo fabricara conforme al modelo que había visto.*⁶ Había, pues, Tabernáculo, pero no sacrificios. Que no los hubiera declara el profeta con estas palabras: *¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios?* Tenían el Tabernáculo del Testimonio, pero de nada les aprovechaba, puesto que eran destruidos. Y los milagros ni antes ni después les aprovecharon. *Este Tabernáculo fue también introducido por nuestros padres. ¿Adviertes cómo es lugar santo aquel en que habita Dios?* Por tal motivo dijo: *En el desierto, comparando un lugar con otro.*

Sigue luego el beneficio. Dice: *Este Tabernáculo fue también introducido por nuestros padres y Josué, al posesionarse de los pueblos que arrojó Dios de la presencia de nuestros padres hasta los días de David. Este halló gracia delante de Dios y pidió se le concediera construir una morada para el Dios de Jacob.*⁷ Esto pidió David, pero no le fue concedido, aun siendo él grande y admirable, sino que lo construyó Salomón el rechazado.⁸ Por lo cual dice: *Fue Salomón quien edificó el templo. Aunque el Altísimo no mora en casas hechas por mano de hombre.* Ya por lo dicho antes ha quedado manifiesta tal cosa. Pero además se declara con las palabras del profeta. Cómo lo declare, óyelo en lo que sigue: *Como dice el profeta: El Cielo es mi trono y la tierra es escabel de mis pies. Pues ¿qué casa me edificaréis, dice el Señor; o ¿cuál será el lugar de mi reposo? ¿Acaso no fue mi mano la que hizo todo esto?*

Como si les dijera: No os admiréis si Cristo hace beneficios a quienes rechazan su Reino, pues lo mismo fue en el caso de Moisés. Y no los salvó así como así, sino cuando andaban por el desierto. ¿Adviertes cómo en favor de ellos se verificaron aquellos milagros? En conclusión: aquel que habló con Dios, que fue maravillosamente conservado, que llevó a cabo tantas y tales obras, ese mismo declara ser en absoluto necesario que se cumpla la profecía, y no se contradice ni se arrepiente. Pero repitamos ya lo antes dicho.

Afirma, pues: *Este es el Moisés que dijo: Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta igual a mí.* Pienso yo que a esto se refería Cristo cuando dijo: *La salud viene de los judíos,*⁹ aludiendo a Sí mismo. *Este es el que mientras peregrinaba la comunidad por el desierto, estuvo con el Angel.* Declara nuevamente haber sido el Angel quien les dio la Ley, pues estaba con ellos en el desierto. Trae además a la memoria el gran milagro acontecido en el monte. *El cual recibió los oráculos de vida para transmitirlos a ellos.* En todas ocasiones Moisés es admirable, pero sobre todo cuando se va a dar la Ley. ¿Qué significa: *Oráculos de vida*? Las cosas que como fin se muestran en los discursos de Moisés;¹⁰ o bien se refiere a las profecías.

De aquí se sigue la recriminación contra los patriarcas, quienes después de los milagros y prodigios, recibieron los oráculos de vida, pero: *No los quisieron obedecer,* dice. Razonablemente dijo: *Oráculos de vida,* para dar a entender que también los hay que no son de vida; de los cuales dijo Ezequiel: *Y os di preceptos no buenos.*¹¹ A éstos miraba Ezequiel al decir: *Oráculos de vida. Mas no le quisieron prestar docilidad nuestros padres, antes bien lo repudiaron y con el corazón se tornaron a Egipto.* Por lo cual gemían, clamaban, invocaban a Dios, y decían a Arón: *Haznos dioses que nos precedan.*

¡Oh necesidad! Le dicen: *Haznos dioses que vayan delante de nosotros.* ¿Hacia dónde? Hacia Egipto. ¿Adviertes con cuanta dificultad se arrancaban de las costumbres de los egipcios? ¿Qué decís? ¿No esperas ya en el que te sacó, sino que niegas haber sido eso un beneficio y huyes de tu bienhechor? Advierte cómo añaden la injuria. Pues bien: *Porque a ese Moisés que nos sacó de Egipto.* Todo lo adscriben a Moisés; ninguna referencia hacen a Dios; ni aun lo nombran. Cuando debían dar gracias a Dios, traen a colación a Moisés; y cuando debían obedecer a la Ley, ni se acuerdan de Moisés.

Moisés les había dicho que subía al monte para recibir la Ley; pero ellos no esperaron ni durante cuarenta días. *Haznos dioses.* Y no

dijeron Dios, sino dioses: ¡hasta tal punto andaban locos, como ebrios que no sabían lo que decían. *Y fabricaron en aquellos días un becerro y ofrendaron sacrificios al ídolo.* ¿Has visto la enorme necedad? Allí en donde se manifestó Dios a Moisés, allí hacen el becerro y le ofrecen sacrificios. *Y festejaron la hechura de sus manos.* Se alegraban de lo que debían avergonzarse. Pero ¿qué hay de admirable, ¡oh judíos! en que ignoréis a Cristo, cuando ignoráis a Moisés y desconocéis a Dios que con tantos prodigios se manifiesta? Pero no solamente lo ignoraron, sino que por otro modo además lo injuriaron al fabricarse el ídolo.

Entonces Dios les volvió el rostro y los abandonó, y dieron culto al ejército del cielo. De aquí nacieron aquellas costumbres y aquellos sacrificios, pues fueron los primeros en sacrificar a los ídolos. Significándolo David dijo: *En Horeb se fabricaron un becerro y adoraron un metal fundido.*¹² Pues anteriormente no se habla de sacrificios, sino de oráculos de vida y preceptos de vida: nada de iniciaciones, sino sólo de milagros y prodigios. *Como está escrito en el libro de los profetas.* No sin motivo aduce este testimonio, sino para demostrar que no se necesitaban sacrificios. Advierte lo que dice: *¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios durante cuarenta años en el desierto?*

Y tomasteis con vosotros el Tabernáculo de Moloch y la estrella del dios Refá, imágenes que labrasteis para darles culto. Habla enfáticamente. Quiere decir: No podéis alegar que por haber sacrificado en mi honor, luego sacrificasteis a los ídolos. Y esto lo hicieron en el desierto en donde de modo especial Dios los presidía. *Y tomasteis con vosotros el Tabernáculo de Moloch.* Esta fue la causa y ocasión de que sacrificaran. Por esto Yo os transportaré más allá de Babilonia. De modo que la cautividad acusa la malicia de lo hecho. Preguntarás: ¿Cómo el Tabernáculo era del Testimonio? Porque estaba entre ellos para que tuvieran a Dios como testigo. Por consiguiente no tenía otra finalidad. *Según el modelo que te fue mostrado en el monte.* De manera que en el monte fue detallado el modelo. Y era llevado a través del desierto y no tenía lugar fijo. Y lo llama Tabernáculo del Testimonio, no por otro motivo sino a causa de los milagros y de los mandamientos. El modelo y figura se lo dio a Moisés el Angel.

Hasta los días de David. De modo que hasta ese tiempo no había templo, aunque ya habían sido expulsados del territorio las naciones de las cuales dijo: *A las cuales arrojó Dios de la presencia de nues-*

tros padres. Lo dice declarando nuevamente que aún no había templo. Pero ¿qué es lo que estoy diciendo? Tantos milagros obrados ¿y aún no había templo? No, como tampoco en el tiempo del Tabernáculo, que fue primero, no había templo. Y pidió David la gracia de edificarlo, pero no lo edificó él. En consecuencia, el templo no importaba mucho, aun cuando algunos pusieran la grandeza de Salomón en que edificó el templo; y por esto lo hacían superior a su padre David. Pero que no fuera más grande que su padre; más aún, que ni siquiera lo igualara sino en la opinión de algunos, lo declara el mismo Esteban.

Pues continúa: *Pero el Altísimo no mora en casa hecha por mano de hombres, según dice el profeta: El cielo es mi trono y la tierra escabel de mis pies.* Pero ni cielo ni tierra son dignos de Dios, puesto que son criaturas y obra de sus manos. Mira cómo Esteban poco a poco los va levantado de la tierra. Les demuestra por el profeta ser cosa indigna de Dios afirmar que El habite allí. Preguntarás: ¿Por qué aquí Esteban habla con un lenguaje violento? Sentía gran firmeza de ánimo para expresarse, como que estaba a punto de morir; pues yo creo que esto lo sabía por revelación divina: *¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos!* Palabra profética es ésta y no de Esteban. *Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo; como lo hicieron vuestros padres así lo hacéis vosotros.*

Cuando El no quería sacrificios, vosotros sacrificabais; y cuando los quería, no sacrificabais. Cuando no quería El daros preceptos, los echabais de menos; y una vez que los recibisteis, entonces los menospreciasteis. Cuando estuvo construido el templo, adorabais a los ídolos; y ahora que quiere ser adorado sin el templo, hacéis lo contrario. Advierte que no dijo Esteban: Resistís a Dios, sino: *al Espíritu*. Con lo cual no hizo diferencia alguna, sino que estableció la igualdad entre el Padre y el Espíritu Santo.

Y lo que es peor aún: *Como hicieron vuestros padres así hacéis vosotros.* Igualmente los reprendía Cristo, pues continuamente mucho se gloriaban de sus padres. *¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que de antemano anunciaban el advenimiento del Justo.* Y lo llama Justo, queriendo por este medio reprimirlos. *Del cual vosotros ahora os hicisteis traidores y asesinos.* Dos cosas les reprende: que lo rechazaron y que lo mataron.

Los que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles, pero no la observasteis. ¿Qué significa esto? Dicen algunos que aquí Esteban afirma haber sido dispuesta la Ley por los ángeles. Pero no es así. ¿En

dónde fueron vistos los ángeles disponiéndola? Dice que la Ley fue dispuesta, o sea entregada a Moisés por Aquel cuyo Angel se le apreció en la zarza. ¿Acaso Moisés no era un hombre? Entonces nada tiene de admirable que aquellos que tales cosas hicieron, como fue matar a los profetas, hicieran también estas otras, o sea traicionar y matar al Justo. Si disteis muerte a los que lo anunciaban, mucho más podíais darla a El mismo. Por aquí los declara desobedientes a todos: desobedecen a Dios, a los ángeles, a los profetas, al Espíritu Santo; como en otra parte dice la Escritura: *Han pasado a espada a tus profetas y han derribado tus altares* ¹³. Por consiguiente cuando ellos decían: *Blasfema contra Moisés*, sólo en apariencia cuidaban de la Ley.

Por su parte Esteban les demuestra que ellos no sólo blasfeman contra Moisés, sino contra Dios; y que ya de antiguo lo hacían; y que habían quebrantado los preceptos, y que éstos ya no eran necesarios; y que ellos, al acusarlo como enemigo de Moisés, resistían al Espíritu Santo, y no como quiera sino hasta llegar al asesinato; y que desde antaño eran enemigos de todos, ¿ves cómo les prueba ser ellos adversarios de Moisés y de todos e inobservantes de la Ley? Moisés había dicho: *El Señor os suscitará un profeta*; y otros también predijeron que este profeta vendría; y el mismo profeta dice: *¿Que casa me edificaréis?* Y también: *¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios durante cuarenta años?* ¡Tal era la confianza firme de Esteban, varón abrazado con la cruz!

Imitemos esta confianza, aun cuando ahora no sea tiempo de persecución y de guerra, pues para la firme confianza siempre es tiempo. Dice el profeta: *Proclamaba tus testimonios en presencia de los reyes y no me avergonzaba* ¹⁴. De modo que si disputamos con los gentiles, reprimámoslos sin ira, sin aspereza. Si lo hacemos con ira, ya no habrá la firme confianza, sino pasión; pero si lo hacemos con mansedumbre, eso sí será firme confianza. No es posible que una misma cosa, al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto, sea obra buena y delito. Es pues necesario que habiendo de hablar con plena confianza, estemos libres de cólera, a fin de que nadie piense que de ésta brotan nuestras palabras.

Aunque digas cosas justas, si las dices con ira, todo lo has echado a perder; aun cuando muestres libertad de espíritu o amonestes o hagas otra cosa cualquiera. Observa que Esteban no habla con cólera. Porque no les dijo injurias, sino únicamente les recordó las palabras

de los profetas. Que no lo moviera ira alguna lo demostró cuando, al acometerlo ellos, rogó y dijo: *No les pongas en cuenta este pecado*. Hablaba así doliéndose y entristeciéndose por ellos, pero no airado. Por esto dice Lucas acerca de su rostro: *Vieron su rostro como el rostro de un ángel*, para atraerlos.

Estemos pues libres de la ira. En donde hay ira no habita el Espíritu Santo: maldito es en sumo grado el hombre furioso. Cuando brota el furor, nada razonable puede expresarse. Así como en una tempestad en el mar se suscita gran alboroto y grandes clamores, y nadie tiene tiempo para ponerse a meditar, lo mismo sucede con la ira. Si el alma anhela decir o hacer algo sabiamente, es necesario que se encuentre como anclada en el puerto. ¿No has observado cómo cuando tenemos que hablar de asuntos importantes, buscamos sitios solitarios y alejados del tumulto y en que haya paz y tranquilidad, y no se nos impida meditar con el estruendo? Pues si el exterior estruendo así nos impide, ¿cuánto más la interna perturbación?

Aun cuando alguno se entregue a la oración, si está airado en vano ora si lo hace con ira y cólera. Si así habla caerá en ridículo; y si por ese motivo calla, le sucederá lo mismo. Y sufre daño si así come, y lo mismo ya sea que beba o que no beba, o si está en pie o camina o si duerme; pues aun en el sueño imaginará venganzas. ¿Qué no hay deforme en los irritados? Los ojos, repugnantes; la boca, torcida; todos los miembros temblorosos y abotagados; la lengua, desatada y que a nadie perdona; la mente, extraviada; la figura, indecorosa: ¡grande repugnancia en todo!

¿En qué difieren los ojos de los posesos, de los ebrios y de los insanos? ¿Acaso no hay locura en todo? ¿Qué importa que esto sea sólo de vez en cuando? Pues ciertamente el insano a veces se reprime. Pero ¿qué hay peor que eso? Y no se avergüenzan de justificarse diciendo: ¡No sabía lo que decía! ¿Por qué no lo sabías siendo como eres hombres dotado de razón y de entendimiento? ¿Por qué haces lo que es propio de los brutos y procedes a la manera de un corcel enfurecido y desbocado a causa del furor? A la verdad semejante justificación no carece de culpa. ¡Ojalá hubieras sabido lo que decías!

Dirás que son palabras no tuyas sino de la ira. Pero ¿cómo pueden ser de la ira, cuando la ira no tiene en sí fuerza alguna si de ti no la recibes? Es como si alguno se excusara diciendo delante de su víctima: Tus heridas no son mías sino de mi mano. ¿Para qué cosa crees tú que se necesita la ira? ¿No es acaso para la guerra y las batallas? Y

sin embargo, aún ahí, si el soldado hace algo llevado de la ira, todo acaba mal y se hunde. A los que andan en la batalla más que a nadie les es necesario no airarse. Más aún, ni aun a quienes injurian a otros.

Preguntarás: entonces ¿cómo hay que luchar? Dirigidos por la razón y con mansedumbre. Certamen se llama el ponerse frente a otro. Ahora bien: ¿no has visto cómo los certámenes tiene sus leyes fijas, su orden, su tiempo determinado? En cambio, la ira no es otra cosa que un ímpetu irracional; pero lo irracional no puede hacer nada que sea razonable. Esteban decía aquellas cosas, pero no irritado. Por su parte Elías clamaba: *¿Hasta cuándo claudicaréis con ambas rodillas?*¹⁵ y sin embargo no lo hacía irritado. También Finés mató, pero sin irritarse. Porque la ira no permite ver; sino que, como si hubiera atado a todos durante una lucha nocturna, así lleva por dondequiera ojos y oídos.

Librémonos de semejante demonio; refrenémoslo cuando comienza su operación; cerremos nuestro pecho con un sello que sirva de freno. Es la ira un can impudente; pues bien, que aprenda a obedecer a la ley. Si en el ganado hay un perro feroz por su rabia, de manera que no se sujete al boyero cuando le ordena ni aun reconoce su voz, entonces todo se hunde. Se apacienta juntamente con las ovejas; pero si devora las ovejas, resulta inútil, perjudicial, se le mata. Si el can aprende a obedecerte, aliméntalo, pues será útil contra los lobos, contra los ladrones, contra el jefe de la pandilla de rateros, con sus ladridos; pero que no se vuelva contra las ovejas ni contra los familiares. Si no obedece, todo lo echa a perder; si aprende a no hacer caso, todo lo arruina.

Pues bien, que no tenga término tu mansedumbre, sino que la misma ira la guarde y la acreciente; y la guardará y la dejará que con gran seguridad se acreciente si se dedica a destruir los pensamientos malvados y perversos y a perseguir por todas partes al demonio. Se guarda la mansedumbre cuando nada malo pensamos del prójimo. Cuando no procedemos con impudencia, nos tornamos respetables. Nada hace a uno tan impudente como la mala conciencia. ¿Por qué las meretrices son tan impudentes y en cambio las doncellas son tan pudorosas? ¿Acaso esto no lo hace en aquéllas el pecado y en éstas otras la castidad? Nada hay que así torne impudente como el pecado.

Dirás que, por el contrario, el pecado causa rubor. Es verdad en el caso de quienes reconocen y condenan su falta; pero en los demás los hace más impudentes aún y más petulantes: quien pierde la esperanza

de enmendarse, se vuelve audaz para el mal. Dice la Escritura: *El impío, cuando cae a lo profundo de los pecados, los tiene en poco* ¹⁶. El impudente se vuelve petulante; el petulante se torna audaz. ¿Quieres saber cuándo muere y se consume la mansedumbre? Cuando los pensamientos malos lo arrastran. Pero aunque esto llegue a suceder, todavía el can no ladra demasiado y no hay por qué desesperar. Tenemos honda y guijarros (me comprendéis); tenemos lanza, redil y establo en donde conservarnos ilesos en nuestros pensamientos.

Si el perro vigila y se muestra furioso con los extraños, ésta es su mejor cualidad. Lo mismo si aunque tenga hambre no devora las ovejas, ni aunque esté harto perdona a los lobos. Que sea así nuestra ira; que aun cuando la muerdan no pierda su mansedumbre; aun cuando repose, se avalance contra los malos pensamientos; aun cuando lo mortifique lo que es suyo, no lo abandone, sino que lo reconozca; y que a lo extraño, aun cuando lo adule, lo destruya. Pues con frecuencia el demonio, como el perro, adula; pero sepan todos que él es extraño. Cultivemos la virtud, aunque sea agradable. No seamos peores que los canes, pues éstos, aun azotados y estrechados, no ceden. Pero si un extraño da en alimentarlos ¿cómo no han de ser entonces más dañinos? A veces es útil la ira; pero es cuando ladra contra los extraños.

¿Qué significa: *El que se aira contra su hermano sin motivo?* ¹⁷ Quiere decir: No te vengues, no te hagas injusticia a ti mismo; y si ves a otro que perece, extiéndela la mano. Se acabará la ira cuando estés libre de tu pasión propia. Aprehendió David a Saúl, pero no se dejó llevar por la ira, ni pasó con su lanza al enemigo preso, sino que se vengó del demonio. Moisés, cuando vio al extranjero que maltrataba al israelita, le dio muerte; pero no obró así con el de su misma raza. Reconciliaba entre sí a los hermanos; rechazaba a los extraños. Aunque dice de él la Escritura que era manísimo, pero extremadamente vigilaba.

No procedemos así nosotros sino que en donde conviene manifestar mansedumbre, nos volvemos más feroces que todas las fieras; pero cuando conviene vigilar y estar despiertos, nos mostramos desidiosos y decaídos en gran manera. Por no utilizar los medios que a la mano tenemos, la vida se nos pasa inútilmente. Lo mismo sucede con los instrumentos: si los usamos indiscriminadamente y unos por otros, los echamos a perder. Si alguno, por ejemplo, toma una espada, pero no la usa para lo que ella es, sino que eso lo quiere hacer con la simple

mano, nada logrará; lo mismo que quien, en donde la mano debería obrar, usa la espada. Todo lo echa a perder. Igualmente el médico, si no corta en donde ha de cortar y corta en donde no debía, todo lo arruina.

Os ruego, por tanto, que usemos de la ira a su tiempo. Y no es tiempo de ira cuando se trata de favor y beneficio nuestro; pero si es necesario corregir a otros, entonces es el propio tiempo de usarla, para librar a los demás. Así nos asemejaremos a Dios, si nos defendemos de la ira, y alcanzaremos los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, en unión con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Exod. II, 14.
2. Juan XIX, 15.
3. Exod. III, 6.
4. Deut. XVIII, 18.
5. Exod. XXXII, 1.
6. Exod. XXV, 40.
7. Salmo CXXXI, 5.
8. Nótese el epítelo que el Santo le aplica a Salomón *aperrimmenoV*. O sea el rechazado, el arrojado lejos. Quizá alude a I Reyes I, 1 y ss.
9. Juan IV, 22.
10. Frase un tanto oscura. Parece referirse a los antitipos figurados en la Ley.
11. Ezeq. XX, 25.
12. Salmo CV, 19.
13. I Reyes XIX, 10.
14. Salmo CXVIII, 46.
15. I Reyes XVIII, 21.
16. Prov. XVIII, 3.
17. Mat. V, 22.

HOMILIA XVIII

*Al oír esto sus corazones se consumían de rabia y
rechinaban sus dientes contra él.*

(Hechos VII, 54)

COSA ADMIRABLE ES QUE hayan tomado ocasión de matarlo por lo que decía; sin embargo, aún andaban locos y buscaban algún pretexto. Los perversos que obran injustamente viven de continuo pensando en el mal. Y así como los príncipes de los Sacerdotes dudaban y decían: *¿Qué haremos con estos hombres?*, así ahora éstos se consumen de rabia. Allá el que los había de encender en cólera era precisamente el que en nada los había dañado y que, a pesar de todo, como si los hubiera dañado, sufrió y soportó calumnias. Acá, en cambio, son los calumniadores quienes son redargüidos y convictos de obrar mal. Hasta tal punto es verdadero lo que yo repetía continuamente: Hacer mal a otro es sufrirlo quien lo hace.

Esteban en nada calumnió, sino únicamente declaró la verdad. Pues bien, cuando se nos injuria, si no tenemos conciencia de algo malo, en realidad nada padecemos. Querían darle muerte; pero no proceden al punto, pues quieren señalar una causa en apariencia justa para el crimen. Pero ¿qué? ¿Acaso la injuria que les dijo no era causa justa? Es que no era injuria, sino acusación que contra ellos cargaba el profeta. O tal vez de pensado diferían el matarlo para que no pareciera que lo mataban por las acusaciones que les había hecho, sino por su impiedad, como a Cristo. Pero todo lo que les había dicho eran palabras de piedad y religión. Tal fue el motivo de que, una vez que le dieron muerte, trataran de infamarlo; y se consumían de rabia, pues temían que en el caso sucediera algo inesperado.

Luego hacen con Esteban lo que habían hecho con Cristo. Pues allá, porque Cristo dijo: *Veréis al Hijo del Hombre sentado a la*

derecha de Dios, clamaron que era blasfemia; y tomaban a las turbas como testigos. Acá hacen lo mismo. Allá rasgaron sus vestiduras; acá se taparon los oídos. Como él estuviera lleno del Espíritu Santo, levantó sus ojos al cielo y contempló la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios, y dijo: Mirad que veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Ellos prorrumperon en grandes clamores y alaridos y se taparon los oídos; y en tropel se lanzaron todos unánimes contra él. Y lo sacaron fuera de la ciudad y lo lapidaron.

Si había mentido, lo conveniente habría sido dejarlo ir como un loco, pero Esteban había declarado su visión, tratando de retraerlos del crimen. Habíales hablado únicamente de la muerte de Cristo. Pero nada les había dicho acerca de la Resurrección. Por lo cual, oportunamente añade lo tocante a este dogma. Dice que Cristo se le apareció de pie, para referirlo en tal forma que a lo menos así aceptaran sus palabras. Como el decirles que Cristo está sentado a la derecha les parecería cosa molesta, por de pronto sólo declara la Resurrección, y les dice que está de pie. Yo conjeturo que de esta visión provenía el que el rostro de Esteban apareciera glorificado.

Bondadoso es Dios, y quería atraerlos a razón por las mismas cosas por donde ellos maquinaban contra Esteban, aun cuando nada más aconteciera. *Y habiéndolo sacado fuera de la ciudad, lo lapidaron.* De nuevo la muerte sucede fuera de la ciudad, como en el caso de Cristo; y en la muerte misma se verifica la confesión del mártir y el anuncio y predicación del Evangelio. *Y los testigos colocaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo. Y seguían apedreando a Esteban, que invocaba a Dios y decía: Señor Jesucristo: ¡recibe mi espíritu!* Por aquí declara y les enseña que él no perece. *Y puesto de rodillas clamó con gran voz: ¡Señor: no les pongas a cuenta este pecado!* Lo hace como justificándose, puesto que su discurso no había procedido de ira. Dice: *¡Señor!* O porque quizás anhelada de este modo atraerlos. Al fin y al cabo, el perdonarles la ira y furor con que cometían el asesinato y el demostrar su alma libre de toda pasión hacía que sus palabras fueran aceptables.

Y Saulo aprobaba aquella muerte. En uno de aquellos días se desató recia persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Parece que esta persecución aconteció no sin motivo, sino por especial providencia divina. *Y todos se dispersaron por la región de Judea y Samaria, a excepción de los Apóstoles. ¡Adviertes cómo de nuevo permite*

Dios que haya persecución? Pero advierte la providencia con que va adelante el asunto. Los Apóstoles con los milagros se hicieron admirables; azotados, nada sufrieron; se establecieron en varias regiones los perseguidos, y la predicación cobró auge. Permitió Dios que el obstáculo fuera grande. Se desata, pues, una no pequeña persecución, hasta el punto de que los fieles tuvieron que huir temerosos a causa de los perseguidores ya envalentonados; y a todos era manifiesto que los temían y los huían. Padecían persecución para que no dijeras que se portaban bellamente a causa del favor que se les dispensaba. Con esto se tornaron ellos más tímidos y sus enemigos más audaces. Pues dice: *Y todos se dispersaron*. Por lo cual dije yo que no sin razón la persecución fue providencia, ya que sin ella los discípulos no se habrían dispersado.

Y sepultaron a Esteban unos hombres piadosos e hicieron por él gran duelo. Fue esto o porque ellos aún eran imperfectos, o porque Esteban era agraciado y venerable, y por tal motivo lo lloran. Por lo demás, ese temor y ese dolor y ese duelo están demostrando que se trataban como hermanos. Mas ¿quién habría sido el que no hubiera llorado al ver a aquel manso cordero lapidado y hecho un cadáver. Apropiado epitafio le dedicó el evangelista al decir: *Puesto de rodillas, exclamó con gran voz.* Y también: *Hicieron por él gran duelo.* Pero repitamos ya lo dicho antes.

Mas él, como estaba lleno del Espíritu Santo, levantó al cielo los ojos y contempló la gloria de Dios; y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: Mirad que veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Y se taparon los oídos y en tropel unánimes se lanzaron contra él. Pero tales cosas ¿cómo podían ser una acusación? Y sin embargo, ellos al que tantos milagros había hecho, al que a todos con sus palabras había derrotado, lo acometieron y se lo llevaron y cebaron en él su furor a su gusto.

Y los testigos depositaron sus mantos a los pies de un adolescente llamado Saulo. Observa con cuánta exactitud refiere Lucas lo que toca a Pablo, para declararte cómo más tarde se verificó en él la obra divina. Por de pronto, Pablo aún no cree, sino que acomete a Esteban con las manos de infinitos homicidas. Esto indica Lucas al decir: *Y Saulo aprobaba aquella muerte.* En cuanto a Esteban, mira cómo este santo, no simplemente ruega a Dios, sino que lo hace con atención. Dice: *Dobladas las rodillas.* De modo que para Esteban la muerte fue una liturgia divina. De manera que su muerte fue algo divino, pues

hasta ahora se había concedido a las almas que permanecieran en el seno de Abraham o infierno ¹.

Y se dispersaron todos por las regiones de Judea y Samaria. Sin temor alguno se mezclan ya con los samaritanos, esos mismos que habían oído: *No os dirijáis a los gentiles* ². Dice: *Exceptuando a los Apóstoles.* Declara que éstos, con el objeto de atraer a los judíos, no abandonaron la ciudad; o quizá lo hicieron para infundir confianza en los demás fieles. *Mientras Saulo devastaba la Iglesia, entrándose por las casas y apresando a hombres y mujeres, entregándolos para que los encarcelaran.* Grande furia demuestra el que él solo lleve a cabo esa obra y que aun se entre por los domicilios, apresando. Hasta tal punto se jugaba la vida por la Ley.

Apresando a hombres y mujeres. Advierte su libertad y su insolencia y loco furor. A cuantos caían en sus manos los colmaba de males, cada vez más audaz en semejante degollina. *Y los que se habían dispersado iban de lugar en lugar evangelizando la Palabra, Felipe, llegado a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.* El pueblo en forma unánime prestaba atención a lo que Felipe le predicaba, cuando miraban los milagros que hacía. En efecto, de muchos posesos se salían los espíritus inmundos entre gritos y alaridos. También muchos paralíticos y cojos fueron curados y hubo por este motivo mucho gozo en aquella ciudad.

Pero cierto hombre llamado Simón estaba desde hacía tiempo en la ciudad ejerciendo la magia. Y tenía seducida y fuera de sí a la gente de Samaria, diciendo ser él un ser extraordinario. Y todos, chicos y grandes, le atendían diciendo: Este es el que llaman Gran Poder de Dios. Advierte aquí otra nueva prueba y tentación: es a saber, ésta de Simón. *Y lo seguían las turbas a causa de que ya por mucho los tenía embaucados con sus artificios. Pero cuando comenzaron a creer a Felipe que traía la buena nueva del reino de Dios, y del Nombre de Jesús, recibían el bautismo así hombres como mujeres. El mismo Simón creyó, y después de ser bautizado, permanecía continuamente con Felipe. Fuera de sí contemplaba los milagros grandes y prodigios realizados por Felipe.*

Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén, oyeron contar cómo Samaria había acogido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos vinieron e hicieron oración por ellos, para que recibieran al Espíritu Santo. Pues no había aún descendido sobre ninguno de ellos, sino que sólo estaban bautizados en el nombre del

Señor Jesús. Entonces imponían las manos sobre ellos y recibían el Espíritu Santo. Como viera Simón que con la imposición de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero diciéndoles: Otorgadme también a mí este poder. Que a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo.

Preguntarás: ¿Cómo es eso de que éstos no habían recibido el Espíritu Santo? Respondo: no habían recibido, sino el Espíritu Santo de perdón, pero aún no el de los carismas y milagros. Advierte cómo Simón, cuando vio esto segundo, se acercó a Pedro y se lo pidió. Aun cuando entonces sobre todo la persecución estaba en toda su plenitud, sin embargo Dios conservaba en la fe a los fieles, fortaleciéndolos mediante los milagros. Porque la muerte de Esteban no apagó el furor de los perseguidores, sino que lo acrecentó. Y así se dispersaron los maestros para que la doctrina evangélica más se propagara.

Observa también como de nuevo viven como entre bienes y gozos. Pues dice Lucas: *Hubo grande gozo en la ciudad*, aun cuando al mismo tiempo había grande duelo. Así suele suceder Dios, mezclando lo triste a lo alegre para mayor admiración. En cuanto a Simón, desde mucho tiempo antes padecía su enfermedad; de modo que ni aun bautizado se libró de ella. Pero entonces, ¿cómo fue bautizado? Como Cristo eligió a Judas. Viendo Simón los milagros, quedó estupefacto, pero no se atrevió a pedir esa gracia, pues veía que los demás aún no la poseían. ¿Cómo los Apóstoles no le dieron muerte, como en el caso de Ananías y Safira? Ya antiguamente aquel hombre que recogía leña en sábado había sido muerto para ejemplo de los demás, de modo que ya ningún otro sufrió aquel castigo. Así procedió Pedro, quien a aquellos los castigó, pero no a éste, sino que le dijo: *¡Perezcan tú y tu dinero, por haber creído adquirir a precio de dinero el don de Dios!*

Pero, en fin, ¿por qué éstos ya bautizados no habían recibido el don del Espíritu Santo? O bien porque Felipe no se había atrevido a comunicárselo, reservando ese honor a para los Apóstoles; o porque no poseía él semejante carisma (era sólo uno de los siete diáconos), y esto parece lo más probable. Yo pienso que en efecto este Felipe era uno de aquellos siete, el segundo después de Esteban; y por lo mismo cuando bautizaba no comunicaba ese carisma del Espíritu Santo. No tenía ese don, ya que pertenecía el don a solos aquellos Doce. Considera que éstos no habían salido de Jerusalén. Se tomó como una providencia que salieran los que poseían dones menores y que no habían aún recibido el carisma del Espíritu Santo. Habían recibido el

poder de hacer milagros, pero no el de comunicar a otros el Espíritu Santo. Era esto una prerrogativa apostólica. Por eso vemos que lo hacen solamente los jefes y no los demás.

Dice, pues: *Viendo Simón que por la imposición de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu Santo*. No diría esto Lucas sino sucediera algo sensible en ese acto. También lo hizo Pablo cuando comenzaron a hablar en lenguas. ¿Has advertido el crimen de Simón? Ofreció dinero. Sin duda no fue porque hubiera visto que Pedro lo hacía por dinero. De modo que no procedió por ignorancia, sino por tentación y queriendo intentar una acusación. Por tal motivo, oye a Pedro que le dice: *No tendrás tú parte ni heredarás este poder, porque no es recto tu corazón delante de Dios*. Nuevamente revela aquí Pedro lo que Simón llevaba en su pensamiento y que Simón pensaba que estaba oculto a Pedro.

Arrepiéntete, pues, de este pecado y haz oración al Señor, por si se te perdona este designio que forjaste en tu corazón, pues te veo lleno de hiel amarga, te atan lazos de iniquidad. Respondió Simón: *Rogad vosotros por mí al Señor, para que no me sobrevenga nada de lo que me habéis dicho*. Cuando lo conveniente hubiera sido arrepentirse de corazón y llorar, él toma el asunto a la ligera. *Por si se te perdona*. Lo dice Pedro no porque a Simón no se le hubiera perdonado en el caso de arrepentirse y llorarlo, sino que es costumbre, incluso de los profetas, usar en estos casos únicamente la negación, y no añadir: Si haces tal cosa o tal obra, se te perdonará: anuncian simplemente le castigo futuro.

Por tu parte admírate de cómo en medio de las persecuciones, no descuidan los Apóstoles la predicación, antes bien insisten en ella. También en tiempo de Moisés se verificaban prodigios para comparación ³. Y lo mismo sucede acá. Se trataba de magia; y sin embargo eran claros los prodigios que obraba Simón. No había en ellos nada demoniaco, sino que ya de mucho tiempo antes los traía embaucados. Pero como sin embargo abundaban los paralíticos y los posesos, se ve que tales prodigios no contenían verdad. Pedro en cambio, no únicamente con prodigios, sino con su predicación los llevaba al Reino de Cristo. Dice Lucas que Simón, una vez bautizado, asiduamente estaba con Felipe. Pero no estaba asiduamente con él por causa de la fe, sino porque quería tener también él el carisma de los prodigios.

Estos vinieron e hicieron oración por ellos para que recibieran el Espíritu Santo. Pues no había aún descendido sobre ninguno de ellos.

Entonces imponían las manos sobre ellos y recibían el Espíritu Santo. ¿Adviertes cómo esto no se hacía a la ligera, sino que se necesitaba gran virtud para comunicar el Espíritu Santo? Porque no es lo mismo alcanzar la remisión de los pecados y recibir esa otra potestad. Como viera Simón que se daba el Espíritu Santo con la imposición de las manos, les ofreció dinero. ¿Veía acaso que otros hacían lo mismo? ¿Lo hacía acaso Felipe? ¿Ignoraba Simón que los Apóstoles conocían con qué intenciones se les acercaba?

Con exactitud llama Pedro a esa potestad *don*, cuando le dice: *¡Perezcas tú y tu dinero, por haber creído poder adquirir a precio de dinero el don de Dios!* ¿Advierte cómo los Apóstoles se mantienen siempre limpios de toda avaricia? *No tendrás tú parte ni heredarás este poder porque no es tu corazón recto a los ojos de Dios.* De modo que Simón todo lo hacía con malicia, cuando lo conveniente era la sencillez. *Haz, pues, penitencia, porque te veo lleno de hiel amarga y te atan lazos de iniquidad.* Palabras son éstas propias de una vehementemente conmoción de ánimo. No lo castiga para que en adelante la fe no sea cosa forzada y para no parecer cruel, y también para atraerlo a penitencia; o quizá porque para su corrección bastaba con haberlo redargüido y haberle descubierto lo que llevaba en su corazón, para que se confesara vencido.

Cuando Simón dice: *Rogad vosotros por mí*, parece que así lo declara y confiesa. Mira cómo, aun cuando era perverso, sin embargo, al verse confundido, creyó; y cómo además se torno humilde cuando fue convencido de su falta. *Viendo los milagros que se obraban estaba estupefacto*, con lo cual declaraba que cuantos prodigios él hacía eran mentira. Y no dice se acercó, sino: *quedó estupefacto*. Mas ¿por qué no pidió el don desde luego? Porque pensaba que podía quedar oculto; pensaba que cuanto hacían los Apóstoles era también todo artimaña. Pero una vez que ya no pudo ocultarse a los Apóstoles, entonces se acercó a ellos. En efecto, de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos clamando con grandes voces. Era esta una clara señal de que salían del poseso. En cambio, sucedía lo contrario en los prodigios de los magos, pues en éstos los demonios ataban más fuertemente a los posesos.

Muchos paralíticos y cojos fueron curados. No había en esto engaño alguno, pues la curación se comprobaba porque aquéllos andaban, y por lo que hacían. Y todos le atendían diciendo: *Este es el Poder de Dios.* Se cumplía aquí lo dicho por Cristo: *Vendrán muchos pseudo-*

profetas y seudocristos tomando mi nombre ⁴. ¿Por qué no lo desenmascararan inmediatamente? Porque les bastaba con que él mismo se condenara, pues ya esto era una enseñanza. Y como Simón no pudiera competir con ellos, finge a la manera de los magos egipcios que decían: *Este es el dedo de Dios* ⁵. Y para no ser de nuevo rechazado, no se apartaba de Felipe.

Observa cuántas y cuán notables cosas se obtienen con la muerte de Esteban. Se dispersan los fieles por Judea y Samaria; predicán la buena nueva; anuncian a Cristo; hacen milagros; y poco a poco también los demás van recibiendo el don del Espíritu Santo; puesto que dar ese don a los demás y no darlo a Simón era un doble signo: se tiene aquí un doble prodigio. Pedro y Juan, *después de haber dado testimonio y de haber anunciado la palabra del Señor, se volvieron a Jerusalén; e iban evangelizando muchas aldeas de Samaria*. Razonablemente dice: *Después de haber dado testimonio*. Dan su testimonio quizá a causa de Simón, para que ya en adelante no los engañe; no sea que como a inexpertos Simón de nuevo los atrape. *Se volvieron a Jerusalén*.

¿Por qué se regresan a la ciudad en donde se asentaban la tiranía y el principio de todos los males, y en donde sobre todo eran sanguinarios los enemigos? Como hacen en la guerra los caudillos dirigiéndose al sitio en que la batalla presenta más peligro, así proceden estos Apóstoles. Mira además cómo no se adelantaban a ir a Samaria, sino que los preceden y van primero los perseguidos, lo mismo que en tiempo de Cristo; y mira cómo finalmente fueron enviados a los samaritanos que ya habían creído. Pues dice Lucas: *Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron, les enviaron a Pedro y a Juan*. ¿Para qué los envían? Para librarlos de la magia y les recuerdan la doctrina aprendida de Cristo.

Por lo que hace a Simón, cuando convenía que éste pidiera todo lo contrario, o sea recibir el Espíritu Santo, para nada se cuida de eso, y pide poder darlo a otros. Tampoco los Apóstoles lo habían recibido con facultad de darlo a otros. De modo que Simón pretendía hacerse superior a Felipe, que era uno de los discípulos. *¡Perezcan tú y tu dinero!* No son palabras de quien lanza una imprecación, sino de quien corrige. Puesto que Simón no usaba de su dinero en la forma conveniente, se le dice: *Perezca tu dinero lo mismo que tu propósito*, pues tan vilmente sientes acerca del don de Dios, creyendo que se trata de una cosa meramente humana. Si Simón se hubiera acercado

con la disposición que convenía, por lo menos se le habría recibido y no se le habría rechazado como una peste.

¿Adviertes cómo aquel que piensa vilmente de las cosas sagradas y grandes peca doblemente? En consecuencia Pedro le ordena dos cosas: *Arrepiéntete y haz oración por si se te perdona ese designio de tu corazón*: ¡tan malo era lo que había pensado! Le dice: *Por si se te perdona*. Es que Pedro sabía que Simón era incorregible. Este temió a la multitud y no se atrevió a negarlo. Si no se hubiera conturbado, sin duda que habría dicho no saber lo que hacía y que había procedido por ignorancia. Pero se conturbó, en primer lugar por haber sido hallado mentiroso en lo de sus milagros, y en segundo por haber quedado al descubierto sus pensamientos secretos. Por tal motivo se marchó allá lejos, a Roma, pensando que el Apóstol no iría hasta allá. *Iban evangelizando aldeas de Samaria*. Observa cómo ni aun en los caminos que emprendían cesaba su actividad ⁶.

Tales debían ser nuestros viajes. Pero ¿qué digo los viajes? Muchos poseen villas y campos y no cuidan de ellos, sino únicamente de cómo se construyan un baño, cómo se aumente el valor y precio y se hagan habitaciones y patios. De esto tienen gran solicitud. Pero no la tienen igual acerca de cómo se cultiven las almas. Tú, si ves en tu campo espinas, las cortas, las quemas, las destruyes para dejar libre la tierra de semejante peste; pero cuando ves a tus agricultores plenos de espinas, no las cortas.

Dime: ¿no temes, no te horrorizas pensando en Aquel que te exigirá cuentas? ¿No convendría que cada uno de los fieles hiciera de su casa una iglesia y tuviera un maestro con quien consultar? ¿No convendría antes que nada fijarse como fin que todos sean fieles cristianos? Pero yo pregunto: ¿Cómo será cristiano tu agricultor si ve que tú en tal forma descuidas tu salvación? Dirás que no puedes hacer milagros para persuadirlo. Pues persuádelo con lo que sí puedes: con tu suavidad, tu amparo, tu mansedumbre, tu buen trato y todos los otros medios que sí están a tu alcance.

Muchos construyen plazas y baños, pero no iglesias: ¡todo antes que eso! Por tal motivo os amonesto y suplico, os pido como un favor, mejor aún, os pongo como una ley que nadie posea una villa sin su correspondiente iglesia. No me alegues que la iglesia está allí cerca, que está vecina, que tus gastos son muchos y tus entradas pocas. Si tienes apartado algo para gastarlo en los pobres, gástalo en esto. Es mejor que no en eso otro. Sustenta un maestro, sustenta un

diácono, sustenta un grupo sacerdotal. Pórtate con la Iglesia como cuando te desposas, como cuando das una hija tuya en matrimonio: dale una dote. Así tu villa se llenará de bendiciones.

¿Qué bien no se te originará de esto? Pregunto yo: ¿Te parece cosa de nada que se bendiga tu posesión? ¿Te parece cosa sin importancia que sea Dios quien antes que nadie reciba las primicias y parte de todos los frutos? Esto es útil para mantener la paz entre los agricultores. El presbítero será reverenciado, y esto ayudará para la seguridad de tu villa. Allí se orará perpetuamente por ti, y se cantarán himnos y habrá reuniones religiosas para pedir por ti; además de la oblación dominical. ¿Qué es más admirable; que otros construyan sepulcros espléndidos para que sus descendientes oigan a los que dicen: fulano construyó esto; o bien que tú levantes una iglesia? Piensa que tendrás hasta la nueva venida de Cristo continua recompensa si construyes un altar de Dios.

Dime: si el Emperador te hubiera encargado construir una casa en donde poder descansar, ¿no habrías puesto todos los medios? Pues bien, la iglesia que construyes es el palacio de Cristo. No te fijes en los gastos; considera los frutos. Tus agricultores cultivan tus tierras; cultiva tú sus almas. Ellos te proporcionan frutos; tú llévalos al Cielo. Quien pone los principios se hace causa de todo lo demás que de ellos se siga. Entonces a ti se deberá que en las otras villas vecinas haya catecúmenos. Los baños hacen a los agricultores más muelles; las tabernas los hacen más delicados; y sin embargo los construíste para gloriaros de ello. El foro y las fiestas las tornan más petulantes. En cambio, las iglesias los hacen todo lo contrario.

¿Qué cosa tan grande es ver al presbítero que camina siguiendo el ejemplo de Abraham, coronado de canas, dispuesto a todo, cavando y trabajando con sus manos? ¿Qué habrá más amable que ese campo? Hay ahí más firmes virtudes. Ausente está toda lascivia, lo mismo que la embriaguez y la voluptuosidad: ¡todo eso ha sido arrojado fuera de ahí! No hay vanagloria, pues se la ha extinguido. La amabilidad brilla ahí aún más, a causa de su sencillez. ¡Oh, qué cosa es ir y entrar en la casa de Dios y ver que uno mismo la ha construido, y en ella postrarse uno mismo! ¡Y tras de ese descanso, hallarse presente a los cantos de los himnos por la noche y por la mañana; y tener de comensal al sacerdote y con él dialogar y gozar de su bendición, y ver el concurso de otros a ese lugar! Esta es la muralla y defensa de los campos. Este es el campo del que se dice: *Aroma de campo en plenitud, al cual bendijo el Señor*⁷.

Si sin todo esto la villa es agradable por el descanso abundante y la quietud que proporciona, ¿a qué cosa no se igualará si esto otro se le añade? La villa que tiene una iglesia es semejante al paraíso de Dios. No hay allí clamores, no hay tumultos ni enemigos varios, ni herejías y disensiones: todos allí son amigos y copartícipes de las mismas creencias. El descanso te lleva a la virtud, y comenzando por aquí, fácilmente el presbítero curará tus dolencias del alma. Todo cuanto aquí decimos lo arranca del alma el alboroto del foro; mientras que en la iglesia de tu villa, cuanto oigas lo conservarás enclavado en tu mente.

Tú serás otro allá en tu campo, mediante el presbítero. El estará delante de todos los demás y será un guardián así por su presencia como porque su sola vista modera. ¿Cuántos pueden ser los gastos? Dime. Haz tú una casa pequeña, conviértela en templo. El que venga después de ti le añadirá un pórtico; el subsiguiente le añadirá algo más: el todo se te atribuirá a tí. Das un poco y en recompensa recibes todo. Comienza, pues. Pon los cimientos. O mejor aún, exhortaos todos mutuamente y poneos de acuerdo. Ahora con grande facilidad se edifican trojes en donde guardar la paja, el grano y los demás elementos parecidos. Pero cuando se trata de recoger el fruto de las almas, de nada se cuida. Los fieles se ven obligados a recorrer mil estadios y hacen largas peregrinaciones para poder ir a la iglesia. ¡Cuán grande bien es que el sacerdote llegue a tu iglesia con mucho descanso para acercarse a Dios y orar cada día por tu villa, por tu predio!

¿Te parece cosa poca, dime, el que continuamente en las sagradas oblações se interponga tu nombre y se hagan diariamente oraciones a Dios por tu propiedad? ¡Cuánto te aprovecha esto aun para otras cosas! Acontece a veces que algunos habitan vecinos y tienen sus procuradores que invitan a otros; pero a ti, como pobre que eres, nadie se dignará acercarse ni aun venir a tu casa. Pero tal vez el presbítero sí te invitará y te hará su comensal. ¿Observas cuántos bienes se derivarán de eso? Además tu villa estará libre de sospechas: nadie acusará a nadie de asesinato, nadie de hurto, nadie sospechará de crímenes semejantes.

Por otra parte, tendrás otro consuelo, ya sea que te visite la enfermedad o que llegue la muerte. No se unen de cualquier manera ni en cualquier forma las amistades de los que viven vecinos; mas por este medio las reuniones serán más agradables que en las fiestas solemnes.

Y los que las presiden se harán más respetables a causa del presbítero que está presente. Sabes que en otros tiempos Jerusalén fue más honrada que las otras ciudades; y no lo fue sin motivo, sino porque allí reinaba la piedad. Pues en donde se honra a Dios nada malo puede haber; pero en donde no se le honra, nada bueno puede haber. Gran seguridad habrá allí delante de Dios y delante de los hombres.

Os ruego, pues, que no toméis este asunto flojamente, sino con fervor y empeño. Si el que separa lo precioso de lo vil es como la boca de Dios (Jerem. XV, 19), quien aprovecha a tantas almas presentes y futuras hasta el advenimiento de Cristo ¿cuán grande benignidad disfrutará delante de Dios? Levanta ese fortín contra el demonio, porque eso es una Iglesia. Que en esto sean útiles las manos y se presten al trabajo. Levántense ellas primero en oración y luego póngase a la obra. Así las asistirá la robustez corporal; así abundará la agricultura; así se alejarán todos los males. No se puede explicar con palabras el placer que de aquí se origina, hasta que no se experimenta en las obras.

No pongas los ojos en que de eso no te vendrán entradas. Si en absoluto lo pones por obra, no lo hagas si no estás persuadido de que ello te será una entrada mayor que la villa entera. Si de esto no te persuades, ni te pongas a la obra. Solamente que creas que ella se ha de anteponer a todo lo demás, entonces hazla. Pero ¿qué entrada, qué ganancia puede haber mayor que la de llevar las almas a la era celestial? ¡Ay de mí, que ignoras cuán grande cosa sea ganar almas! Oye lo que a Pedro le dice Cristo: *Si me amas apacienta mis ovejas* ⁸.

Si viendo tú las greyes de ovejas pertenecientes al Rey, o bien las manadas de corceles sin establo y expuesta a los robos, tomaras por tu cuenta el construirles un redil y un establo, y les pusieras al frente un pastor, ¿cómo te recompensaría el Rey? Pues bien, en tu iglesia coges el rebaño de Cristo y lo pones a pastar ¿y todavía piensas que nada grande haces? Pero ¿qué digo? Si a quien escandaliza tan sólo a una alma con tan grave suplicio lo amenaza Cristo, ¿acaso quien tantas almas salva no conseguirá su salvación? ¡La conseguirá con toda certeza!

¿Cómo podrá ese tal en adelante cometer pecado; y si lo comete, cómo no lo borraré? Por el castigo del que escandaliza comprende el premio del que salva. Si Dios no tuviera tan gran cuidado de la salvación aun de sólo una alma, no se irritaría tan grandemente por la pérdida de ella. Sabiendo esto, entreguémonos a esta obra espiritual.

Llámemme cada uno de vosotros, y juntos trabajaremos según nuestras fuerzas. Y si los dueños de la villa fueran tres, pónganse de acuerdo. Si es sólo uno, persuada a sus vecinos. Lo que os ruego es que os empeñéis en llevar adelante esta empresa, para que en todo agradando a Dios, consigamos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Nótese que aun cuando la palabra latina, lo mismo que la castellana (infierno, inferior) contienen la idea de un lugar bajo tierra, el dogma católico no coloca el infierno ni a los condenados ni el seno de Abraham ni el purgatorio en un sitio determinado debajo de la tierra, que fue idea nacida de la imaginación popular. Simplemente no sabemos en dónde se encuentran esos sitios. Las palabras *Gehenna*, *Hades*, *Averno*, *Infierno* indican más que todo una calidad que no una ubicación del sitio.
2. Mat. X, 5.
3. Se refiere a los prodigios que en Egipto hicieron los magos; prodigios que comparadas con los de Moisés, resultaban falsos.
4. Marcos XIII, 22; *ad sensum*.
5. Exod. VIII, 19.
6. Aquí comienzan las aplicaciones morales. Recuérdese lo dicho en la Advertencia inicial acerca del carácter especial de estas Homilias predicadas a un pueblo que incluso ignoraba la existencia del Libro de los Hechos, y por un predicador recientemente elevado a la cátedra arzobispal, con infinitos problemas. De ahí cierto desorden en la disposición de la materia, excepto en las aplicaciones morales, siempre dignas del gran orador.
7. Gén. XXXVII, 27.
8. Juan XXI, 15.

HOMILIA XIX

El ángel del Señor habló así a Felipe: "Levántate y toma en dirección del mediodía el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es un camino solitario".

Y él se levantó y se puso en camino.

(Hechos VIII, 26)

PARÉCEME que esta orden la recibió estando en Samaria. Porque saliendo de Jerusalén nadie se encamina al mediodía, sino al norte; mientras que desde Samaria sí se encamina al sur. *Es un camino desierto.* Le dice esto para que no tema las acometidas de los judíos. Y Felipe no pregunta el motivo, sino que se levanta y emprende el camino. *Y se encontró con un etíope, palaciego, ministro de Candace, reina de los etíopes; el cual tenía a su cargo el tesoro regio íntegro; y había subido a Jerusalén a rendir culto a Dios; y ahora regresaba sentado en su coche y leyendo al profeta Isaías.*

Con grandes alabanzas se le celebra; pues viviendo en Etiopía y sobrecargado de tan gran número de negocios, sin ser día de fiesta y viviendo en una ciudad entregada a las supersticiones, subió a Jerusalén para dar culto a Dios. Y era tan diligente, que aun sentado en su coche iba leyendo. *Y dijo el Espíritu Santo a Felipe: Adelántate y júntate a este coche. Corrió Felipe hasta allá y lo oyó leer al profeta Isaías; y le dijo: ¿Crees que entiendes lo que vas leyendo? El le contestó: ¿Y cómo voy a poder entenderlo si nadie me instruye? Mira otro modo de piedad. ¿Cuál es? Que sin entender iba leyendo; pero una vez que hubo leído, investigó el sentido. E invitó a Felipe a subir y sentarse a su lado. El pasaje de la Escritura que leía era éste: Como oveja fue llevado al matadero. Y como cordero mudo ante el que lo trasquila, así El no abrió su boca. En su abyección fue lesionado su derecho. En su generación ¿quién tomará en cuenta que es*

arrebatado de la tierra de los vivos? Dijo, pues, el eunuco a Felipe: Dime, por favor, ¿a quién se refiere el profeta al decir esto? ¿a sí mismo o bien a algún otro? Y Felipe, abriendo su boca, y partiendo de esta profecía, le evangelizó a Jesús.

¿Observas en qué forma providencial se dispone lo referente a este eunuco? Primeramente lee y no entiende; en segundo lugar, lee precisamente ese pasaje en que se narra la Pasión, la Resurrección y el don del Espíritu Santo. *Y prosiguiendo su camino llegaron a un lugar en donde había agua. Y dice el eunuco: Aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado? ¿Has visto su prontitud de ánimo? ¿Has advertido su diligencia? Y ordenó que se detuviera el coche. Y ambos bajaron al agua, Felipe y el eunuco; y Felipe lo bautizó. cuando hubieron subido del agua, el Espíritu Santo arrebató a Felipe, y ya no lo vio más el eunuco. Este siguió su camino lleno de gozo.*

Preguntarás: ¿por qué lo arrebató el Espíritu del Señor? Porque debía recorrer otras ciudades y predicar en ellas. Sucedió, pues, esto para que el eunuco quedara admirado y para que viera no ser humano, sino divino lo que había acontecido. *Y Felipe se encontró en Azoto; y evangelizaba las poblaciones todas que hallaba a su paso. Hasta llegar a Cesárea.* Por aquí se ve claro que éste era uno de los siete, puesto que luego se le encuentra en Cesárea. Oportunamente lo apartó el Espíritu Santo. De otro modo el eunuco le habría suplicado ir con él a Etiopía; y tal vez Felipe lo habría contristado negándose, por no ser aún tiempo de semejante excursión evangélica.

¿Adviertes cómo los ángeles cooperan a la predicación, pero ellos no predicán, sino que llaman a los predicadores? Una cosa admirable aparece aquí, que antiguamente rara vez sucedía y ahora con gran frecuencia acontece. Por lo demás el hecho era un prenuncio de que los predicadores superarían y ganarían a los gentiles. El testimonio fidedigno de los creyentes podía persuadir a los discípulos para que ellos también concibieran celo semejante. Por lo cual el eunuco iba lleno de gozo. Quizá de haber sabido todos los padecimientos por Cristo, no habría ido tan gozoso.

Dirás: pero ¿qué obstaba para que en pormenor y con exactitud supiera todo, sentado como iba en su coche y yendo por aquel camino desierto? Obstaba el no hacerse todo aquello por ostentación. Pero examinemos ya lo leído. *Y se encontró con un etíope, palaciego, ministro de Candace, reina de los etíopes.* Consta por aquí que ella era la reina de los etíopes, pues antiguamente las mujeres reinaban

entre los etíopes según una ley. Felipe ignoraba el motivo de ir al desierto, pues no lo arrebató un ángel, sino el Espíritu Santo. Nada de esto vio el eunuco por ser imperfecto; o también porque no atañe a lo corporal sino a lo espiritual. Tampoco supo lo que a Felipe le era mostrado.

¿Por qué no se le aparece a él el ángel y lo conduce a Felipe? quizá porque no lo habría persuadido, sino más bien lo habría dejado estupefacto. Advierte la prudencia de Felipe. No lo recriminó ni lo llamó ignorante, ni le dijo: Yo te voy a enseñar. Tampoco le dijo: Esas cosas yo me las se al dedillo. Ni lo aduló diciéndole: Bienaventurado tú porque lees la Escritura. De modo que sus palabras estuvieron tan lejos de la adulación como de la jactancia. Más bien eran propias de un varón amable y bueno, que se interesa y cuida del alma. Además, convenía hacer preguntas al eunuco; convenía suscitarle anhelos. Felipe le hace ver que conoce su ignorancia cuando le dice: *¿Te parece que entiendes lo que vas leyendo?* Al mismo tiempo le insinúa que hay ahí un oculto tesoro.

Observa con cuánta prudencia se excusa el eunuco: *¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?* No se fijó en la figura y hábito de Felipe, ni dijo: *¿Tú quién eres?* Tampoco lo reprende ni le habla con arrogancia ni afirma entender lo que lee, sino que confiesa su ignorancia. Por eso aprende. Muestra su llaga al médico. Conoció que Felipe sí lo entendía y quería enseñárselo. Notó que era ajeno a la ostentación, pues no iba cubierto de espléndidos vestidos. Estaba atento a las palabras de Felipe y deseoso de aprender, porque en él se cumplía lo que dijo el Maestro: *El que busca encuentra* ¹.

Y rogó a Felipe que subiera y se sentara a su lado. ¿Has notado el empeño? ¿Has visto el anhelo? Le pide que suba al coche y se siente a su lado, sin saber lo que le diría Felipe, sino que sencillamente pensaba que escucharía una profecía. Y todavía se insinúa aquí un honor más grande, pues no solamente lo invita a subir al coche, sino que le ruega. *Corriendo Felipe. oyó que aquel leía.* El correr indica un hombre ansioso de hablar, así como el leer es señal de anhelo. Leía el eunuco al tiempo en que el calor del sol era mayor.

Y el pasaje de la Escritura que leía era: *Como oveja fue llevado al matadero.* Declara el anhelo de aprender el que tuviera en sus manos ese profeta, más sublime que los otros. Y le dice a Felipe lo que va leyendo, no con vehemencia, sino mansamente; y ni siquiera se adelanta a hablar, sino hasta que es interrogado, hasta que Felipe le hace

la pregunta, entonces habla. Y él, a su vez, interroga: *Dime, por favor, ¿a quién se refiere el profeta al decir esto?* Paréceme, que el eunuco ignoraba que los profetas hablan de otros; o si esto no, que a veces hablan de sí mismos en tercera persona. Viendo este anhelo, avergoncémonos pobres y ricos ante este tesorero.

Y llegaron a un lugar en donde había agua; y dice el eunuco. Propio es esto de un alma fervorosa en grado sumo. *¿Qué impide que yo sea bautizado?* ¿Notas su anhelo? No dice: Bautízame; pero tampoco se queda callado. Habla tomando un cierto medio entre su anhelo y su temor reverencial. *¿Qué impide que yo sea bautizado?* Considera cómo tuvo conocimiento de todos los dogmas, pues Isaías los contiene todos: la Encarnación, la Pasión, la Resurrección, la Ascensión, el juicio futuro, cosas que lo inflamaron en grandes deseos.

Avergonzaos todos los que aún no habéis sido iluminados. *Y ordenó que se detuviera el coche.* Apenas hizo su pregunta, no esperó más; sino que hizo inmediatamente detener el coche. *Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe.* Bellamente. Para demostrar de este modo que el asunto se había llevado a cabo por inspiración divina; y para que no pensaran que Felipe era un hombre cualquiera. *El eunuco siguió gozoso su camino.* Lo dice para mostrar que se habría entristecido, si se hubiera dado cuenta de la separación. Hasta tal punto, aun cuando había recibido el Espíritu Santo, a causa del gozo abundante no atendía a las cosas presentes. *Y Felipe fue encontrado en Azoto.* Grandes ventajas sacó Felipe de este suceso. Pues lo que había leído en los profetas Abraham, Ezequiel y otros, lo comprobó realizado en sí mismo. Porque se nos muestra cómo habiendo recorrido una distancia inmensa en un momento, fue encontrado en Azoto. Así, finalmente, se halla en el sitio que convenía evangelizar.

Por su parte *Saulo, respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, con el objeto de que a cuantos encontrara seguidores de esta secta, hombres y mujeres, los llevara con esposas a Jerusalén.* Oportunamente narra aquí Lucas el celo de Pablo, para presentarlo luego arrastrado por Jesús en mitad de su celo. No saciado con la muerte de Esteban ni con la persecución y dispersión de los fieles de la Iglesia, se va al Príncipe de los Sacerdotes. Se cumple aquí lo que dijo Cristo a los discípulos: *Llega ya la hora en que quien os matare crea que rinde un servicio a Dios* ². Esto hacía

Pablo, no ciertamente como los judíos; ¡lejos tal cosa!, sino que procedía así por motivos de celo, como se ve claro por lo de ir a las ciudades extranjeras, mientras que los judíos no se cuidaban ni aún de los sucesos que tenían lugar allí en Jerusalén, sino que únicamente buscaban la propia honra. ¿Por qué se dirige a Damasco? Era ésta una ciudad grande y regia, y Pablo temía que allá los fieles se le adelantarán.

¿Observas su empeño ardoroso y cómo procede de acuerdo con la Ley? No se presenta al Prefecto, sino al Príncipe de los Sacerdotes. *Y le pidió cartas para que si encontraba algunos de esta secta.* Los llama secta y vía o modo de proceder, nombre con que en ese tiempo los llamaban todos, quizá porque emprendían un camino que conduce al cielo. ¿Por qué no recibes poderes para castigarlos allí mismo, sino para conducirlos a Jerusalén? Es con el objeto de poder descargar acá sobre ellos todo el poder y peso y así castigarlos. Mira a cuán grave peligro se expone; de manera, que por tal motivo teme no le acontezca algo malo. Tal vez por temor toma consigo otros compañeros; o también porque iba contra una multitud; y así se rodea de muchos, para que *si encuentra de la secta, hombres y mujeres, llevarlos atados a Jerusalén.* Y quería demostrar en el camino a todos que la empresa era obra suya; por lo cual los otros para nada se cuidaban de ella. Era él quien anteriormente llevaba a la cárcel a los fieles. De modo que sus compañeros no tenían poder para ello, mientras que con su fervor sí lo había adquirido y lo poseía.

Y haciendo su camino, cuando ya se acercaba a damasco, de repente lo envolvió una luz del cielo; y habiendo caído en tierra, oyó una voz que le decía: ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues? ¿Por qué no sucedió esto en Jerusalén? ¿Por qué no en Damasco? Para que no pudieran otros contar el suceso de diferente manera; sino que el mismo que había partido con el objetivo dicho, lo refiriera y fuera testigo digno de fe. Así lo narra él cuando tiene que hablar y defenderse delante de Agripa. Queda enfermo de los ojos, pues la luz excesiva suele dañarlos. Tienen los ojos su propia medida y capacidad. También se dice que la intensidad muy fuerte del sonido y de la voz dejan sordos y atónitos a los oyentes.

Unicamente a Pablo lo cegó la luz, y el temor le apagó la furia. De modo que escuchó estas palabras: *¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues?* No le dice la voz que crea ni algo semejante, sino que lo recrimina. Es como si el que lo recrimina le dijera: ¿Ofendido por Mí

en qué, poco o mucho, haces esto? *Pablo respondió: “¿Quién eres, Señor?”. “Yo soy Jesús, al que tú persigues”*. Es decir, no pienses que andas peleando contra hombres. Los que iban con Pablo oyeron la voz de éste, pero a nadie vieron a quien Pablo contestara. Razonablemente, pues Dios los hizo únicamente oyentes de lo humano. Si hubieran escuchado aquella voz, sin duda que ni así habrían creído. Y se admiraban de oír que Pablo respondía. *Levántate y entra en la ciudad y allí se te dirá lo que debes hacer*. Se contenta primero con apaciguar el ánimo de Pablo; y le da una esperanza mediante lo que le ordena hacer, de que recobrará la vista.

Los hombres que iban con él se habían detenido mudos de espanto, oyendo sí, la voz, pero sin ver a nadie. Saulo entonces se levantó del suelo; pero teniendo los ojos abiertos nada veía. Y llevándolo de la mano, lo entraron en Damasco. Como si hubieran capturado una ciudad o la capital de un reino, así introducían en Damasco aquellos despojos tomados al demonio, aquellos haberes. Y lo que es admirable, los mismos enemigos y adversarios de los fieles, y a presencia de todos, lo introducen en Damasco. *Y estuvo tres días sin ver y nada comió ni bebió*. ¿Qué habrá que a esto se iguale? Esta forma de llevar a Pablo es una compensación y consuelo por la tristeza de la muerte de Esteban; aunque esta muerte lleva consigo otro consuelo como es el que Esteban muriera como murió. Se añadió todavía un tercer consuelo: el de que las ciudades de los samaritanos reducidos a la fe cobraran muy grande aliento.

Preguntarás: ¿por qué la conversión de Pablo se efectuó hasta este tiempo y no antes y desde los principios? Para que quedara demostrado que Cristo verdaderamente había resucitado. El que lo perseguía y no creía en su muerte y Resurrección; el que perseguía a los discípulos ¿cómo habría creído, pregunto yo, si no fuera grande la virtud del crucificado? Pase que los demás hayan creído; pero de Pablo ¿qué me dices? Por otra parte no creyó al punto, sino tiempo después de la Resurrección, para que más claramente se mostrara su guerra contra Cristo. Ahora, en cambio, el que así enloquece que llega hasta el derramamiento de sangre y hasta encarcelar a los fieles, repentinamente cree.

No bastaba con que no fuera partidario de Cristo; convenía que los fieles fueran fieramente combatidos por él. No omitió exceso alguno de furor y era más violento que todos los otros perseguidores. Pero una vez que quedó ciego, entonces conoció las señales del poder

y de la clemencia de Jesús. Quizá fue también para que nadie pudiera decir que simulaba. ¿Cómo habría simulado convertirse quien anhelaba la sangre de los fieles, quien se acercaba a los sacerdotes para pedirles cartas; quien se arrojaba a los peligros; quien incluso combatía y castigaba a los extranjeros? Pues bien: éste, tras de todo eso, ahora confiesa el poder de Jesús.

¿Por qué la luz aquella no lo envolvió en la ciudad, sino fuera de la ciudad? Porque muchos no habrían creído y aún se habrían burlado. Pues ya tiempo antes, cuando fue enviada del cielo aquella voz decían de ella: *Es un trueno* ³. En cambio ahora Pablo aparecía digno de crédito, puesto que narraba cosas que a él le habían acontecido. Y así atado, fue introducido en la ciudad. No ligado de cadenas. Y era llevado por otros el que había esposado y arrastrado a otros a la cárcel. ¿Por qué no comió ni bebió? Se ocupaba en condenar su propia conducta y confesaba el poder de Cristo y hacía oración y elevaba súplicas a Dios. Y si alguno dijera que la ceguera le acaeció por necesidad, pues también a Elymas le aconteció cegar (Hechos XIII), responderemos que le aconteció lo mismo pero no se convirtió, sino que perseveró siendo lo que era, un gentil.

Instarás diciendo: pero entonces ¿cómo puede afirmarse que no fue obligado a creer? Pero ¡vamos! ¿Había algo que pudiera con mayor fuerza obligar a creer que el terremoto acontecido cuando la Resurrección, cuando lo anunciaban los mismos soldados, juntamente con otros milagros verificados y el haberlo visto resucitado? Pues bien: todas esas cosas enseñan, ilustran, pero no obligan. O si no ¿cómo fue que los judíos no creyeron aun oyendo tales cosas sucedidas a Pablo? Manifiesto era ser él testigo fidedigno, pues sin tales acontecimientos él jamás habría cambiado: convenía por tanto que todos creyeran. Ni era Pablo inferior a los que predicaban la Resurrección. Incluso era más digno de crédito a causa de su repentina conversión. El no había conversado ni convivido con ninguno de los fieles, pues se convirtió en Damasco; o mejor dicho, todo le sucedió antes de entrar en Damasco.

Pregunto yo al judío: ¿Por qué se convirtió Pablo? Había visto tan grande cantidad de prodigios y no se había convertido. Su maestro Gamaliel se convirtió y Pablo no cambió. Entonces ¿quién lo persuadió? o por mejor decir ¿quién le infundió de repente fervor tan grande que llegara a desear ser anatema por Cristo? Queda clara la verdad de los acontecimientos. Pero como ya dije, por ahora admiremos al eu-

nucu, viéndolo iluminado y leyendo las Escrituras y avergoncémonos. ¿Consideráis en cuán grande poder y entre qué inmensas riquezas pasa la vida y cómo ni estando de camino descansaba? ¿Cómo procedería en su casa quien ni aun puesto en caminos se entregaba al ocio? ¿En qué ocuparía las noches? ¡Vosotros, los que vivís en dignidades, oíd todos e imitad la humilde piedad de este hombre! Regresaba a su casa, pero no se decía interiormente vuelvo a mi patria. Allí disfrutaré del baño. ¡Palabras frías de muchos! No necesitó prodigios ni milagros: por sólo Isaías creyó. Por igual motivo se levanta Pablo y se la menta de sí mismo y dice: *Pero alcancé misericordia de Dios, pues obraba ignorantemente en mi incredulidad; y fue para que en mí, como el primero, hiciese ostentación Jesucristo de toda su magnanimidad* ⁴.

Digno de admiración es este eunuco. No vio a Cristo, no vio milagro alguno. Todavía contemplaba a Jerusalén que permanecía en pie; y sin embargo, ya le creía a Felipe. ¿De dónde este cambio? Es que su alma andaba solícita, atendía a las Escrituras, se ocupaba en leerlas. El ladrón vio prodigios; los magos vieron la estrella. Pero éste nada vio y sin embargo creyó: ¡hasta tal punto es útil la lectura de los Libros Sagrados! Y acerca de Pablo ¿qué decir? ¿Acaso no meditaba la Ley? Pero yo pienso que de propósito se retrasó su conversión, por el motivo que ya antes dije; o sea que quería Cristo atraer a todos los judíos por todos los medios. Si éstos hubieran tenido sano el entendimiento, nada les habría sido tan útil como el caso de Pablo, pues podía atraerlos mejor que todos los prodigios y milagros y todo lo demás; así como a los más cerrados suele ser de mayor escándalo.

Mira cómo después de la dispersión Dios obra milagros. Acusaban los judíos a los Apóstoles; los echaban en la cárcel. Pero entonces Dios obraba milagros. Observa cómo. Prodigio suyo era el sacar de la cárcel; prodigio suyo el trasladar a Felipe; prodigio suyo el conducir así a Pablo; prodigio suyo el manifestarse a Esteban. Considera también como es honrado Pablo y cómo lo es el eunuco. A Pablo se le aparece Cristo, quizá por su aferramiento al judaísmo, pues de otra manera no habría creído.

Ahora bien: estando nosotros en presencia de iguales milagros, procedamos como personas dignas de ellos. Muchos actualmente, aun habiendo entrado en la reunión sagrada, ignoran lo que en ella se dice, mientras que el eunuco, viviendo en el foro, viajando en su coche, se aplicaba a la lectura de los Libros Sagrados. No lo hacéis así vosotros:

nadie tiene entre sus manos esos Libros, sino cualquier otra cosa antes que ellos. Mas ¿por qué el eunuco no vio a Felipe antes de estar en Jerusalén, sino hasta después? Porque no convenía que el eunuco contemplara expulsados a los Apóstoles, pues aún era débil en la fe; ni era cosa fácil eso antes de que el profeta lo instruyera. También ahora, si alguno de vosotros quiere atender a los profetas no necesitará de milagros.

Si os parece veamos lo que dice la misma profecía. *Como oveja fue llevado al matadero. En su abyección, su derecho fue lesionado.* Por aquí aprendió el eunuco que Jesús fue crucificado y que fue arrancada su vida de sobre la tierra; que no hizo pecado; que pudo incluso salvar a otros; que su generación es inefable; que las rocas se partieron, que el velo del templo se rasgó, que los muertos resucitaron y salieron de sus sepulcros: todo esto se lo refirió Felipe tomando ocasión del profeta. En verdad que es gran cosa la lectura de las Escrituras Sagradas.

Así se cumplía lo que dijo Moisés: *Sentado, en tu lecho, al levantarte, de camino, acuérdate del Señor Dios tuyo* ⁵. Los caminos, en especial si están desiertos, dan lugar a nuestros pensamientos, pues nadie los perturba. En el camino creyó el eunuco; en el camino creyó Pablo; pero a éste nadie lo atrajo sino el mismo Cristo. Empresa era demasiado grande para que la ejecutaran los Apóstoles; pero mayor cosa es que estando los Apóstoles en Jerusalén y ninguno de ellos en Damasco, Pablo volviera a Jerusalén, ya creyente. Los que estaban en Damasco sabían muy bien que Pablo no iba a Jerusalén como ya creyente, pues llevaba cartas para encadenar a los creyentes.

Cristo, como excelente médico, cuando la fiebra había llegado a su plenitud, le llevó la medicina, pues convenía que fuera capturado Pablo en mitad de su furor. Entonces sobre todo se abatió y se condenó a sí mismo, como hombre que había cometido faltas graves. Pero bien está resumir de nuevo el discurso. Dime: ¿para qué son las Escrituras? Para vosotros todo ha desaparecido de delante. ¿Para qué es la reunión? ¡Enterrad los Libros Sagrados! Quizá con eso sea menos grave el juicio, menos grave el castigo. Si alguno los hundiera en el estiércol y para nada les hiciera caso, no les haría una injuria tan grave como la que ahora se les hace. Porque yo pregunto: en el primer caso ¿qué sería lo injurioso? El enterrarlos. Y ¿en el caso presente? Que no les hacemos caso. Ahora bien, dime: ¿cuál de los dos hace mayor injuria: el que no hace caso al que calla o el que no hace caso a

quien le habla? Sin duda que este segundo. De modo que mayor injuria es lo que actualmente se hace de no escuchar al que nos habla, mayor desprecio se le demuestra.

Decían antiguamente los judíos a los profetas: *No nos habléis*; pero vosotros procedéis en forma peor diciendo: No nos habléis porque no os obedeceremos. Los judíos rechazaban a los profetas para que no les hablaran, como si de sus palabras tomaran ocasión para alguna muestra de piedad; pero vosotros, a causa del supremo desprecio, ni aun eso hacéis. ¡Creedme! Si os cerrarais la boca con las manos, no habría tan grave injuria contra los Libros Sagrados como la hay ahora. Pues dime: el que oye y no hace caso ¿no desprecia más que quien no oye?

Pero ¡vaya! Examinemos la injuria. Si alguno a quien injuria lo contiene y le cierra la boca, como quien lleva a mal que injurie; mientras otros ni cuida de eso ni parece advertirlo ¿cuál de los dos muestra mayor desprecio? ¿Acaso no este segundo? El primero manifiesta que recibe una herida; mientras que el segundo casi cierra la boca a Dios... ¿Os habéis horrorizado de lo que acabo de decir? Pues mirad cómo sea eso. La boca por la cual Dios habla, es boca de Dios; así como nuestra boca es boca de nuestra alma, aunque el alma no tiene boca. Del mismo modo la boca de los profetas es boca de Dios. ¡Oídllo y horrorizaos!

Diácono común para la reunión sagrada es ese que está allí de pie y clama: *¡Atendamos!* Y lo repite muchas veces. Pues bien, esa voz es voz común de toda la Iglesia y nadie le atiende. Luego el Lector comienza la profecía de Isaías. Ni aún así atiende nadie, aunque la profecía nada tiene de humano. En seguida anuncia al oyente: *Esto dice el Señor*, y ninguno pone atención. Pero ¿qué digo? Narra el profeta cosas terribles, escalofrantes, y nadie atiende. ¿Cómo se excusan muchos? Es que el Diácono siempre lee lo mismo. Pues bien, esto es lo que más os condena. Si ya supierais de memoria eso, aun así convenía que no lo desecharais. También en los teatros continuamente se repite lo mismo y sin embargo no os cansáis. Pero en fin ¿cómo te atreves a excusarte de ese modo tú que ni siquiera conoces el nombre de los profetas? ¿No te da vergüenza decir que no atiendes porque siempre se lee lo mismo? tú que ni siquiera conoces el nombre de los escritores sagrados, a pesar de que continuamente los oyes. Tú confiesas que siempre se dice lo mismo. Pero si yo te acusara echándote en cara eso mismo, habrías tenido que buscar y refugiarte en otra defensa para no acusarte tú a ti mismo.

Dime: ¿acaso no amonestas a tu hijo? Y si él te respondiera: ¡siempre me dices lo mismo! ¿acaso no lo tendrías como injuria? Convendría no estar repitiendo las mismas cosas en el caso de que ya las supiéramos de memoria y en las obras las practicáramos. Pero ...¡no! Ni aun entonces será inútil leer los Libros Sagrados. ¿Quién fue igual a Timoteo? Y sin embargo Pablo al escribirle le dice: *Dedícate a la lectura y a la exhortación* ⁶. No puede llegarse jamás a una interpretación exhaustiva del sentido de la Escritura: es una fuente que no tiene límites.

Dicen a veces: Lo entendí, pero luego se me olvidó. ¿Queréis que os demuestre que no es lo mismo? ¿Cuántos pensáis que han hablado tomando la materia de los Evangelios? Y sin embargo, todos ellos dijeron cosas diferentes y nuevas. Pues cuanto más se meditan, tanto más profundamente se ve y tanto más se recibe la luz con mayor claridad. Mirad qué cosa tan estupenda es la que digo. ¿Qué es la profecía? decidme: ¿y qué las narraciones y qué la parábola y qué la alegoría; qué el tipo y qué el símbolo y qué los Evangelios? Decidme siquiera lo que es claro, a saber: ¿por qué los Evangelios se llaman así?

Muchas veces habéis oído que el Evangelio no debe contener nada molesto ni triste. Y sin embargo, lleno está de dureza aquello que dice: *El fuego no se extingue y el gusano de ellos no muere* ⁷. Y también: *Lo partirá y lo hará correr el destino de los impostores* ⁸. Y aquello otro: *¡No os conozco! ¡apartaos de mí, obreros de iniquidad!* ⁹ En consecuencia, no nos engañemos a nosotros mismos, creyendo que eso se dice al modo como suelen los gentiles. ¿Es que nada tiene que ver eso con nosotros? Quedáis como quien no oye, y como atacados de apoplejía inclináis la cabeza. Los Evangelios, dicen, no deben contener nada de lo que debe hacerse, sino únicamente aconsejar cosas buenas. Y sin embargo contienen infinitos preceptos de bien obrar, como por ejemplo: *Si alguno no pospone su padre y su madre no es digno de mí* ¹⁰. Y también: *No he venido a traer paz a la tierra sino espada* ¹¹. Además: *En el mundo tendréis tribulación* ¹².

Dirás que tales cosas son bellas, pero no son el Evangelio. El Evangelio es, según suelen decir en sus pláticas los hombres: Tendrás estos bienes y aquellos otros. ¿Qué tengo yo que ver, dicen, con el Evangelio cuando habla de que viene tu padre o tu madre? No dicen: haz esto. Pero en fin, dime: ¿en qué se diferencian los Evangelios de las profecías? ¿Por qué las profecías no se llaman Evangelios? Pues al

fin y al cabo Evangelios y profecías dicen las mismas cosas. Por ejemplo: *El cojo saltará como el cervatillo* ¹³. Y también: *El Señor dará a los evangelizadores la palabra* ¹⁴. Además: *Os daré cielo nuevo y tierra nueva* ¹⁵. ¿Por qué eso no se llama Evangelio? ¿Por qué el Evangelio no se llama también profecía?

Pero, si no sabiendo qué sea el Evangelio así despreciáis la lectura de los Libros Sagrados, ¿qué os diré? Preguntaré algo más: ¿Por qué son cuatro los Evangelios? ¿Por qué no son diez, por qué no veinte? ¿Por qué no hubo muchos que acometieran redactar evangelios? ¿Por qué no fue sólo uno? ¿Por qué escribieron los discípulos? ¿Por qué no escribieron otros que no lo fueran? ¿Por qué se nos dieron las Escrituras? La Ley Antigua ordenaba lo contrario: *Os daré un Testamento nuevo* ¹⁶. ¿Dónde están ahora esos que claman: Siempre se dice lo mismo? Si conocierais estas cosas, aun cuando un hombre viviera diez mil años, no repetiría lo mismo, no diríais vosotros que siempre se dice lo mismo.

¡Creedme! Ya no os preguntaré más cosas ni en público ni en privado. Si alguno por sí mismo las encuentra, lo aprobaré; pero si no, lo dejaré. Tan inhábiles os hemos encontrado que decís lo primero que os ocurre y sin saber negar nada. Muchas preguntas tenéis delante: consideradlas, conoced el por qué. ¿Por qué los Evangelios se llaman así? ¿Por qué no se llaman profecías? ¿Por qué en los Evangelios se contienen las cosas que se han de practicar? Y si éste duda, que pregunte y confiera sus pensamientos con otro. Entonces callaremos nosotros. Al fin y al cabo, si lo ya dicho no os ha aprovechado, tampoco os aprovecharía lo demás que dijéramos luego. De verdad que achicamos el agua de un tonel agujereado. Pero pronto será mayor vuestro castigo.

Por tal motivo, será mejor que guardemos silencio. En vuestras manos está que eso no suceda. Pero si notamos empeño en vosotros, tal vez de nuevo trataremos el tema, con el fin de que seáis cada vez más aceptos a Dios y nosotros nos alegremos en vosotros, glorificando en todo a Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sean la gloria, el poder y el honor juntamente con el Padre que carece de principio y con su Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Mat. VII, 8.
2. Juan XVI, 2.
3. Juan XII, 29.
4. I Timot. I, 16.
5. Deut. VI, 7.
6. I Timot. IV, 13.
7. Marcos IX, 43.
8. Mat. XXIV, 51.
9. Mat. VII, 25.
10. Luc. XIV, 26.
11. Mat. X, 34.
12. Juan XVI, 33.
13. Isaías XXXV, 6.
14. Salmo LXVII, 12.
15. Isaías LXV, 17.
16. Jerem. XXXI, 31. Nótese cómo refleja la última parte de esta Homilía la desdichada situación de Constantinopla a recibir al Santo aquel arzobispado: ignorancia religiosa, malicia tremenda, herejías y, sobre todo, aquella ligereza de espíritu que no se ocupaba sino de las carreras de caballos y el teatro.

HOMILIA XX

Vivía en Damasco un discípulo, por nombre Ananías; y le dijo el Señor en visión: ¡Ananías! El respondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor a él: Levántate y ve pronto a la calle llamada Recta, y pregunta en la casa de Judas por uno que se llama Saulo, de Tarso; pues está en oración. Y vio Saulo en visión a un varón, de nombre Ananías, que entraba y le imponía las manos para que recobrara la vista.

(Hechos IX, 10-12).

¿POR QUÉ Dios no envió para instruir a Pablo a uno de los corifeos de los Apóstoles? Porque convenía que no fuera instruido por hombres, sino por el mismo Cristo. Ananías nada enseñó a Pablo, sino que únicamente lo bautizó. Saulo, en cambio, al punto que fue bautizado, por su grande celo y empeño alcanzó abundante gracia del Espíritu Santo. Sin embargo, que Ananías fuera uno de los discípulos principales es manifiesto, por lo que Dios le dice y le revela; y también por lo que él le responde diciendo: *Señor he oído de boca de muchos cuánto mal ha hecho en Jerusalén a tus santos.*

Por lo demás, quién así contradice al Señor, mayormente lo habría hecho si se le hubiera enviado un ángel. Por igual motivo anteriormente Felipe no supo lo que luego sucedería, sino que únicamente vio al ángel; y fue el Espíritu Santo quien le ordenó ir y acercarse al coche. En este otro caso, el Señor en primer lugar le quita el miedo a Ananías, pues es como si le dijera: Saulo ora, está ciego ¿y tú temes? También Moisés temía. De manera que las palabras de Ananías más son de quien teme que no de quien no cree.

Oye sus mismas palabras: *Señor: he oído de boca de muchos cuánto mal ha hecho en Jerusalén a tus santos. ¿Qué es lo que dices? ¿Habla Dios y tú dudas? Hasta tal punto en aquellos días ignoraban los fieles el poder de Cristo. Y está aquí con poderes de los Sumos Sacerdotes, para encadenar a todos cuantos invocan tu nombre. ¿Cómo se había sabido esto? Es verosímil que los fieles, pues vivían en temor, lo investigaran cuidadosamente. De manera que Ananías no dice esto como quien informa a Cristo algo que ignorara, sino que duda cómo podrá llevarse a cabo el mandato en semejante situación. En el mismo sentido, en otra ocasión, los discípulos decían ¿Quién puede ser salvo?*¹.

Advierte cuántas precauciones se toman para que Saulo de fe al que lo va a visitar. Desde luego Ananías tiene una visión en la que se le predice: *Está en oración*; por consiguiente no temas. ¿Por qué Dios no le revela los notables sucesos que han acontecido? Para enseñarnos a no publicar nuestras propias cosas; aparte de que ve a Ananías temeroso. Tampoco le dijo: Te dará fe; sino ¿qué?: *Levántate y ve. Y Saulo vio en visión a un hombre que le imponía las manos*. En visión, pues había quedado ciego. Ni arrastró al discípulo la magnitud del milagro: ¡tan lleno estaba de temor! Y sin embargo, por su medio restituyó Dios la vista a Pablo ciego. Y le dijo el Señor: *Ve, porque éste es un instrumento mío escogido, que llevará mi nombre a la faz de las naciones y de los reyes y de los hijos de Israel. Yo le manifestaré cuántos padecimientos sufrirá por mi nombre*. Como si dijera: no únicamente será uno de los fieles, sino que será doctor y maestro y hablará con absoluta libertad. *Delante de las naciones y de los reyes*. Como si dijera: La predicación se extenderá de tal modo que dominará las naciones y a todos los reyes.

Fue Ananías y entró en la casa; y poniendo sobre él las manos, le dijo: Saulo, hermano: el Señor que se te apareció en el camino por donde venías, me envió para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Ananías le da al punto ese nombre familiar. Y le dice: *Jesús, el que se te apareció en el camino*. Esto no se lo había revelado Cristo, pero lo había aprendido del Espíritu Santo. *Y al punto se desprendieron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista. Luego fue bautizado. Y después tomó alimento y recuperó su vigor*. Bastó con que le impusiera las manos y al punto cayeron de sus ojos las escamas. Dicen que fueron ellas la causa de su ceguera. ¿Por qué Dios no le destrozó los ojos? Esto es más admirable aún, pues tenien-

do abiertos los ojos, nada veía. Era la ceguera que en él padecía la Ley, hasta que con las manos de Ananías, le fue aplicado el nombre de Jesús. *Luego fue bautizado. Y después tomó alimento y recuperó su vigor.* Había quedado débil por el trabajo del camino, por el temor, el ayuno y la tristeza.

Queriendo Dios acentuarle la tristeza, permitió que permaneciera ciego hasta que llegó Ananías. Y para que nadie crea que lo de la ceguera fue simple fantasía, intervinieron las escamas. Pablo no necesitaba de otra enseñanza: lo sucedido le era enseñanza. *Permaneció con los discípulos que había en Damasco durante algunos días. Y muy pronto se puso a predicar en las sinagogas a Cristo, afirmando que Este es el Hijo de Dios.* Observa cómo este maestro al punto se presentó en las sinagogas. No se avergonzaba de su cambio de vida ni temía desbaratar sus antiguas creencias. De modo que no sólo era maestro, sino que lo era en las sinagogas. Así desde el principio fue hombre de muerte y dispuesto a todas las muertes. ¿Ves cuán preclaro milagro se verificó en él? Con su mismo cambio a todos los dejaba estupefactos.

Significando esto Lucas dice: *Todos cuantos oían el caso quedaban maravillados y decían: ¿No es éste el que en Jerusalén aniquilaba a los que invocaban este Nombre, y que vino acá para encadenarlos y presentarlos a los sumos sacerdotes? Pero Saulo más y más se enardecía y confundía a los judíos que vivían en Damasco, demostrándoles que Este es el Cristo.* Como conocedor de la Ley los confundía y les cerraba la boca. Pensaban los judíos que una vez liberados de Esteban, quedaban también libres de semejantes discusiones, pero se encontraron con otro Esteban, y más ardoroso aún.

Pero volvamos a lo de Ananías. No le dijo el Señor: Háblale e instrúyelo. Pues si cuando le dijo: *Está en oración, y vio Pablo a un hombre que le imponía las manos*, no lo persuadió, cuanto menos lo habría persuadido si le dice eso otro. *Vio en visión.* En consecuencia no se negará a creerte; por lo mismo, no temas, sino anda. Tampoco Felipe supo íntegro el negocio. *Porque éste es un instrumento mío escogido.* Palabras son estas que quitan todo temor y de quien da confianza; pues en tal forma Pablo se entregaría a Cristo que incluso padecería muchos trabajos por El.

Dice *instrumento*, indicando de este modo que la malicia no le era connatural a Pablo. Añade *escogido*, para indicar que era aprobado; pues elegimos lo que ya hemos aprobado. No piense alguno que cuan-

do Ananías oyó el mensaje no le dio crédito o creyó que Cristo se había equivocado ¡lejos tal cosa! sino que temía y temblaba y por tal motivo como hubiera escuchado el nombre de Pablo, ya no atendía a las palabras: ¡hasta tal punto se apoderó de él el temor ante aquel nombre! Es cierto que, una vez habiendo oído que Cristo había cegado a Pablo, convenía que ya confiara.

Dice, pues, Ananías: *Y está aquí y vino para encadenar a todos los que invocan tu Nombre*. Como si dijera: Temo que me lleve a Jerusalén. ¿Por qué me echas a la boca del león? ¿Por qué me pones en las manos de este hombre? Teme y se expresa así para que conozcamos bien la virtud de este hombre. Que así se expresaran y eso dijeran los judíos no es cosa de admirarse; pero que lo diga Ananías y con un terror tan grande, viene a ser señal grande del divino poder.

Saulo, hermano. También aquí hay gran temor, pero juntamente gran obediencia. Y pues Jesús había llamado a Saulo instrumento elegido, para que no creyeras que toda la obra era de solo Dios, te aparta de ese pensamiento diciendo: *Para que lleve mi Nombre a la faz de las naciones y de los reyes y de los hijos de Israel*. Oyó Ananías lo que más anhelaba, o sea que Pablo lucharía aun contra los judíos; con lo cual se llenó no únicamente de gozo, sino también de confianza. *Pues Yo le mostraré cuánto padecerá por mi Nombre*. Palabras son éstas de quien a la vez predice y exhorta; pues todo eso habrá de padecerlo el mismo que hasta ahora enloquecía de ira.

Ananías se resiste a bautizar a Pablo para que recobre la vista. Como si dijera: ¡bien estás así! Deja que siga en su ceguera pues gracias a ella se ha tornado manso. ¿para qué me ordenas que le abra los ojos? ¿Acaso para que de nuevo encadene a los fieles? Mas no temas, oh Ananías. Porque una vez abiertos sus ojos, Pablo los usará no contra nosotros, sino en favor nuestro. A la expresión: *para que vea*, añádase eso otro. No temas. Ningún mal nos causará. Al revés, padecerá muchas cosas. Y lo admirable es que primero las padecerá y después voluntariamente se lanzará a los peligros.

Saulo, hermano: Jesús, el que se te apareció en el camino, me ha enviado. No le dice el que te cegó, sino: *El que se te apareció en el camino*: ¡tan modestamente sabía proceder de manera que nada le dice con arrogancia! Así como Pedro, una vez curado el cojo, decía: *¿Por qué fijáis los ojos en nosotros como si en nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste?* ² así Ananías dice: *Jesús que se te apareció en el camino*. Lo decía teniéndole ya impuestas las

manos, con lo que desaparecía la doble ceguera. Cuando afirma. *Y después que tomó alimento recobró su vigor*, da a entender que se debilitó de tristeza por la ceguera, por el temor y por el hambre. No quiso tomar alimento hasta ser bautizado y recibir grandes dones. No dice Ananías: Jesús crucificado, el Hijo de Dios, el que hace milagros, sino: ¿qué? *El que se te apareció*, expresando así lo que le era conocido. Pues tampoco Cristo había añadido nada más, ni había dicho: Yo soy el crucificado y el que resucitó, sino: *Al que tú persigues*. Tampoco le dijo: Yo soy el que sufre persecución, para no parecer que en plena visión se burlaba de Pablo.

El que se te apareció en el camino. A la verdad, no se le había aparecido, sino que Pablo lo vio en acción. Mas queriendo inmediatamente suavizar sus palabras añadió Ananías: *Para que veas y seas lleno del Espíritu Santo*. No fue Ananías a reprenderlo por lo sucedido, sino a conferirle dones. Yo pienso que Pablo, y lo mismo el centurión Cornelio, tras de esas palabras recibieron el Espíritu Santo, aun cuando el que se lo comunicaba no era de los Doce. De modo que nada hay aquí que sea humano ni hecho por obra de hombres: presente estaba el Señor para hacerlo todo. Además, le enseña a Pablo a no sentir altamente de sí, pues no lo lleva inmediatamente a los doce, y le hace ver que nada humano hay aquí. No recibió entonces el Espíritu Santo para hacer milagros, a fin de que se manifestara su fe, pues por entonces no hizo prodigio alguno.

Y al punto proclamaba en las sinagogas a Cristo, afirmando ser éste el Hijo de Dios. No proclamaba la Resurrección, ni que Jesús vivía, sino ¿qué?: Exponía cuidadosamente el dogma de que: *es éste el Hijo de Dios*. Lo oyen los judíos, pero perseveran en su incredulidad, cuando lo conveniente era creer, y no sólo creer, sino quedar estupefactos. Mas ¿por qué no dicen sencillamente el que perseguía, sino: *El que aniquilaba a los que invocaban ese Nombre?* Declaraban en esta forma el máximo furor de Pablo. Y no pronunciaban el nombre de Jesús, pues, por envidia, no querían ni oírlo: ¡tan enfurecidos andaban!

Y vino acá para esto. Como quien dice: No podemos afirmar que antes haya estado con los Apóstoles. Advierte con cuán grande cantidad de testimonios se declara haber sido Pablo del número de los perseguidores y enemigos. Pero él con tales dichos no sólo no se avergonzaba, sino que se gloriaba. *Saulo por su parte se enardecía cada vez más y confundía a los judíos que vivían en Damasco; es*

decir los refutaba y les cerraba la boca, *demostrándoles que éste es el Cristo*. Dice Lucas que Pablo enseñaba, pues inmediatamente se convirtió en maestro. *Y habiendo transcurrido bastantes días, los judíos concertaron el plan de acabar con él*. Se acogen otra vez al argumento extremo y fortísimo. Ya no buscan acusadores ni sicofantas, ni falsos testigos, ni los soportan. Sino ¿qué hacen? Se ponen en acción personalmente. Y como veían que la secta iba creciendo, no recurren ya ni siquiera al tribunal.

Y llegó al conocimiento de Pablo el proyecto que tramaban. Vigilaban también las puertas de la ciudad día y noche con la intención de matarlo. Porque éste les era más intolerable que todos los milagros obrados y que aquellos tres mil y aquellos cinco mil anteriormente convertidos. Advierte cómo ahora Pablo se salva, ya no por la Gracia, sino por la humana prudencia, para que conozcas la virtud de este hombre que brilla aun sin necesidad de que haga milagros. *Pero los discípulos lo tomaron de noche y lo descolgaron de la muralla, bajándolo en una espuerta*. Bellamente lo hicieron, pues así no se suscitaban ninguna sospecha. Y ¿qué sucedió? Una vez evadido este peligro, ¿desistió Pablo de la empresa? ¡De ninguna manera! Partió a donde mejor podía combatir a los judíos. Muchos aún no podrían persuadirse de que sinceramente creyera. Por tal motivo lo dicho sucedió tras de bastantes días. ¿Cómo fue eso? Es verosímil que Pablo aún no quisiera partirse de Damasco, mientras que ya muchos se lo aconsejaban. Pero cuando estuvo cierto de las maquinaciones, se puso en manos de sus discípulos; porque desde luego los tuvo.

Esto deja entender el mismo Pablo cuando dice: *En Damasco el etnarca del rey Aretas custodiaba con soldados la ciudad de los damascenos, queriendo aprehenderme* ³. Advierte cómo Lucas no emplea la altisonancia ni pretende exhibir a Pablo como preclaro, sino sólo dice que los judíos empujaron al etnarca. Descolgaron, pues, a Pablo y a nadie más con él. Prudentemente lo hicieron, a fin de que se presentara él solo a los Apóstoles en Jerusalén. Más aún: ellos lo descolgaron, pero luego lo dejaron que por sí mismo buscara su salvación. Pero Pablo, haciendo todo lo contrario inmediatamente se lanzó en medio de los judíos encolerizados: ¡esto es andar encendido en caridad y fervoroso! ⁴.

Observa como va tras de los otros fieles, guardando desde el primer día el precepto que habían oído los Apóstoles: *Si alguno no toma su cruz y viene en pos de mí* ⁵. Pero precisamente el llegar

después de los otros lo tornaba más fervoroso. Y así se cumplía en sus obras aquello: *Al que más se le perdona, ese más ama* ⁶. Cuanto más tarde llegó Pablo, tanto más ardientemente amó. Condenando abiertamente su vida anterior, y poniendo muchas veces nota en sí mismo, nada le parecía bastante para borrar lo pasado.

Afirmando, demostrando, o sea enseñando con mansedumbre. Observa cómo los judíos no le dicen: Tú eres el que devastaba: ¿cómo, pues, te has cambiado? Porque les daba vergüenza; pero entre sí sin duda que lo decían. Podía haberles respondido con mayor justicia: Convendría más que vosotros enseñarais estas cosas; porque así se defendió delante de Agripa.

Os ruego pues que imitemos a Pablo y estemos preparados para acometer cualesquiera peligros. Preguntarás: pero entonces ¿por qué Pablo huyó? No lo hizo por temor ni timidez, sino porque se reservaba para la predicación. Si hubiera sido tímido, no se habría dirigido a Jerusalén: tampoco habría aceptado inmediatamente el oficio de enseñar, sino que habría suavizado en algo su vehemencia. No era tímido, sino prudente, enseñado ya con la muerte de Esteban. Estimaba en nada dar su vida por la predicación, deseando fuera con gran provecho, pues ni siquiera prefería estar con Cristo, a quien anhelaba contemplar por encima de todo, porque aún no se había consumado su ministerio para con los hombres. ¡Así de magnánimo conviene que sea el cristiano!

Desde el principio y al comienzo mismo de la carrera, se manifiesta el carácter de Pablo. Y aun antes. Pues ya en las cosas que hacía, no según la prudencia, se conducía por el humano raciocinio. Si pues tras de tan largo lapso no deseaba morir, mucho menos lo querría al comenzar su negociación y apenas salido del puerto. Cristo no lo salva del peligro, sino que lo deja en él, pues quiere que en muchas cosas se proceda conforme a lo que dicte la humana prudencia. También los deja en el peligro para que conozcamos que ellos fueron hombres como nosotros, y que no siempre los iba llevando la Gracia. De lo contrario se habría creído que eran como leños y simples instrumentos muertos. Por lo cual, muchas cosas las llevaban a cabo según la prudencia humana.

Procedamos también nosotros del mismo modo y procuremos así la salvación de nuestros hermanos. No es de menor mérito que el martirio, el no rehusar padecimiento alguno por la salvación de muchos: ¡nada hay que tango gozo procure a Dios! Repetiré lo que ya

muchas veces tengo dicho; lo repetiré porque mucho lo anhelo, pues también Cristo así procedía, y decía: *Cuando oréis, perdonad lo que tengáis contra otro* ⁷. Y hablando a Pedro, le dice: *No te digo: Perdona hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete* ⁸. El mismo con sus obras perdonó todo cuanto contra El se hizo. Tal es el motivo de que nosotros, pues sabemos que esto es lo más alto del cristianismo, continuamente tratemos esta materia.

Nada hay más frío que un cristiano que no cuida de la salvación de los demás. No podrás aquí excusarte con la pobreza, pues te acusaría la que echó en el tesoro del templo los dos cornadillos. Y Pedro decía: *Plata y oro no tengo* ⁹. Pablo era tan pobre que con frecuencia sufría hambres y carecía del necesario alimento. Tampoco puedes oponer tu baja condición social, pues los Apóstoles eran plebeyos y nacidos de plebeyos. No objetarás que eres ignorante, pues ellos eran hombres sin letras. Aun cuando seas esclavo, aun cuando seas siervo fugitivo, puedes cooperar, puesto que tal era Onésimo. Mira a qué alturas lo llama y a qué dignidad lo eleva Pablo: *Para que me sirva en estas mis cadenas* ¹⁰. No puedes objetar tu enfermedad, pues también padecía enfermedades Timoteo y con frecuencia. Que estuviera enfermo, óyelo: *Usa un poco de vino a causa de tu estómago y frecuentes enfermedades* ¹¹.

Puede cada cual aprovechar a su prójimo con tal que quiera poner lo que está de su parte. ¿No habéis visto los árboles estériles cuán robustos, cuán bellos, cuán altos, cuán espigados y sublímes se levantan? Pero si poseyéramos un huerto, preferiríamos los granados y los fructíferos olivos a semejantes árboles estériles. Porque éstos sirven para deleite pero no para otras utilidades, y si alguna prestan es pequeña. Pues como esos árboles son los que sólo se ocupan de lo suyo. O mejor dicho, ni siquiera son como ellos, sino que únicamente son aptos para el castigo. Al fin y al cabo, los árboles infructuosos todavía sirven para edificar y para fabricar cercados.

Tales eran aquellas vírgenes, castas, adornadas, continentes, pero a nadie útiles, por lo cual fueron condenadas al fuego. Tales son también los que no alimentan a Cristo. Advierte cómo ninguno de éstos es acusado por sus pecados, ni de que hayan fornicado ni de que hayan perjurado, ni de otro pecado ciertamente, sino de que no aprovecharon a otros. Tal era también el que escondió el talento recibido, aunque en su vida era intachable; pero fue inútil para los demás. Yo pregunto: ¿cómo puede ser cristiano quien así procede? Si el fermento

mezclado con la harina no la modifica toda y la cambia en su modo de ser, ¿será verdadero fermento? ¿Y qué, si el ungüento no esparce su aroma entre todos los que se acercan, lo llamaremos ungüento? No lo asegurará. Replicará: pero es que me es imposible atraer a otros. Si eres de verdad cristiano, es imposible que eso te suceda. Así como las cosas que hay en la naturaleza no se contradicen, así sucede acá en estas de que tratamos, puesto que el atraer pertenece a la naturaleza del cristiano.

No injurias a Dios. Si afirmas que el sol no puede lucir, injurias a Dios. Si dices que un cristiano no puede aprovechar a otros, injurias a Dios y lo haces mendaz. Porque es más fácil que el sol no caliente ni alumbre que el que un cristiano no ilumine. Más fácil es que la luz sea tiniebla, que el que suceda eso que dices. No afirmes ser cosa imposible. Lo contrario es lo imposible. No injurias a Dios. Si ordenamos bien nuestra vida, el provecho del prójimo se seguirá naturalmente y se derivará de ahí como algo connatural. La luz, que es el cristiano, no puede ocultarse: no puede ocultarse una lámpara tan resplandeciente. No seamos desidiosos. Así como la ganancia en la virtud se comparte entre nosotros y aquellos que con la virtud nuestra se ayudan, así también se comparte la malicia, y por cierto doblemente entre aquellos a quienes nuestra malicia haga daño.

Supongamos un hombre ignorante que sufra de otros males sin cuento y que nadie lo vengue, pero que él pague con beneficios. ¿Cómo no será esto más fuertemente convincente que cualquier enseñanza, que cualesquiera palabras, que muchas exhortaciones? ¿Qué furor no será capaz un hombre así de extinguir y aplacar? Sabiendo esta cosa, apeguémonos a la virtud, pues no podemos de otro modo alcanzar la salvación si no ocupamos la vida presente en buenas obras, para así conseguir los bienes eternos, por gracia y benignidad del Señor Nuestro Jesucristo, con el cual sean al Padre, en unión con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Marc. X, 26.
2. Hechos III, 12.
3. II Cor. XI, 32.
4. Omite aquí el Santo la estancia de Pablo en Arabia; pero explica todo en la siguiente Homilía. Como una guía cronológica para el resto de la vida de Pablo en los Hechos, puede tenerse delante esta nota: Años 1-5 de su vida: nace en Tarso de Cilicia; 16-22, estudia en Jerusalén a los pies de Gamaliel; 36, se convierte a Dios; 36-39, en Damasco y Arabia; 39, viaje a Jerusalén; 40-45, en Antioquía con Bernabé; 45-49, primer viaje apostólico, en unión con Bernabé y Marcos, y evangelizan Chipre, Pamfilia, Pisidia, Licaonia; 49, Concilio en Jerusalén; 49-52, segundo viaje apostólico en compañía de Silas, Lucas, Timoteo, Aquila y Priscila, y evangelizan Siria, Cilicia, Licaonia, Frigia, Galacia, Misia, Macedonia, Acaya; Pablo escribe sus dos cartas a los de Tesalónica; 53-58, tercer viaje apostólico acompañado de Timoteo, Lucas, Erasto, Sópatro, Aristarco, Segundo, Cayo, Tíquico y Trófimo; y evangelizan Cilicia, Galacia, Frigia, Asia Menor, Macedonia y Acaya; Pablo escribe sus cartas a los corintios en 56 y 57 y a los gálatas y romanos; 58, vuelve a Jerusalén; 58-60, prisionero en Cesárea; 60, en invierno, viaja a Roma; 61-63, prisionero en Roma, desde donde escribe a los efesios, filipenses, colosenses y Filemón; en su viaje a Roma pasa por Cesárea, Mira, Creta, Malta, siempre evangelizando; 63, viaje a España; 63-66, quinto viaje apostólico en que evangeliza en España, Creta, Asia Menor, Macedonia, Tróade, Corinto, Nicópolis y regresa a Italia y Roma; escribe sus cartas I a Timoteo y la de Tito; ya en Italia probablemente escribe la carta a los hebreos; 66-67, segunda prisión en Roma, desde donde escribe su segunda carta a Timoteo; 67, muere en Roma decapitado.
5. Mat. X, 38.
6. Luc. VII, 47.
7. Mat. V, 23.
8. Mat. XVIII, 22 *ad sensum*.
9. Hechos III, 6.
10. Filemón, V, 13.
11. I Timot. V, 25.

HOMILIA XXI

Habiendo llegado Pablo a Jerusalén, intentaba juntarse con los discípulos. Pero todos desconfiaban de él; y no creían que fuese discípulo. Entonces Bernabé lo tomó y lo presentó a los Apóstoles y les refirió cómo en el camino había visto al Señor.
(Hechos IX, 26-27)

RAZONABLEMENTE PODEMOS AQUÍ DUDAR y preguntarnos cómo es que en su carta a los gálatas se dice: *No subí a Jerusalén, sino que me retiré a Arabia; y volví a Damasco; y al cabo de tres años, subí a Jerusalén a entrevistarme con Pedro, y no vi a ningún otro de los Apóstoles* ¹. Y en cambio aquí se dice lo contrario, o sea que Bernabé lo llevó a los Apóstoles. O quiere decir allá que no subió a Jerusalén con ánimo de quedarse en la ciudad, ya que en ese mismo sitio de su carta añade: *No me apegué a la carne y a la sangre* ². Es decir no subí a Jerusalén con el objeto de consultar a mis antecesores los Apóstoles, sino por otros motivos. O también quiere decir que las asechanzas de los judíos en Damasco tuvieron lugar después de su regreso de Arabia, y entonces fue cuando subió a Jerusalén. De modo que cuando subió a Jerusalén no visitó a los Apóstoles, sino que procuraba juntarse con los fieles y discípulos, como quien aún no era maestro sino aprendiz.

En resumen, que no subió a Jerusalén para consultar a sus antecesores, ya que de ellos nada aprendió; o finalmente nada dijo de esta primera subida, sino que en su carta omitiéndola. Queda pues así el asunto: Partió para Arabia, regresó a Damasco, fue luego a Jerusalén y de allí a Siria. Y si esto no aconteció así, entonces primero fue a Jerusalén, de allí fue enviado a Damasco, luego a Siria, de nuevo a Damasco, después a Cesárea; y finalmente, tras de catorce años, subió de nuevo a Jerusalén, tal vez cuando llevó consigo a algunos herma-

nos juntamente con Bernabé. Y si tampoco es así, entonces Lucas se refiere a otra temporada, pues este historiógrafo emplea mucho el compendio y abrevia los tiempos ³.

Advierte cómo no es ampuloso; no refiere largamente la visión de Pablo a los Apóstoles, sino que apenas la menciona y la pasa de largo. Por último, comienza de nuevo diciendo: *Llegado a Jerusalén, intentaba juntarse, con los discípulos, pero ellos desconfiaban de él y lo temían*. Otra vez se manifiesta el fervor de Pablo, no únicamente por lo hecho cuando la visita de Ananías y con los que en Damasco lo admiraban, sino también por sus hechos en Jerusalén. Porque aquello no correspondía a lo que humanamente había de esperarse.

Observa cómo por modestia no se presenta Pablo a los Apóstoles, sino a los discípulos, como discípulo que era, pues aún no se creía que podían fiarse de él. *Pero Bernabé lo tomó y lo presentó a los Apóstoles y les refirió cómo en el camino había visto al Señor*. Era este Bernabé un hombre amable y manso. Su nombre significa Hijo de consolación. Por lo cual se hizo amigo de Pablo. Que fuera un hombre lleno de mansedumbre y asequible, aparece claro por aquí y también por lo que le sucedió con Juan ⁴.

Aquí no se deja llevar del temor, sino que refiere cómo Pablo en el camino vio al Señor y que el Señor le habló y cómo había predicado en Damasco con gran libertad el Nombre del Señor Jesús. Es verosímil que Bernabé oyera en Damasco hablar de Pablo. De modo que unas cosas van preparando las otras; mientras al mismo tiempo Pablo confirmaba lo que de él se decía con sus obras. *Y fue admitido a convivir con ellos en Jerusalén y predicaba audazmente en el nombre de Jesús. Predicaba también a los helenistas y discutía con ellos*. Pues los discípulos temían a Pablo y los Apóstoles no se fiaban de él, Pablo les quitó el temor mediante su predicación.

Dice que: *Predicaba a los helenistas y discutía con ellos*. Llama helenistas a los que hablaban en griego. Prudentísimamente obra en esto, pues los otros judíos pérfidos no querían ni verlo. *Pero éstos intentaban matarlo*. Señal era de la vehemencia con que Pablo los rebatía y de la perfecta victoria de éste y de que muchos se dolían de ella. *En cuanto lo supieron los hermanos, lo condujeron a Cesarea*. Procedieron así por temor de que le aconteciera lo mismo que a Esteban, y así lo llevaron a Cesarea; y *de allí lo enviaron a Tarso*. Aunque temerosos, sin embargo, lo envían a predicar y a que viva en seguridad allá en su patria. Advierte cómo no todo lo hace la Gracia,

sino que deja muchas cosas que juntamente llevan a cabo ellos con su prudencia y al modo humano. Y si en Pablo lo permite, mucho más en los otros. Y lo permite para quitar a los desidiosos todo pretexto.

Las iglesias mientras tanto gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaria. Y se edificaban y caminaban en el temor del Señor, y crecían vigorizadas por el Espíritu Santo ⁵. Va Lucas a tratar de la visita de Pedro a los fieles. Y para que no se crea que lo hizo por temor, advierte de antemano que las iglesias estaban en paz. Deja así entender que Pedro, mientras hubo persecución en Jerusalén no se apartó de allí, y que sólo cuando ya estuvieron en paz segura salió de Jerusalén: ¡tan fervoroso y esforzado era! Pues no pensaba que por vivir las iglesias en paz, no necesitaran de su visita.

Preguntarás tal vez: ¿Por qué procede así y las visita aun estando ellas en paz y hasta que ya Pablo se ha marchado? Porque las iglesias veneraban sobre todo a los Apóstoles, y éstos con frecuencia las visitaban y eran admirados de la multitud, mientras que a Pablo lo despreciaban y sobre todo los judíos se enfurecían en su contra. ¿Has notado cómo a la guerra se siguió la paz? Mas aún: ¿has notado lo que hizo aquella guerra? Dispersó a aquellos hombres pacíficos. Y así en Samaria quedó confundido Simón el mago: en Judea sucedió lo de Safira. De modo que no por reinar la paz se aflojaba en llevar adelante la empresa. Era una paz tal que no desaparecía en las contrariedades, por lo cual era una paz necesitada de consuelo.

Y aconteció que mientras Pedro recorría todas las comunidades de los santos, vino también a los que moraban en Lidda. Recorría las comunidades a la manera de un estratega, observando las filas y considerando las partes ya bien conglutinadas, las que estaban en buen orden, las que necesitaban de su presencia. Míralo cómo va por todas partes y en todas se le encuentra el primero. Cuando hubo que elegir al otro Apóstol, él tuvo el primer lugar; cuando fue necesario explicar a los judíos que los Apóstoles no estaban ebrios; cuando hubo de ser sano el cojo; cuando fue necesario hablar, siempre estuvo al frente; y lo mismo cuando fue necesario hacer frente a los magistrados; y cuando lo de Ananías; y cuando con su sombra daba la salud a los enfermos; en donde quiera que hay peligro allí está él; y también en donde hay que disponer alguna cosa. En donde las cosas están en paz procede en común con todos; no anhela mayor honor que los otros. Cuando es necesario algún milagro, sale al frente. Ahora él por su propia determinación emprende el trabajo y el camino.

Halló allí a un hombre llamado Eneas, paralítico, y desde hacía ocho años tendido en una camilla. Pedro le dijo: ¡Eneas, Jesucristo te sana! Levántate y arregla tu lecho. Y al punto se puso en pie. ¿Por qué Pedro no esperó el acto de fe ni le preguntó si quería sanar? Porque la finalidad del milagro era la consolación de todos. Oye el gran provecho que se siguió: Lo vieron todos los habitantes de Lidia y de Sarón y se convirtieron al Señor. ¡Bellamente! Pues se trataba de un hombre ilustre; y el caso se comprobó por el hecho de que el mismo paralítico arreglaba su lecho.

Los Apóstoles no únicamente libraban de las enfermedades, sino que restituían el vigor juntamente con la salud. Como aún ellos no habían dado allí muestras de su poder, razonablemente no se le exigió a Eneas el acto de fe. Como Cristo a los principios no exigía el acto de fe, así tampoco los Apóstoles. En Jerusalén, al contrario, razonablemente se exigía el previo acto de fe; y movidos por la fe, cuantos enfermos había eran llevados a los caminos para que a lo menos la sombra de Pedro al pasar éste los envolviera. En Jerusalén se verificaban muchos milagros, pero acá éste fue el primero. Los milagros se obraban unos para atraer a los demás y otros para consolar a los ya creyentes.

En Jope vivía una discípula por nombre Tabita, en griego Dorcas que traducido significa Gacela, colmada de buenas obras, y que hacía muchas limosnas. Y aconteció que por aquellos días enfermara y muriera. Y luego de lavada la pusieron en la estancia superior de la casa. Por ser vecinas las ciudades de Lidia y Jope, los discípulos, oyendo que Pedro se encontraba en Jope, le enviaron dos mensajeros que le rogaran: No tardes en venir acá. ¿Por qué esperaron a que Tabita muriera? ¿Por qué no rogaron antes a Pedro? Pensándolo, les pareció indigno molestar a los discípulos por cosa semejante y distraerlos de la predicación. Por esto anota Lucas que las ciudades estaban vecinas para hacer ver que ellos suplicaron la venida de Pedro tomando ocasión del caso de Tabita, pero no como finalidad principal, pues Tabita era discípula.

Pedro se levantó y fue con ellos. Y apenas llegaron, lo condujeron al cenáculo o estancia superior. No le suplicaron el milagro, sino que lo dejan a su voluntad, para que por su propio impulso le devolviera la vida. Y se cumplió aquí aquello: La limosna libra de la muerte ⁶. Y lo rodearon todas las viudas, llorando y mostrándoles las túnicas y los mantos que les hacía Dorcas, mientras estaba con ellas. Llevaron

a Pedro a donde estaba expuesto el cadáver, tal vez pensando que él algún tributo daría a la virtud. ¿Adviertes el gran don voluntario que se siguió? No en vano se pone el nombre de la mujer, sino para hacer ver cómo consueñan su nombre y su vida, pues vivía tan vigilante y pronta como las cabras y las gacelas. Pues como muchas veces os hemos dicho, los nombre tienen su razón de ponerse.

Colmada de buenas obras y que hacía muchas limosnas. Es gran alabanza de esta mujer, puesto que ambas cosas las practicaba en forma tal que llegaban a su plenitud. Cosa clara es que tuvo cuidado primeramente de las buenas obras y en seguida de las limosnas. *Que les hacía Dorcas mientras estaba con ellas.* Grande humildad; no procedían aquellos como nosotros, pues todos vivían unidos y cuidando empeñosamente de hacer limosnas. *Pedro los hizo salir fuera a todos y se puso de rodillas e hizo oración. Luego, vuelto hacia el cadáver dijo: Tabita, levántate. Ella abrió sus ojos y viendo a Pedro se incorporó.* ¿Por qué Pedro los hizo salir a todos? Para que no lo perturbaran en su oración las lágrimas de ellos. *Y puesto de rodillas hizo oración.* Fue eso señal de una oración recogida y profunda. Añade Lucas: *El le dio la mano.* Indica separadamente la vida y el vigor dados, la primera con las palabra y el segundo con la mano. *El le dio la mano y la levantó. Entonces llamó a los santos y a las viudas y se la presentó viva:* a unos para consuelo, pues recuperaban a una hermana y presenciaban un milagro; a otras, las viudas, para su auxilio.

Esto fue conocido en toda Jope y muchos creyeron en el Señor. Y Pedro permaneció en Jope durante muchos días, hospedado en la casa de un tal Simón, de oficio curtidor ⁷. Advierte la modestia y mansedumbre de Pedro y cómo no se hospeda en la casa de Dorcas ni de otro alguno de los principales, sino en la casa de un curtidor, impulsando así en todo a la humildad y a no permitir ni que los plebeyos se avergüencen ni que los principales se ensoberbezcan. Pasó a vivir en Jope porque pensó que allí los fieles necesitaban de su enseñanza. Pero volvamos ya sobre lo que anteriormente dijimos.

Dice Lucas acerca de Pablo: *Intentaba juntarse con los discípulos.* No se acerca con impudencia, sino modestamente. Llama Lucas discípulos aun a los no incluidos en el grupo de los Doce, pues en aquel tiempo, a causa de la excelencia de sus virtudes, eran llamados discípulos: eran claras imágenes de los discípulos. *Y todos desconfiaban de él y lo temían.* Advierte cómo, por estar en su plenitud el terror, aún temían los peligros. *Entonces Bernabé lo tomó y lo presentó a los*

Apóstoles y les refirió. Parece que ya desde antes Bernabé fuera amigo de Pablo y por esto narra todas las cosas de él. Por su parte Pablo nada de eso dijo a los otros, ni tampoco lo hizo después, según creo, sino cuando lo obligó la necesidad.

Y fue admitido a convivir con ellos en Jerusalén; y predicaba audazmente en el nombre del Señor. Esto aumentaba en otros la confianza. ¿Adviertes cómo había quienes procuraban que se alejara cuando aún no había recibido el don de Dios? Se manifiesta así su fervor. Ya me parece que no camina sobre la tierra, sino que navega. Y también esto es providencial para que allá predicara. Por tal motivo sucedieron las asechanzas y el viaje a Jerusalén; para que dejara de ser sospechoso. *Predicaba también a los helenistas y discutía con ellos.*

Y las iglesias entre tanto gozaban de paz y se edificaban y caminaban en el temor del Señor. Es decir que crecían y tenían paz la verdadera paz entre sí. Justamente, pues ya la guerra exterior los había afligido en demasía. *Y se llenaban de consolación del Espíritu Santo.* Los consolaba el Espíritu Santo por los milagros y las buenas obras; y además habitaba en cada uno de ellos. Y sucedió que mientras Pedro recorría las ciudades, vino también a Lidia. *Y halló allí a un hombre paralítico tendido en su camilla, y le dijo: Eneas: Jesucristo te sana.* No habla Pedro así por ostentación, sino como quien está seguro de que así sucederá. Por mi parte me persuado firmemente de que este hombre creyó en la palabra del Apóstol, y así sanó. Que Pedro no fuera ostentoso se ve claramente por lo que sigue. Pues no le dijo: En el nombre de Jesús, sino que más bien es la forma de referir Lucas el milagro. *Esto lo vieron todos los habitantes y se convirtieron a Dios.* De modo que no en vano afirmé que los milagros se hicieron para persuadir y para consolar.

En Jope vivía una discípula de nombre Tabita. Y sucedió en esos días que enfermara y muriera. ¿Observas cómo en todas partes se obran milagros? No murió Tabita de repente, sino que estuvo enferma. Pero a Pedro no lo llamaron sino cuando ella había ya muerto. *Habiendo oído los discípulos enviaron mensajeros con el ruego: Ven sin demora.* Advierte cómo envían a otros como mensajeros y a que rueguen a Pedro. Y Pedro los atiende y viene, y no toma a injuria el que así se le llame. Tan gran bien es la tribulación que une las almas. No había allí llantos, no había duelos. *Luego de lavada la depositaron en la estancia superior,* o sea que cumplieron con los deberes para

con el cadáver. *Y Pedro se levantó y se fue con ellos.*

Y habiendo subido al cenáculo o estancia superior, se puso de rodillas e hizo oración; y vuelto hacia el cadáver, dijo: Tabita, levántate. No permite el Señor que todos los milagros se hagan con la misma facilidad; pero esto les era de provecho. Pues no únicamente procuraba Dios la salvación de los demás, sino también la de ellos. Pedro, que con sola su sombra curaba a tantos, procede ahora a tantas y tan notables cosas para resucitar a Tabita. A veces cooperaba también la fe de los peticionarios. Fue esta la primera a quien resucitó llamándola por su nombre. Y ella, como despertada de un sueño, primero abrió los ojos; luego, como viera al punto a Pedro, se incorporó; finalmente, al contacto de la mano de Pedro, se vigorizó. Considera como la ganancia y fruto del milagro no son para ostentación. Por tal motivo, Pedro imitando a su Maestro, a todos los echa fuera. Fue porque tan gran misterio no debía obrarse en donde hubiera lágrimas: en donde se obran milagros no debe haber lágrimas.

Atended, os ruego, aun cuando ahora no se verifiquen esos milagros, a cosas tan altas; sin embargo también ahora en los muertos se lleva a cabo un gran misterio. Dime: si estando nosotros quietos y sentados, el Emperador llamara a alguno a su palacio ¿sería cuestión de llorar y lamentarse? Vienen los ángeles enviados desde el cielo; llegan acá enviados por el Rey mismo para llamar allá a un tu consiervo: ¿tú te pones a llorar? ¿Ignoras cuál sea el misterio que se verifica, cuán tremendo, cuán escalofriante, cuán digno con toda verdad de himnos y de gozo?

¿Quieres ver cómo no es ese tiempo de lágrimas? Pues bien: ese misterio es el gran misterio de la sabiduría de Dios. El alma, como quien abandona su casa, marcha hacia su Señor ¿y tú lloras? Esto convendría hacerlo cuando nace un niño, ya que este otro parto es mejor que aquel. Marcha el alma a contemplar otra luz; se libra como el preso que sale de las ataduras de una cárcel; sale como quien termina un certamen. Bien está eso, dirás, si te refieres a los buenos. Pero, oh hombre, ¿qué tiene que ver eso contigo? Tú no te portas así ni aun con los buenos. ¡Vaya! dime ¿qué tienes que reprochar a un párvulo? ¿Nada? Entonces ¿por qué lo lloras? ¿Por qué lloras al que muere poco después de haber sido iluminado en el bautismo? Pues éste se encuentra en el mismo caso que los párvulos. ¿Por qué, pues, lo lloras? ¿Ignoras que así como se levanta limpio el sol, así sale el alma de buena conciencia refulgente y espléndida, cuando abandona

su cuerpo? No verías con mayor respeto y estupefacción al Emperador cuando entra en la ciudad que al alma cuando abandona su cuerpo y se marcha con los ángeles.

Considera cómo estará entonces el alma: cuán estupefacto, cuán admirada, cuán gozosa. Te pregunto, pues: ¿por qué lloras? ¿Acaso lloras solamente cuando se trata de la muerte de pecadores? ¡Ojalá fuera así! ¡No prohibiría yo ese llanto! ¡Ojalá fuera ese tu intento! Un llanto así es apostólico, es propio del Señor: así lloró Jesús sobre Jerusalén. Yo querría que bajo esta norma se distinguieran los llantos. Mas cuando advertido de esto alegas palabras, costumbres y el cuidado de los muertos, ciertamente no lloras por el motivo que dices, sino que lanzas simplemente una excusa.

Llora al pecador. También yo derramaré lágrimas por él. Más aún, las derramaré tanto más abundantes que tú, cuando a más grave castigo está él condenado. Con semejante motivo también yo gemiré. A semejante muerto conviene que no solo tú, sino toda la ciudad lo llore, y todos los que forman el concurso, como se hace con los que van condenados a muerte, pues con toda verdad es mala la muerte de los pecadores. Pero ahora todas las cosas se han invertido. El llanto que dije es obra de virtud y encierra en sí una gran enseñanza; el otro, en cambio, nace de pequeñez de ánimo. Si en la forma dicha los lloráramos todos, sin duda que ya los habríamos enmendado durante su vida. Así como si estuviera en tu mano emplear medicinas que apartaran la muerte corporal, las usarías sin duda, así si ahora lloraras ese género de muerte en esa forma, la apartarías de ti y del otro.

Pero actualmente acontece una especie de enigma, ya que pudiendo impedir ese género de muerte no lo impedimos, y cuando acontece entonces lloramos. ¡Son en verdad dignos de lágrimas! Cuando se presenten ante el tribunal de Cristo ¿qué palabras oirán? ¿Qué no sufrirán? En vano vivieron en este mundo. O mejor dicho, no en vano, sino para su mal. De ellos conviene decir: *Bueno les fuera no haber nacido* ⁸. Pregunto yo: ¿qué utilidad hay en consumir tanto tiempo para propio daño personal? No sería tan grave el daño si únicamente se hubiera consumido en vano.

Dime: si un hombre que vive de su salario pierde veinte años ¿acaso no los deplora? ¿no los llora? ¿no le parece ser el hombre más desdichado? Pues bien, el pecador ha perdido toda su vida y no ha vivido un solo día para sí, sino para los placeres, la lujuria, la avaricia, el pecado y el demonio. Y a semejante hombre ¿no lo lloraremos? ¿no

nos esforczaremos en librarlo del peligro? Podemos ¡sí! podemos si queremos hacerle al menos más ligero su castigo. Si frecuentemente oramos por él y hacemos limosnas, aun cuando él sea indigno, Dios nos escuchará. Si en gracia de Pablo salvó a otros y por respeto de otros perdona, ¿por qué no lo hará en gracia nuestra?

Ayuda al pobre con los dineros de ese pecador, con los tuyos, con lo que puedas: vierte en sus heridas óleo y aun agua. ¿No puede él hacer limosnas de lo propio? Pues que a lo menos presente las de sus parientes. ¿No puede presentar las que él haya hecho? Presente al menos las que por su salvación se hayan hecho. Entonces confiadamente rogará por él su esposa y podrá presentar el precio de la redención en favor de él. Tanto más necesita de la limosna cuanto de más numerosos pecados es reo. Mas, no sólo por esto. Y no sólo por ese motivo, sino porque semejante limosna no tiene un precio igual, sino mucho menor. Porque no es lo mismo hacer él personalmente algo o que otro lo haga en su lugar. De modo que siendo menos el valor de la dicha limosna, multiplicándola hagámoslo mayor.

No nos preocupemos por los monumentos ni por los sepulcros. Ayudar y defender a las viudas es el más precioso oficio sepulcral. Pronuncia su nombre; ordena que los beneficios ofrezcan por él todas sus oraciones y súplicas. Esto aplacará a Dios en su favor, aun cuando no hubiera él hecho la limosna por su mano, sino que otro la haga en su favor. Esto es una demostración de la clemencia divina. Las viudas presentes mediante sus lágrimas pueden librar no de la muerte temporal, sino de la muerte futura. Muchos han sido ayudados mediante las limosnas que otros han hecho en su lugar. Y si no del todo han salido libres, por lo menos han recibido algún consuelo. Si así no fuera, ¿cómo se salvarían los párvulos? Porque éstos nada llevan propio, sino que todo es de sus padres. Con frecuencia a las oraciones y limosnas de las mujeres les ha concedido Dios la salvación de sus niños, que para nada concurrieron en eso. Dios nos ha dejado muchos caminos de salvación con tal de que nosotros no nos descuidemos.

Preguntarás: pero si alguno es pobre ¿qué? Repetiré lo nuevo que no se mide la abundancia de la limosna por la cantidad que se da, sino por la intención del donante y el deseo que tiene. Unicamente no des menos de lo que permitan tus haberes y habrás cumplido con toda tu obligación, como si lo dieras todo. Instarás: pero ¿si se trata de uno que vive solo y anda peregrinando y no tiene quien mire por él? Por mi parte pregunto: ¿por qué no tiene a nadie que mire por él? Sufre su

debido castigo en no tener amigos ningunso, ya que nadie que tenga la virtud de dar padece eso. Esto quiere decir que si nosotros no tenemos esa virtud, debemos a lo menos procurarnos amigos que sí la tengan; y lo mismo deben hacer la esposa y el hijo, de manera que por tales amigos algún fruto obtengamos: pequeño, por cierto, pero algo es algo.

Si cuidas de tomar por esposa a una mujer no precisamente rica, sino piadosa, disfrutarás del consuelo dicho; y lo mismo si procuras dejar detrás de ti no un hijo opulento, sino piadoso, o una hija casta; gozarás del dicho consuelo. Por lo demás, si lo procuras tú mismo, te tornarás piadoso. Forma parte de la virtud el saber escoger amigos, esposa, hijos que piadosos sean. Por lo demás, no se ofrecen en vano sufragios en favor de los difuntos: no se ofrecen en vano limosnas; todo esto lo ha dispuesto el Espíritu Santo, pues quiere que mutuamente nos ayudemos. Porque ¡atiende! El saca de ti utilidad y tú de él sacas ganancia. Despreciaste las riquezas movido a llevar a cabo alguna obra generosa; entonces tú fuiste para el muerto causa de salvación y él fue para ti ocasión de dar limosna. No dudes de que algún bien conseguirás. No clama en vano el diácono: *¡Por los que murieron en Cristo y por los que hacen memoria de ellos!* No es el diácono quien tales voces profiera, sino el Espíritu Santo por medio de su don y carisma.

¡Vamos! ¿qué es lo que alegas? En las manos del sacerdote está la hostia y todo se halla a punto para el sacrificio. Presentes están los ángeles y los arcángeles; presente el Hijo de Dios; presentes se encuentran en tan temible conjunto todos. Presentes se encuentran y claman, mientras todos callan ¿y tú afirmas que todo se hace en vano? En ese caso ¿también se hace en vano todas las otras cosas y todo lo que se ofrece por la Iglesia, por los sacerdotes, por la plenitud de los fieles? ¡Lejos tal cosa! Por el contrario, todo eso se hace con espíritu de fe.

¿Qué piensas de lo que se ofrece por los mártires que en esa hora se nombran e invocan? Aunque se trate de mártires, también para los mártires es muy grande honor el que se les nombre, estando presente el Señor, al tiempo en que se verifica esa muerte, ese sacrificio escalofriante, ese misterio inefable. Así como estando el Emperador sentado en su trono todo cuanto alguno quiere lo alcanza; pero una vez que él se ha levantado, hable lo que hable el otro, en vano lo habla; así al tiempo en que están delante los misterios, es para todos honor máximo el ser nombrados y recordados.

Mira: se proclama el misterio terrífico de que Dios se ha entregado por el mundo; y al tiempo de ese milagro, el diácono recuerda y nombra oportunamente a los que pecaron. Pues así como cuando se celebran los triunfos del Rey al mismo tiempo se celebra a todos los que en la victoria lo acompañaron y se da libertad a los presos que estaban condenados y encadenados: todo en vista de la solemnidad; pero pasada esa ocasión, quien nada obtuvo ya de nada goza; así es acá: éste es el tiempo triunfal. Porque dice Pablo: *Cuantas veces comiereis de este pan, anunciaréis la muerte de Cristo* ⁹.

En consecuencia, no nos acerquemos de cualquier modo, ni pensemos que esto se realiza vanamente. Por otra parte, conmemoramos a los mártires bajo la fe de que el Señor no está muerto; y esto es la señal de haber muerto la muerte: que El de verdad murió. Sabiendo estas cosas, consideremos cuán grande consuelo podemos proporcionar a los difuntos, en lugar de aquellas lágrimas y llantos y de aquellos monumentos sepulcrales: es a saber con las oraciones y las obla-ciones; para que ellos y nosotros consigamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad del Hijo unigénito, con el cual sean el Padre, en unión del Espíritu Santo, la gloria, el honor y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Gálat. I, 17-19.
2. Nótese que el sentido es propiamente: no me aconsejé con algún hombre, ni subí a Jerusalén, etc.
3. Mucho se enredó el Santo al querer explicar y componer las dos afirmaciones. Véase la nota cronológica de la vida de Pablo en nuestra versión de la Homilía anterior, XX. Se ve que Lucas, entre los vrs. 25 y 26 del cap. IX, dejó un hueco largo de tres años.
4. Hechos XV, 37-40.
5. Hechos II, 31.
6. Tob. XII, 9.
7. Anotan los autores cómo Pedro rompe ya con los escrúpulos legales: vive en una ciudad gentil y en la casa de un curtidor, hombre legalmente impuro a causa del continuo contacto con animales muertos.
8. Marc. XIV, 21.
9. I Cor. XI, 26.

HOMILIA XXII

*Vivía en Cesárea un varón de nombre Cornelio, centurión de la cohorte llamada Itálica, religioso y temeroso de Dios, con toda su familia. Hacía muchas limosnas al pueblo; y hacía continua oración a Dios. Al derredor de las tres de la tarde tuvo una visión. A plena luz se le apareció un ángel de Dios que se le acercó y le dijo: ¡Cornelio! Este, mirándolo atentamente y lleno de temor, le dijo: ¿Qué hay, Señor? Le dijo aquél: Tus plegarias y limosnas han subido como sacrificio memorial al trono de Dios¹.
(Hechos X, 1)*

NO ERA JUDÍO ni vivía Cornelio según la Ley, pero se había adelantado ya a ejercitar nuestro modo de vivir. Mira a ambos creyentes: el eunuco de Gaza y este otro: ambos constituidos en dignidad. De ambos tiene gran cuidado la divina Providencia; pero no vayas a pensar que es por la dignidad que poseen. No es por ese motivo ¡lejos tal cosa! sino por la piedad que ejercitan. Se hace mención de su dignidad para que mejor brille su piedad. Pues es más admirable que tal sea quien se halla elevado a dignidad y poder.

Alabanza grande del eunuco de Etiopía es que emprendiera tan largo camino: y que en ese tiempo y viajando no interrumpiera la lectura de los Libros Sagrados; y que yendo en su coche invitara a Felipe a sentarse a su lado; y muchas otras cosas. Alabanza grande es de Cornelio que hiciera limosnas y oraciones; y que constituido en dignidad tan alta fuera varón piadoso. Por semejante principado la Escritura lo celebra. Razonablemente, a fin de que nadie dijera que la Escritura se engaña en lo que refiere.

De la cohorte llamada Itálica. La cohorte era lo que ahora llamamos Número ². *Piadoso y temeroso de Dios, como toda su familia.* Dice esto para que no creas que se le trató así a causa de su dignidad. Cuanto se trató de ganar a Pablo, se le apareció no un ángel sino el mismo Señor; y no lo envió a ninguno de los Doce, sino a Ananías. Acá, en cambio, se procede de modo contrario. Envía al jefe supremo, como había enviado a Felipe al eunuco, atemperándose a la debilidad de ambos y enseñándonos de qué personas conviene echar mano. Con frecuencia Cristo se aparece a los que sufren pero que no pueden acercársele por sí mismos. Hay aquí además otra alabanza de la limosna, como antes en el caso de Tabita.

Varón piadoso y temeroso de Dios, como toda su familia. Oigamos esto todos los que nos descuidamos de los domésticos. Cornelio cuidaba incluso de los soldados y hacía limosnas a todo el pueblo. De modo que sus creencias y sus obras eran correctas. *Tuvo una patente visión, en la que vio, a eso de las tres de la tarde, a un ángel de Dios que se le acercó y le dijo: ¡Cornelio! ¿Por qué vio a un ángel?* Para que Pedro estuviera más seguro; o mejor dicho, no Pedro, sino otros más débiles en la fe. *A eso de las tres de la tarde;* o sea cuando estaba libre de cuidados y en tranquilidad; cuando se ocupaba en sus oraciones y arrepentimiento de sus faltas.

Cornelio lo miró atentamente, y preso de temor, respondió. Advierte cómo el ángel no transmite inmediatamente su mensaje, sino que primero quita el temor y eleva la mente. La visión produjo temor a Cornelio; pero un temor moderado y sólo el necesario para volverlo atento. Las palabras le quitan el temor; o mejor dicho las alabanzas que en ellas iban, suavizaron las asperezas del temor. Oyelas: *Tus oraciones y limosnas han subido como sacrificio memorial al trono de Dios. Ahora, pues, despacha mensajeros a Jope y haz venir a un tal Simón apellidado Pedro.* Y para que los mensajeros no vayan a otro, señala a Pedro no únicamente por el sobrenombre, sino también por el sitio de su hospedaje.

Este se hospeda en la casa de un tal Simón curtidor, cuya casa está cerca del mar. ¿Observas como los Apóstoles, amantes de la soledad y la quietud, buscaban las partes más alejadas de las ciudades? ¿Y qué si en Jope hubiera habido otro Simón también de oficio curtidor? Había sin embargo otra circunstancia: que vivía junto al mar; y las tres circunstancias ya no podían concurrir a la vez (en otro). No le dijo el ángel a Cornelio para qué debía llamar a Pedro, a

fin de dejarlo suspenso; y así se apartó para que Cornelio quedara con el deseo y anhelo de saberlo.

Luego que se apartó el ángel que le hablaba, llamó Cornelio a dos criados y a un soldado temeroso de Dios y que le era muy adicto. Y habiéndoles referido todo, los envió a Jope. ¿Adviertes cómo no sin motivo dice esto Lucas, sino para dar a conocer la clase de hombres que obedecían al centurión? *Y habiéndoles referido todo.* Mira cuán lejos se encuentra de la presunción. No les dijo: ¡Llamadme a Pedro!, sino que, a fin de persuadirlos, les refiere todo: así de cuidadosamente procedía y así de precavido. No quiso llamar a Pedro autoritativamente, y por tal motivo refiere lo sucedido. ¡Tan modesto era! Y no podía pensar gran cosa acerca de un hombre que se hospedaba en la casa de un curtidor.

Al día siguiente, mientras ellos iban de camino, y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la azotea para hacer oración, cerca del mediodía. Observa cómo el Espíritu Santo concuerda los tiempos y no hace las cosas ni más antes ni más después. *Subió Pedro a la azotea para hacer oración, cerca del mediodía,* es decir apartado y con tranquilidad, como si estuviera en el cenáculo. *Y como sintiera hambre, quiso comer.* Mientras le preparaban la comida, tuvo un éxtasis. *Vio el cielo abierto.* ¿Qué es un éxtasis? Es decir que quedó en una contemplación espiritual: como si dijéramos que su alma salió de su cuerpo.

Y vio el cielo abierto y que descendía un objeto como un lienzo grande, que era bajado del cielo a la tierra, cogido por los cuatro cabos; en el cual había toda clase de cuadrúpedos y reptiles terrestres y aves del cielo. Y oyó una voz que le decía: Pedro, levántate, mata y come. Mas Pedro respondió: ¡Lejos tal cosa, Señor! Nunca he comido nada impuro o profano. De nuevo por segunda vez le llegó la voz: Lo que Dios ha purificado no lo llames impuro. Esto sucedió hasta por tercera vez. Y al punto el objeto aquel fue recogido al cielo. ¿Qué significa esto? Es un símbolo del orbe entero. El hombre era incircunciso y nada tenía de común con los judíos. Y pues todos lo iban a acusar como transgresor, y esto lo llevaban muy en el corazón, necesariamente Pedro en tal forma maneja el asunto que viene a decir: *Nunca he comido.* No lo dijo por temor ¡lejos tal cosa!, sino que así lo dispuso el Espíritu Santo, como ya dije, para que pudiera después Pedro tener una defensa contra los que lo acusaran, es a saber: que él, por su parte, se había resistido, pues todos ellos tenían sumo cuidado

de que la Ley se observara. Pedro, además, era enviado a gentiles. Pues bien, para que tampoco éstos lo acusaran, dispuso así este negocio el Espíritu Santo, como ya lo indiqué.

Para eso y para que no pareciera pura imaginación, Pedro dijo: *¡Lejos tal cosa, Señor! Pues nunca he comido nada impuro o profano.* Y se le respondió: *Lo que Dios ha purificado tú no lo llares impuro.* A primera vista esto se le dijo a él; pero en realidad fue para todos los judíos; ya que si el maestro es así increpado, mucho más lo son ellos. En conclusión, el lienzo es el orbe de la tierra; las bestias en él contenidas, son los gentiles. Aquello de: *mata y come*, significa que ellos tendrán que acercarse; y que esto suceda por tres veces, significa el bautismo: *¡Lejos tal cosa, Señor! Yo nunca he comido nada impuro y profano.* Preguntarás: ¿por qué Pedro contradijo? Para que nadie dijera que el Señor únicamente le había puesto una tentación o prueba, como lo hizo con Abraham cuando le ordenó sacrificarle a su propio hijo; y como lo hizo con Felipe cuando le preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? no para saberlo, sino tentándolo y probándolo. Moisés en la Ley había prescrito claramente qué animales eran puros y cuáles impuros, así en la tierra como en el mar. Pero aun así Pedro no entendía la visión.

Mientras Pedro se preguntaba a sí mismo perplejo el sentido de la visión, los mensajeros enviados por Cornelio, después de indagar por la casa de Simón, se presentaron a la puerta; y habiendo llamado, preguntaron si se hospedaba allí un tal Simón apellidado Pedro. Como estuviera Pedro admirado y dudando en su interior, oportunamente se presentan los mensajeros que le van a resolver sus dudas. Así había permitido el Señor que José dudara, pero luego le envió el ángel. Fácilmente el alma que está en dudas acepta una solución. No dudó Pedro mucho tiempo ni mucho antes, sino casi a la hora de comer.

Estaba aún Pedro recapacitando sobre la visión, cuando el Espíritu Santo le dijo: Mira que unos hombres te buscan ³. *Levántate y ve con ellos sin dudar, pues Yo los he enviado.* He aquí una nueva defensa para Pedro ante los discípulos: que sepan que dudó y que conoció que no debía dudar. *Porque Yo los he enviado.* Mira el gran poder del Espíritu Santo. Y lo que Dios hace mira tú cómo se dice que lo hace el Espíritu Santo. No procede así el ángel. Pues habiendo anteriormente dicho: *Tus oraciones y tus limosnas*, luego añade: *Envía, pues;* para demostrar que él fue enviado de allá arriba. En cambio el Espíritu Santo, como Señor que es, dice: *Yo los he enviado.*

Descendió Pedro al encuentro de aquellos hombres y les dijo: Vedme aquí. Yo soy el que buscáis: ¿por qué habéis venido? Ellos le dijeron: El centurión Cornelio, varón justo y temeroso de Dios, acreditado por el testimonio de todo el pueblo judío, recibió en visión de un ángel santo la orden de hacerte llamar a su casa, y de escuchar lo que tú le digas. Añaden las alabanzas de Cornelio para hacer fidedigno que el ángel se le apareciera. Y Pedro los invitó a entrar y los hospedó.

¿Ves cuál fue el comienzo de la conversión de los gentiles? Fue por un varón piadoso que fue encontrado digno. Si habiéndose llevado a cabo el negocio en esta forma, todavía se escandalizaban los judíos, ¿qué no habrían dicho en caso contrario? *Pedro los invitó a entrar y los hospedó.* Mira con cuánta seguridad. Los introduce en la casa para que no les acontezca algún incidente molesto, y confiadamente convive con ellos. *Al día siguiente Pedro se levantó y se fue con ellos, y algunos de los hermanos de Jope lo acompañaron. Y al tercer día entraron en Cesarea.* Insigne era aquel varón, como quien vivía en una insigne ciudad. De modo que con él se dispone todo el negocio de la entrada de los gentiles a la fe y todo tiene principio en Judea. Por su parte Cornelio, desde aquella hora, cerca de las tres de la tarde, atendía a sí mismo, como persona a quien se le ha presentado una visión no en sueños ni dormido, sino en plena vigilia y en pleno día. Pero repitamos ya lo que se ha dicho.

Y le dijo el ángel: Tus oraciones y limosnas han subido como sacrificio memorial al trono de Dios. Por aquí se ve que el ángel le habló lanzando voces y que por esta ocasión lo vio Cornelio. Si el ángel no lo hubiera llamado de ese modo, tampoco lo habría visto: ¡tan atento estaba a lo que hacía! *Haz venir a un tal Simón apellidado Pedro.* Le declara por de pronto que lo ha de llamar para algo útil; pero qué sea eso útil no se lo declara. Tampoco a Pedro se le declara todo el negocio, sino que las referencias son parciales y entrecortadas, para que quienes las reciban queden en expectación. Lo mismo sucedió en el caso de Felipe.

Pedro subió a la azotea para hacer oración, cerca del mediodía. Y tuvo un éxtasis. Y vio un objeto a la manera de lienzo. Advierte cómo ni el hambre hizo que Pedro se lanzara hacia el lienzo. Y para que no dudara ya más, oyó la voz que le decía: *Pedro: levántate y mata y come.* Quizá cayó de rodillas cuando vio la visión. Pienso que la vio con motivo de lo que luego iba a predicar. Que fuera cosa

divina lo que veía queda claro por el hecho de que bajaba del cielo; y también porque él estaba en éxtasis; y además por la voz que del cielo venía y que por tres veces la oyó; y porque el cielo se abrió y de allá vino aquel objeto, y hacia allá fue de nuevo arrebatado: todos eran grandes indicios de que la cosa era totalmente divina.

Mas ¿por qué se lleva a cabo en esa forma? Por aquellos a quienes luego Pedro referirá la visión. Pedro había oído aquel mandato: *No os dirijáis a los gentiles* ⁴. Pero no te espantes. Si Pablo necesitó de la circuncisión y de las víctimas, mucho más necesitábanse estas visiones al principio de la predicación, cuando los fieles aún eran un tanto débiles en la fe. *Y los mensajeros enviados por Cornelio se presentaron en la puerta. Y habiendo llamado, preguntaban si se hospedaba allí un tal Simón apellidado Pedro.* Por lo humilde de la casa no preguntaron a los vecinos, sino que preguntaron en el piso inferior. *Estaba aún Pedro recapacitando sobre la visión; y el Espíritu Santo le dijo: Levántate, baja y ve sin dudar nada, pues yo los he enviado.* Advierte que no le dijo: Por esto se te apareció la visión, sino: *Yo los he enviado*, demostrando la forma en que se ha de obedecer y que no se han de pedir razones. A Pedro le bastaba para la certidumbre el haber oído del Espíritu Santo: Esto haz, esto di; y nada más le quedaba que averiguar.

Y bajó Pedro y les dijo: Yo soy ese que buscáis. ¿Por qué no los acogió al punto, sino que primero investigó? Veía que eran soldados. Por tal motivo no simplemente inquiere, sino que tras de haber confesado su propia identidad, finalmente les pregunta el motivo de su visita. Lo hizo así para que no se pensara que preguntaba como quien quiere ocultarse. Y lo pregunta para irse en seguida con ellos en el caso de que urgiera el negocio; y si no urgía, para recibirlos en hospedaje.

¿Por qué dicen ellos: *Te llama a su casa*? Por haberlo así ordenado Cornelio. Quizá también lo dicen como excusándolo. Como si dijeran: no lo condenes; no te envió a llamar como quien desprecia, sino como quien ha recibido mandato de llamarte. *Y Cornelio los esperaba, habiendo convocado para recibirlos a sus parientes y amigos íntimos.* Razonablemente. No habría sido lógico el no reunir a sus parientes y amigos. Por otra parte, estando allí presentes, con más prontitud escucharían.

¿Habéis visto la fuerza que tiene la limosna, tanto en el discurso pasado como en el presente? En aquél libró de la muerte temporal; en

éste, de la eterna e incluso abrió las puertas del Cielo. Mira en cuán grande precio se tiene que Cornelio crea, pues aun se le envía un ángel y se pone en acción el Espíritu Santo y se llama al jefe de los Apóstoles y se le presenta una tan importante visión y, en fin, nada se omite.

Muchos centuriones había, muchos tribunos y reyes, pero ninguno de ellos alcanzó una gracia como ésta. Oídllo todos vosotros los inscritos en el ejército y todos los que rodeáis a los reyes.

Era varón piadoso y temeroso de Dios. Y lo que es más: *lo era con toda su casa.* Tan aplicado estaba a ese ejercicio, que no sólo ordenaba rectamente lo personal, sino que procuraba lo mismo en su familia. No procedía como nosotros, que no omitimos medio para que nos tengan temor los servidores, pero nada hacemos para que ellos sean piadosos. Este, en cambio, juntamente con toda su casa era temeroso de Dios. Y no sólo era como un padre común de cuantos con él convivían, sino que lo era igualmente para con sus soldados.

Oye lo demás que dicen los mensajeros, pues necesariamente se sigue: *Acreditado por el testimonio de todo el pueblo.* Y para que nadie objetara que Cornelio era un incircunciso, añaden: Tiene el testimonio de los judíos.

De manera que, en conclusión, nada hay igual a la limosna. Más aún, tanta es la virtud que tiene la limosna cuando sale de limpias despensas, pues la que fluye de corrompidas despensas se parece a una fuente de donde mana lodo podrido, mientras que aquella otra, que de justos haberes procede, se parece a una corriente nítida y pura que brota del paraíso y es suave de ver, suave al tacto, a la vez lene y fresca y corre hacia el mediodía. La limosna es así. Junto a fuente semejante no crecen álamos ni pinos ni cipreses, sino otras plantas mucho mejores y más proceras, como son el amor de Dios, las alabanzas de los hombres, la glorificación de Dios, la benevolencia de todos, el perdón de los pecados, la gran confianza, el desprecio de las riquezas: ¡tal es la limosna, jugo con que se nutre el árbol de la caridad!.

Nada suele alimentar tanto la virtud de la caridad como el ser misericordioso. La misericordia hace que se levanten a lo alto las ramas. De manera que esta fuente es mejor que la que existía en el paraíso; y no está dividida en cuatro raudales, sino que alcanza hasta el mismo Cielo. Porque ella engendra el río aquel que salta hasta la vida eterna. Cayendo en él la muerte a la manera de una centellita que

cae en un minero de aguas, queda consumida. Y por tal motivo semejante río por dondequiera que se derrame produce grandes bienes. Este río apaga el fuego eterno, como si éste fuera una chispita. Ahoga el gusano que no muere, como si éste fuera una monada. Quien lo posee no rechinará los dientes. Si una gotilla de esta agua cae sobre aquellas cadenas, las rompe; si cae en mitad de mil hornos, los apaga.

A la manera de la fuente del paraíso, que no era intermitente ni tal que a veces brotaba y a veces quedara seca (pues en este caso ya no sería fuente), sino que perpetuamente borbollaba murmurante, así es esta otra nuestra que continuamente despide arroyos cada vez más abundantes, principalmente hacia aquellos que de misericordia necesitan, y permanece siendo siempre fuente. Pero si quieres que la misericordia de Dios llueva sobre ti a la manera de una fuente, ten también tú una fuente de misericordia con el prójimo. Nada hay que se iguale a la fuente de Dios: si tú abres el caño de tu fuente, las bocas de la fuente de Dios se abrirán a su vez, y tales que superen a cualquier abismo.

Dios sólo quiere que de nuestra parte demos ocasión y en seguida derrama los bienes de su despensa. El cuando gasta, cuando derrocha, es entonces rico, es entonces opulento. Amplio vertedero es de aquella fuente; cristalina y pura en su corriente. Si tú no estancas tu fuente, tampoco cerrarás aquella otra. Que en torno de tu fuente no crezca árbol alguno infructuoso, para que no le robe humedad. ¿Tienes amor a las riquezas? ¡No plantes ahí álamos! Eso es la voluptuosidad: gasta mucho, nada útil muestra en sí, echa a perder los frutos. No plantes ahí árboles resinosos, ni pinos, ni otros semejantes que consuman los jugos y sean inútiles: tal es el placer de los ricos vestidos, bellos a la vista pero sin utilidad alguna.

Cubre tu campo de vides rampantes: todos los árboles que quieras poner plántalos en las manos de los pobres. Nada hay más fecundo que ese terreno. Aunque tus manos sean poco hábiles, sin embargo el árbol que ahí plantares se levantará hasta el cielo y permanecerá firme y robusto. Esto es plantar de verdad. Lo que en la tierra se planta, si no ahora a lo menos dentro de cien años perecerá. ¿Para qué plantas árboles de que no disfrutarás, pues antes de que goces de sus frutos la muerte te acometerá y arrebatará? En cambio, ese otro árbol de la limosna, cuando mueras será cuando dará su fruto.

Si plantas, no plantes en glotonería del vientre, para que el fruto no acabe en el excusado; planta en vientre mortificado para que el

fruto salte hasta el cielo. Alegra el alma del pobre que se encuentra angustiado, para que no hagas estrecha la amplitud de tu sendero. ¿No has visto cómo en los árboles que se riegan con exceso se pudre la raíz, mientras que en aquellos que moderadamente se riegan las raíces se acrecen? No repletes pues de bebidas tu vientre, para que no se corrompa la raíz del árbol. Comparte tu bebida con el sediento para que ella fructifique. No corrompe el sol los árboles que reciben el riego moderadamente sino los que lo reciben con exceso: ¡tal es la naturaleza del sol! En todas las cosas es malo el exceso: quitémoslo para alcanzar lo que en la oración pedimos.

Se dice que las fuentes se derivan y brotan de altísimos sitios. Tengamos levantado nuestro ánimo y pronto manará la fuente de la limosna. Un ánimo levantado no puede no ser misericordioso, ni puede uno que es misericordioso no tener un ánimo levantado. Quien desprecia las riquezas se levanta por encima de la raíz de todos los males. Las fuentes generalmente brotan en suelos desiertos: pues apartemos nuestras almas del tumulto mundanal y luego surgirá en nosotros el venero de la limosna. Las fuentes, cuanto más se las limpia, tanto brotan con mayor abundancia: pues igualmente, cuanto más dineros empleemos en la limosna, tanto más abundarán nuestros bienes. Quien posee una fuente no teme la sequía: si nosotros poseemos esa fuente que es la limosna, tampoco temeremos. Semejante fuente nos es útil para beber, para regar, para construir los edificios, para todo. Nada hay mejor que esta bebida: ésta no sabe causar embriaguez. Mejor es poseer esta fuente que verter arroyos de oro ⁵.

El alma que este oro posee es mejor que cualquier tierra aurífera. Este oro no nos eleva a los palacios reales de acá abajo, sino que sube con nosotros a los de arriba, y allá se asienta a nuestro lado. Este oro es ornato de la Iglesia. De este oro se fabrica la espada del Espíritu Santo, espada que despedaza al dragón satánico. De esta fuente brotan las piedras preciosas que adornan la cabeza del rey que eres tú. No descuidemos tan grandes riquezas. Demos generosamente limosna, para alcanzar de este modo la benignidad de Dios, por gracia y compasión de su Hijo unigénito, al cual, en unión con el Espíritu Santo sean toda gloria, honor y poder, por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Lev. II, 2.
2. El texto bíblico usa la palabra *opeira* y no cohorte; o sea un tercio de la cohorte. La cohorte era un cuerpo militar de unos 500 soldados de infantería. El Santo le da el sentido moderno de *Noúmeros*. De todos modos, no parece que Cornelio fuera precisamente un gran personaje.
3. El texto bíblico dice expresamente *andreV treiV*.
4. Mat. V, 10.
5. He aquí un caso típico de lo que dejamos anotado en nuestra Introducción general. El ímpetu oratorio del Santo lo lleva a amontonar imágenes sobre imágenes que en algunos momentos acaban por dejar algo oscuro el pensamiento en pormenor, aunque la idea principal no se pierda.

HOMILIA XXIII

Al día siguiente Pedro se levantó y partió con ellos. Y algunos de los hermanos de Jope fueron con él a Cesarea. Cornelio, habiendo convocado a sus parientes y amigos íntimos, los esperaba.
(Hechos X, 23-24)

TRAS DE TRATAR HOSPITALARIAMENTE a los mensajeros, Pedro parte con ellos. Bellamente. Comenzó por tratarlos con bondad como a gente fatigada por el viaje, luego se los hace familiares y finalmente se marcha con ellos. Dice Lucas: *Al día siguiente Pedro se levantó y partió con ellos. Y algunos hermanos.* No va solo a Cesárea: algunos fieles lo acompañan. Y esto no sin alguna providencia, pues luego serán testigos cuando Pedro necesite defenderse.

Cornelio, habiendo convocado a sus parientes y amigos familiares, los esperaba. Esto es lo propio de un amigo, de un hombre religioso: antes que a nadie hace a sus amigos participantes de semejantes bienes. Razonablemente convoca a aquellos en quienes tenía confianza y con los que continuamente confería las cosas que tal vez en vano había expuesto ante otros. Yo pienso que amigos y parientes habían sido ya anteriormente instruidos por él.

Al entrar Pedro, Cornelio le salió al encuentro, y se echó a sus pies y le dio señales de veneración. Mas Pedro lo levantó y le dijo: Levántate, pues también yo no soy sino un hombre. Procede así Cornelio demostrando su humildad y enseñando a los demás y dando a entender que aun cuando recibió un mandato, sin embargo él mismo abraza grande piedad en su interior. ¿Que hace Pedro? Le dice: *Levántate, pues yo también no soy sino un hombre.* ¿Adviertes cómo antes que nada enseña a los otros a no sentir altamente de sí?

Y entró en la casa conversando con él y encontró a muchos reunidos y les dijo: Vosotros sabéis cuán abominable es que un judío se junte con un extranjero o entre en su casa. Advierte cómo al punto habla de la bondad de Dios y les declara que Dios les ha hecho bienes muy grandes. Pero en este paso no sólo es de admirarse que así les hable, sino el que juntamente les platique de cosas sublimes, aunque portándose con modestia. Porque no les dijo: Venimos a vosotros nosotros que nunca nos dignamos acercarnos a nadie. Sino ¿qué?: Vosotros sabéis (como si les advirtiera que Dios lo tenía ordenado) cuán abominable es que un judío se junte con un extranjero o entre en su casa. Pero en seguida, para no hacer consistir en eso el favor, añade: Pero a mí Dios me ha enseñado a no tener por profano o impuro a ningún hombre. Lo dice para no parecer que adula a Cornelio.

Por esto, llamado por ti, sin replicar he venido. Para que no creyeran que, aun cuando se trataba de algo prohibido, él había obedecido y venido a causa de llamarlo un hombre principal, sino que todo lo atribuía a Dios, declara eso de no ser lícito juntarse y menos entrar en la casa de un extranjero. Os pregunto, pues: ¿Por qué razón me habéis hecho llamar? No pregunta porque lo ignore, pues todo lo sabía, instruido ya por la visión; y además lo había oído de los soldados. Pero quiere que se adelanten a declararlo y así queden obligados a dar razón de su fe.

¿Qué responde Cornelio? No le contesta: ¿Acaso no te lo dijeron ya los soldados? Sino advierte cuan mansa y humildemente responde: Hace cuatro días, a esta hora estaba yo haciendo la oración de nona en mi casa, cuando se presentó ante mí un varón todo refulgente y me dijo: Cornelio: ha sido atendida y tus limosnas han subido ante Dios como un sacrificio memorial ¹. Dice: A la hora de nona, orando. ¿Qué significa esto? Yo pienso que Cornelio se había fijado cierto modo más estricto de vivir en esos días. Y por lo mismo dice: Hace cuatro días. Mira qué gran cosa es la oración. Cuando Cornelio adelantó en la piedad, entonces se le aparece el ángel. Un día fue ese en que se le apareció; otro cuando partieron los mensajeros; otro cuando regresaron. Así el cuarto día aparece siendo el segundo después de la oración ². Y he aquí que se presentó ante mí un varón con vestiduras refulgentes. No dice un ángel: ¡tan lejos estaba de la presunción! Y me dijo: Cornelio: ha sido atendida tu plegana y tus limosnas han subido ante Dios como un recordatorio. Envía, pues, mensajeros a Jope y haz

llamar a Simón apellidado Pedro, que se hospeda en la casa de un tal Simón curtidor cerca del mar. Inmediatamente mandé el mensaje. Y tú, haciendo una buena obra, has venido. Ahora, pues, aquí estamos todos en presencia de Dios, prestos a oír todo lo que el Señor te ha ordenado.

Para esto le preguntó Pedro: *¿Por qué razón me hicisteis llamar? Para que Cornelio refiriera el suceso. Y Pedro abrió su boca y dijo* ³. *De verdad he reconocido que Dios no es aceptador de personas; sino que en cualquier nación los que lo honran y obran justicia le son gratos. Es decir ya sean circuncisos o incircuncisos. Lo declara Pablo al decir: No es Dios aceptador de personas* ⁴. *Ahora, pues aquí estamos todos en presencia de Dios. Observa cuán grande fe, cuán grande piedad. Sabía Cornelio que Pedro no decía cosas humanas, puesto que dice: Dios me manifestó. Por lo mismo continúa Cornelio: Estamos presentes para escuchar todo lo que el Señor te ha ordenado.*

¿Cómo es esto? Entonces ¿es acepto a Dios el que vive en Persia? Si es digno será acepto en orden a conseguir el don de la fe. Por tal motivo no despreció ni al eunuco de Etiopía. Pero entonces, instarás: ¿qué decir de los varones religiosos y píos que han sido despreciados? ¡Lejos tal cosa! Ningún hombre piadoso es despreciado por Dios. Porque no es posible, no puede ser, si en realidad es varón religioso. Pues dice: Los que temen a Dios y obran justicia. Y llama justicia al conjunto de todas las virtudes.

¿Ves cómo abate el alto sentir de sí mismo cuando dice: En toda nación que honra a Dios el piadoso es acepto a Dios? Como si dijera: A nadie rechaza; admite a cuantos creen. En seguida, para que no parezca que ellos están entre los rechazados, prosigue: La palabra que envió a los hijos de Israel. Mira cómo les atribuye por ahora la prerrogativa. Y luego los pone como testigos diciendo: Vosotros conocéis lo acaecido en toda Judea; lo que tuvo principio en Galilea a partir del bautismo predicado por Juan. Y que esto sera así lo confirma con lo que sigue: Como Dios ungió de Espíritu de poder milagroso a Jesús de Nazaret. No dijo: Conocisteis a Jesús, pues en realidad no lo habían visto, sino que hace referencia a las obras hechas por Jesús. El cual recorrió el país haciendo el bien y curando a todos los vejados por el diablo. Da a entender aquí que muchas mutilaciones y muchas enfermedades corporales fueron obra del demonio.

Porque Dios estaba con él. De nuevo Pedro se abaja a lo humilde por atemperarse a los oyentes, según yo pienso. Y nosotros somos

*testigos de cuanto hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. Como si dijera nosotros y vosotros somos testigos. Y ellos lo mataron suspendiéndolo de un madero. Aquí proclama la Pasión. A éste, Dios lo resucitó al tercer día y le otorgó que se apareciera, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano escogidos por Dios: a nosotros que con el comimos y bebimos después de su resurrección de entre los muertos. He aquí el supremo argumento y prueba de la resurrección. Y nos ordenó predicar al pueblo, y proclamar que éste es el que por Dios ha sido constituido Juez de vivos y muertos. Grande es también este argumento para demostrar que ellos son fidedignos. Por su parte Pedro trae un testimonio diciendo: De El dan testimonio todos los profetas: que recibe el perdón de sus pecados todo el que cree en El. Aquí se contiene una profecía de lo que luego iba a suceder, y para confirmarla Pedro oportunamente invoca a los profetas como testigos. Pero repitamos ya lo anterior que dijimos acerca de Cornelio. Dice Lucas: *Envió mensajeros a Jope para que llamaran a Pedro*. Estaba persuadido de que vendría y por eso los envió.*

*Y entró en la casa conversando con el centurión. ¿De qué conversaban? Pienso que fue de lo que anteriormente se ha dicho. Y se echó a sus pies en señal de veneración. Mira cómo en todas partes sus palabras están lejos de la adulación, y cómo revelan humildad. Por aquí mismo se manifestó también el eunuco aquel, digno de la predicación, pues dice la Escritura: *Invitó a Felipe a que subiera al coche y se sentara*, aunque no sabía quién era, sino por el solo nombrar al profeta. En cuanto al centurión, incluso se arrojó a los pies de Pedro. ¿Adviertes su sencillez de costumbres?*

Considera en qué forma demuestra Pedro que su venida es obra del Cielo cuando dice: *Vosotros sabéis cómo es cosa prohibida*. ¿Por qué no recurre inmediatamente a la visión del lienzo? Porque estaba muy lejos de la vanagloria. Dice que ha sido enviado por Dios, pero omite el cómo. Sólo lo descubrió cuando fue necesario. Y cuando dijo: *Vosotros sabéis cómo es cosa prohibida que un judío se junte con un extranjero y aun que entre en su casa*, igualmente estaba lejos de la vanagloria. Y al decirlo trae como fianza de veracidad el parecer mismo de ellos.

¿Qué dice Cornelio? *Estamos en presencia de Dios, prestos a escuchar todo lo que el Señor te ha ordenado*. No dijo en presencia de un hombre, sino de Dios, declarando que en esa forma debemos acercarnos a los siervos de Dios. ¿Habéis advertido lo elevado de su

mente? ¿Habéis advertido cuán digno era de todo lo que sucedía? Y Pedro, abriendo su boca, dijo: *En verdad he reconocido que Dios no es aceptador de personas*. Lo decía para justificarse delante de los judíos que estaban presentes. Puesto que luego ha de comunicar todo con los judíos, echa por delante su propia defensa.

Pero ¿qué? ¿Acaso anteriormente era Dios aceptador de personas? ¡Lejos tal cosa! Era antes como es ahora. *Todo el que teme a Dios y obra justicia, le es acepto* ⁵. Es lo que Pablo escribe diciendo: *Cuando los paganos que no tienen la Ley cumplen los preceptos de la Ley* ⁶. Establece un dogma y una ley práctica. Pues si no desechó a los Magos ni al etíope, ni al ladrón, ni a la meretriz, con mayor razón no desechará a quienes obran justicia y tienen buena voluntad. Preguntarás: pero ¿qué si los que no creen son mansos y humildes? Tú mismo juzgaste por qué son desechados: porque no quieren creer. Por otra parte manso y humilde se entiende de aquel que obra justicia, o sea que en todas sus obras es acepto, y es tal y tan temeroso de Dios como se debe. A semejante hombre sólo Dios lo conoce. Mira cómo Cornelio fue acepto: al punto en que oyó inmediatamente obedeció.

Dirás que aún ahora si viniera un ángel nadie dejaría de creer. Pues bien: mayores prodigios se verifican ahora que los de entonces, y sin embargo muchos no creen. Comenzo luego Pedro la instrucción, pero guardando a los judíos su decoro. *El Verbo que envió Dios a los hijos de Israel anunciando la paz, ese es el Señor universal*. Habla en primer lugar del dominio de ese Verbo, y lo hace en forma muy elevada, pues había ocasión para ello, puesto que hablaba a un hombre principal, elevado en su alma y que ardientemente anhelaba recibir todo cuanto Pedro le transmitiera. Este, demostrando que Jesús era el Señor universal, añade: *Al cual envió para anunciar*, es decir para llamar a participar de bienes y no para condenar.

Pasa luego a declarar cómo el Verbo fue enviado primeramente a los judíos, y lo demuestra por todas las obras que Jesús llevó a cabo en favor de ellos. *Vosotros sabéis lo acaecido en Judea* y, lo que es admirable, *comenzando de Galilea después del bautismo predicado por Juan*. Habla primero de sus obras y luego ya confiadamente indica su patria: *Jesús de Nazaret*. Sabía que la patria misma los escandalizaba. *Cómo Dios lo ungió de Espíritu Santo y de poder y de milagros*. Y de nuevo lo prueba. Pues para que nadie dijera ¿como se pone eso de manifiesto?, añade: *El cual recorrió el país haciendo el bien y curando a todos los atormentados por el demonio*. Juntamente

con los bienes que hizo declara cuán grande fue su poder; porque sin duda hubo de ser inmenso, ya que derrotó al demonio. Se pone además el motivo: *Por cuanto Dios estaba con el*. Por lo cual los mismos judíos decían: *Conocemos que eres un Maestro enviado por Dios. Porque nadie podría hacer los milagros que tú haces si no le asistiera Dios*⁷.

Una vez que ha demostrado el haber Jesús venido de Dios, finalmente declara que fue muerto, para que nada absurdo vayas a imaginar. ¿Observas cómo los Apóstoles nunca ocultan la crucifixión? Y aun dicen cómo fue crucificado, añadiendo esto a todo lo demás. *Al cual dieron muerte colgándolo de un madero. Y le otorgó que se apareciera, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano escogidos por Dios, a nosotros*. Cristo los escogió, pero Pedro lo atribuye a Dios. *Escogidos de antemano*. Advierte por dónde prueba la Resurrección: por el hecho de comer con Cristo. ¿Por qué Cristo, una vez resucitado, no hizo ningún milagro, sino que comía y bebía? Fue porque no había prueba mayor de la Resurrección que el comer y beber.

Para dar testimonio. Palabras de terror, para que no pudieran excusarse con la ignorancia. Y no dijo: Este es el Hijo de Dios, sino lo que más podía infundirles terror: *El es el que por Dios ha sido constituido Juez de vivos y muertos*. Síguese un poderoso argumento tomado de los profetas, pues éstos eran tenidos en gran estima: *De El dan testimonio todos los profetas*. Después de infundirles temor, acude con el perdón, no anunciando por Pedro, sino por todos los profetas: de manera que lo terrible salía de la boca de Pedro y lo suave de la boca de los profetas.

En consecuencia, os ruego a todos los que habéis alcanzado este perdón, a cuantos habéis conseguido la fe, que, pues habéis conocido la grandeza del don, procuréis con empeño no injuriar al Bienhechor. Hemos alcanzado el perdón, pero no para que nos tornemos peores, sino mucho mejores y más excelentes. Que nadie diga ser Dios la causa de los males, por el hecho de que no castiga, de que no impone penas. Dime: si un príncipe perdonara a un asesino que hubiera sido aprehendido ¿se le puede tener como causa de los siguientes asesinatos que el capturado cometiera? ¡De ningún modo! ¿Cómo es pues que no tememos ni nos espantamos cuando nos atrevemos a injuriar a Dios con lengua impía? Porque ¿qué no dicen, qué no murmuran algunos? Afirman: sí, Dios lo ha permitido; pero lo conveniente era no honrar a quienes son dignos de castigo, no coronarlos, no conce-

derles prelaturas, sino imponerles penas y sancionados. Dios, por el contrario, los honra, y así los torna más perversos.

¡No, os ruego! ¡que ninguno de nuestros fieles profiera semejantes expresiones! Sería preferible ser sepultados infinitas veces, antes que escuchara Dios tales blasfemias de labios nuestros. Los judíos le decían: *Tú que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo*; y también: *Si eres el Hijo de Dios baja de la cruz* ⁸. Pero eso otro es mucho peor. Así pues, que no demos nosotros ocasión de que por causa nuestra se le llame autor del pecado, ni nos hagamos reos de castigo por semejantes blasfemias. Porque dice: *A causa de vosotros mi nombre es blasfemado entre las gentes* ⁹. Esforcémonos en que se diga todo lo contrario, llevando una vida digna de nuestra vocación y acerquémonos al bautismo para obtener la adopción de hijos.

Grande es en verdad la virtud que tiene el bautismo, pues cambia en otros a los que de él participan: no permite que el hombre sea ya hombre. Haz que los gentiles crean ser grande la virtud del Espíritu Santo y tal que cambia y transforma. ¿Por qué te esperas hasta el último aliento a la manera de un fugitivo, a la manera de un criminal, como si no debieras vivir para Dios? ¿Por qué pareces ser un hombre que tiene un Señor cruel e inhumano? ¿Qué hay más frío, qué más miserable que quienes así reciben el bautismo?

Amigo suyo te hizo Dios y te colmó de bienes para que a tu vez te portes como debe portarse un amigo. Dime, si tú hubieras colmado de injurias e infinitos oprobios a alguno, pero luego ése, cayendo tú en sus manos, te honrara y te hiciera partícipe de todos sus bienes y como recompensa de tus injurias te coronara en el círculo de sus amigos y afirmara tenerte por verdadero hijo y luego muriera de repente ¿no estimarías su muerte como un daño para ti? ¿No exclamarías preferir que él viviera para de alguna manera poder corresponderle y no parecer ingrato con tu bienhechor? En esa disposición de ánimo te encuentras respecto de los hombres; y en cambio cuando se trata de Dios ¿cuidas de morir en tal tiempo en que ya no puedes recompensar de algún modo al dador de tan grandes beneficios?

¡Acércate cuando puedes corresponderle por igual! ¿Por qué hu-yes? confiesa ser así la verdad, pero arguyes: Es que no puedo absterme de pecar. Entonces ¿Dios ha ordenado cosas imposibles? Por esos subterfugios se ha perdido todo; por aquí el mundo se encuentra corrompido, pues nadie cuida de vivir según Dios. Apoyados en eso los catecúmenos, para nada se cuidan de llevar una vida correcta; y de

los ya iluminados, unos porque recibieron el bautismo siendo aún niños, otros porque lo iban difiriendo y finalmente lo recibieron cuando estaban enfermos, pues no tenían empeño en vivir según Dios, tampoco lo tienen ahora. Y los que en plena salud recibieron el bautismo tampoco se preocupan con empeño en demostrar semejante anhelo: momentáneamente fueron fervorosos, pero luego ellos mismos apagaron la llama del fervor.

¿Es que si así procede ya no podrás negociar? ¿Es porque te separo de tu mujer? Sólo te separo de la fornicación. ¿Es que te quito el uso de los dineros? Unicamente te aparto de la avaricia y de la rapiña ¿Te obligo acaso a que todo lo des de limosna? Sólo te ordeno que des un poco de tus bienes a los necesitados. Pues dice Pablo: *Vuestra abundancia sirva para aliviar la escasez de los otros* ¹⁰. Pero... ni aun así te persuadimos. ¿Te obligamos acaso a que ayunes? Sólo reprimimos tu embriaguez y tu gula. Cortamos únicamente lo que para ti es vergonzoso: cosas que tú mismo confiesas, al igual que nosotros, que se deben huir y odiar antes de que venga la gehenna. ¿Te alejo acaso del placer y del goce? ¡Sí, por cierto! ¡Te aparto del que es torpe e indigno!

¿Qué temes, de qué tiemblas? En donde queda el martirio, en donde queda el uso de las riquezas, en donde hay moderación en los alimentos, ¿qué ocasión de pecado puede existir? Lo contrario te ordenan los que te son extraños, y sin embargo se les obedece. No exigen parte de lo que posees, sino que dicen: Debes pagar tanto. Si les alegas tu pobreza, no por eso desisten. No procede así Cristo. El dice: Ellos te dicen: Si anhelas ser esclarecido, abandona padre, madre, parientes, domésticos y preséntate en el palacio del Rey y entrégate al trabajo, a la miseria, a la esclavitud y males y aflicciones sin cuento. Cristo no procede así.

Cristo te dice: Permanece en tu casa con tu mujer y tus hijos y ordena tu vida de tal modo que vivas en paz y sin peligros. Instarás: en verdad, pero ellos prometen riquezas. Sí, mas Cristo te prometo un reino y juntamente con el reino, riquezas. Pues dice: *Buscad el reino de los cielos y las demás cosas se os darán por añadidura* ¹¹. Aquél no te promete nada por adelantado; éste te hace un anticipo, pues dice: *Fui joven y ya soy anciano, y nunca vi al justo abandonado ni a su linaje mendigando el plan* ¹². Comencemos, pues; demos comienzo a la virtud; apliquémonos a ella sola, y verás cuántos bienes te vienen. ¿Acaso en las cosas mundanas te ocupas sin trabajo tú, que en las de

la virtud tan muelle te presentas? Dirás que así es la verdad: que en aquéllas te ocupas pero sin trabajo: pero en estas otras con trabajos. ¡Quita allá! ¡No es así! ¡No, en forma alguna! Si hemos de decir la verdad, aquéllas son las trabajosas y de grandes sudores; estas otras, si queremos, fácilmente se realizan.

Os ruego que no nos alejemos de los divinos misterios. No mires a sí aquel que fue iluminado antes que tú se ha tornado perverso y ha perdido la buena esperanza, para que no te vuelvas desidioso. Entre los militares vemos a unos que desempeñan flojamente la milicia y a otros que en ella sobresalen. Pero no nos fijamos en los desidiosos, sino que emulamos a los que son esclarecidos. Considera, por otra parte, cuántos hombres se han tornado ángeles después del bautismo. Teme también lo incierto del tiempo futuro. Vendrá la muerte como un ladrón nocturno; y no sólo com ladrón, sino que nos acometerá estando dormidos y nos arrebatará estando descuidados. Por tal motivo dejó Dios incierto lo futuro, para que vivamos entregados a la virtud, por lo incierto de la muerte que esperamos. Dirás que el Señor es clemente. Pero ¿hasta cuándo continuaremos repitiendo esa fría y ridícula expresión? Yo no solamente afirmo que Dios es benigno y me quedo en eso, pues más aún añadido que nadie hay más benigno que El y que maneja nuestras cosas siempre para utilidad nuestra. Pero tú mismo has visto a muchos padecer elefantías durante toda su vida ¹³, a otros, ciegos desde su niñez hasta la ancianidad; a otros que cegaron más tarde; a otros que viven en pobreza; a otros, entre cadenas; a otros, condenados a las minas; a otros, que quedaron en ellas sepultados; a otros, muertos en la guerra. Todo eso ¿acaso proviene de la benignidad de Dios? ¿No habría podido El impedirlo, si lo hubiera querido? Y sin embargo, lo permitió.

Dirás ser así verdad, pero insistirás diciendo: ¿por qué algunos no son ciegos desde su infancia? ¡No te lo diré hasta que me prometas que serás iluminado y que una vez iluminado ordenarás tu vida conforme a la virtud! No hay para qué resolverte ahora esa cuestión, pues no es el discurso para deleite. Por otra parte, aun cuando te lo resuelva ahora, hallarás en seguida otra pregunta, pues la Escritura es un abismo de cuestiones. En conclusión, no sólo no os acostumbréis a andar buscando soluciones, sino en absoluto para nada buscarlas; pues de otra manera tus preguntas nunca tendrán término. Si me pongo a contestarte ésa, abriré camino a una tempestad de infinitas cuestiones. Por lo mismo mejor aprendamos a no investigar, que no a resolver

todas las cuestiones. Aun cuando las resolviéramos, no les daremos una solución definitiva. Raciocinando humanamente, veremos que la solución pertenece a la fe: es a saber, consiste en conocer que Dios todo lo hace justamente, bondadosa y útilmente; y que nosotros no podemos comprender sus motivos. Es esta la única solución, y no hay otra mejor.

Porque yo pregunto: ¿qué solución hay? No investigar lo que ya quedó resuelto. Si de esto te persuades, o sea de que la divina Providencia todo lo maneja; y que permite unas cosas por motivos que ella sabe; y lleva a cabo otras y las ordena lo mismo, quedarás libre de toda cuestión, y habrás alcanzado el fruto de esa resolución. Pero... volvamos a lo propuesto. Ya que ves a tantos otros en padecimientos y que Dios así lo permite, aprovéchate de la salud de tu cuerpo para la salud de tu alma. Preguntarás: pero ¿para qué necesito yo de trabajos y miserias, cuando puedo lograrlo todo sin trabajos mediante el bautismo tardíamente recibido? No es eso cosa clara. Porque puede suceder que no sólo no logres eso de sin trabajos y miserias, sino que incluso mueras cargado de todas tus culpas. Por lo demás, aun cuando estuviera cierto de lo que dices, en forma alguna puede soportarse. Se nos ha colocado en el campo de la batalla; están a la mano las armas de oro. Y cuando lo propio sería tomarlas y manejarlas, ¿prefieres tú ser salvo sin gloria y sin obras buenas?

Dime: si amenazara la guerra y estuviera presente el Rey y vieras que los demás se lanzan en mitad de las falanges matando y cubriendo de heridas a infinitos enemigos; y a otros bajando a singulares combates; y a otros acometiendo; y a otros saltando a los corceles; y oyeras que el Rey los alaba y que son admirados y se les recibe entre aplausos y son coronados, mientras que a otros que prefirieron evitar el padecer y así permanecieron en las últimas filas, se les trata al contrario; y vieras que terminada la guerra unos eran citados honoríficamente y colmados de dones excelentes y ensalzados, mientras que de otros ni los nombres se pronunciaban, sino que recibían como recompensa únicamente el estar sanos: ¿de cuál de ambas clases y número querrías ser tú? Aun cuando fueras de piedra y más insensible que los irracionales y más desidioso que los seres inanimados, ¿acaso no optarías millares de veces por ser del número y clase de los primeros?

Yo creo que sí; y eso os pido, eso os suplico. Aunque fuera necesario sucumbir en la lucha, ¿acaso no era preferible escoger con

entusiasmo lo primero? ¿No adviertes cuán preclaros, cuán gloriosos son los que en semejantes luchas sucumben? Y por cierto, éstos, tras de su muerte, ya no pueden ser honrados por el Rey. Pero en el combate espiritual nada de eso sucede, sino que perfectamente brillarás si vas cubierto de cicatrices. Ojalá todos nosotros podamos mostrarlas, aun cuando no haya persecuciones, en Cristo Señor nuestro, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Puede verse en Lev. II, 2 lo que era el sacrificio memorial. Nótese que el Santo en su texto añade a la oración de Cornelio el gerundio, o sea, ayunando, que no aparece en el texto de la edición griega, y es una variante.
2. No aparece clara la cuenta que el Santo propone para explicar lo de los cuatro días.
3. Ya han advertido los autores, que en el texto bíblico hay una “indicación difícil” cronológica, o mejor aún: que se trata aparentemente de dos indicaciones de tiempo distintas, con las que se quiere significar “tres días”.
4. Llamam los autores a este discurso de Pedro “el último gran discurso” suyo en los Hechos. Algunos autores de nota creen que básicamente este discurso “es una composición luchana”, que “en realidad nada tiene que ver con el tema del episodio” de Cornelio; y que sigue el esquema de otros discursos de Pedro y Pablo. Véase, vg., el Comentario Bíblico “San Jerónimo”.
5. Rom. II, 11.
6. Rom. II, 14.
7. Juan III, 2.
8. Mat. XXVII, 40.
9. Rom. II, 24.
10. II Cor. VIII, 14.
11. Mat. VI, 33.
12. Salmo XXXVI, 25.
13. Llamaban así los antiguos a una enfermedad que ponía la piel denegrida y arrugada como la del elefante.

HOMILIA XXIV

Estaba aún Pedro pronunciando este discurso, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la predicación. Y se maravillaron los fieles procedentes de la circuncisión que habían venido con Pedro de que también sobre los gentiles se hubiera difundido la gracia del Espíritu Santo, pues los oían hablar en lenguas y glorificando al Señor.
(Hechos X, 44-46)

ADVIERTE LA PROVIDENCIA DE DIOS: no esperó a que Pedro terminara su discurso ni a que por mandato de éste fueran bautizados, sino que, pues mostraban su mente admirablemente preparada y habían ya comenzado su instrucción y habían creído que el bautismo lleva consigo el perdón de los pecados, vino sobre ellos el Espíritu Santo. Y todo lo proveía Dios para que Pedro tuviera una excelente defensa.

Y no sólo reciben el Espíritu Santo, sino que hablan en lenguas, cosa que dejó estupefactos a los fieles que habían ido con Pedro. ¿Por qué se dispone así éste negocio? Por causa de los judíos. Puesto que todo ello les resultaba odioso, todo lo hace aquí Dios. Pedro está presente como de casualidad, enseñando de este modo ser necesario que finalmente los judíos se mezclen con los gentiles y que por el bien de éstos conviene que así se haga. No te extrañes. Pues si después de esto todavía en Cesarea y en Jerusalén se levantó tan viva discusión, ¿qué hubiera sido si esto no hubiera precedido?

Por tal motivo suceden aquí las cosas de un modo singular. Mira cómo Pedro en seguida, aprovechando la oportunidad se defiende. Y que en seguida haya de defenderse de este paso, oye cómo lo refiere

el evangelista Lucas: Entonces Pedro tomó la palabra; y poniendo en su punto las cosas, dijo: *¿Puede acaso negarse el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?* Mira hacia dónde orientó el negocio y cómo anhela llevarlo a cabo. Lo que demuestra que ya de tiempo atrás era él de ese parecer.

¿Puede negarse el agua del bautismo? Palabra es ésta propia de quien casi acomete a quienes quisieran impedirlo y alegarán no ser conveniente. Como si les dijera: Ya se ha realizado todo lo que más se necesitaba, o sea el bautismo de fuego con que nosotros fuimos bautizados. *Y ordenó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo.* Tras de haberse defendido ordenó que los bautizaran, adoctrinando así a los judíos con los hechos: ¡tan odioso era aquello para ellos! Por tal motivo Pedro primeramente se justifica, aunque ya los sucesos mismos daban clamores, y después ordenó.

Luego le rogaron que permaneciera con ellos por algunos días. Con esto Pedro permanece allí, con todo derecho y confiadamente. *Y oyeron contar los Apóstoles y los hermanos que vivían en Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Y cuando Pedro subió a Jerusalén, discutían con él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué entraste en la casa de los incircuncisos y comiste con ellos?* Después del suceso, *discutían los que eran de la circuncisión, no los Apóstoles.* ¿Pero qué significa: *discutían*? Es como si dijera que no poco se escandalizaban.

Advierte qué es lo que objetan. No lo dicen: *¿Por qué les predicaste?* Sino: *¿Por qué comiste con ellos?* Pedro, por su parte, no se detiene en esa expresión sin importancia, pues de verdad que era una palabra fría, sino que entra en el gran suceso y les dice: Si ellos habían recibido el Espíritu Santo ¿por qué no les había de conceder eso? Mas ¿cómo es que no se escandalizaron cuando lo de los samaritanos, sino al contrario, ni antes ni después de que éstos fueran bautizados se escandalizaron? Y no sólo no se encolerizaron sino que además les enviaron a Pedro y a Juan a lo mismo. La diferencia está en que acá no reprenden el hecho mismo, pues sabían que había sido obra de la Gracia. Lo que dice es: *¿Por qué comiste con ellos?* Por otra parte, también había una diferencia grande, inmensa entre samaritanos y gentiles. O quizá fue disposición de la divina Providencia que Pedro fuera acusado, para que ellos quedaran enseñados; porque Pedro, no sin motivo, refirió todo lo que había sucedido.

Observa cuán lejos se halla de la ostentación y la vanagloria. Pues dice el evangelista Lucas: *Entonces Pedro comenzó a hablar y les*

exponía los acontecimientos un por uno, y decía: Me hallaba yo en la ciudad de Jope haciendo oración. No declara con qué ocasión o motivo. Y fuera de mis sentidos, tuve una visión. Descendía un objeto a manera de lienzo grande, que cogido por los cuatro cabos era descolgado desde el cielo y fue puesto delante de mí. Yo lo miraba atentamente; y vi en él cuadrúpedos de la tierra, fieras y reptiles y aves del cielo. Y oí también una voz que me decía: Pedro: levántate y mata y come. ¿Qué quiere decir con esto? Es como si les dijera: Bastaba con haber visto el lienzo para persuadirse de lo que he hecho, pero además vino aquella voz. Yo respondí: ¡Eso no, Señor! Pues jamás entró en mi boca nada profano o impuro.

¿Lo adviertes? Es como si dijera: Hice lo que estaba de mi parte, pues respondí: ¡jamás he comido eso! Esta es la respuesta a lo que ellos le acusaban: Entraste a casa de los gentiles y comiste con ellos. Esto no se lo dijo Pedro a Cornelio porque no era necesario. Segunda vez me dijo la voz del cielo: Lo que Dios declaró puro, no lo llares tú impuro. Y esto se repitió por tres veces. Y todo fue retirado al cielo. Al momento se presentaron tres hombres en la casa en donde me hallaba, enviado a mí desde Cesárea. Refiere lo que era necesario y calla lo demás; y mediante lo referido prueba haber estado bien hecho lo sucedido. Advierte cómo se justifica sin usar de su autoridad de maestro, pues sabía que con cuanta mayor modestia hablara tanto mejor los persuadiría, y acogerían lo que les dijera. Dice: Nunca ha entrado en mi boca nada profano o inmundo. Quedaba así establecida la defensa de todos aquellos procederes.

Y al momento se presentaron tres hombres en la casa en donde me hospedaba. Y el Espíritu Santo me dijo que fuera con ellos sin vacilar. ¿Adviertes cómo el establecimiento de la Ley depende del Espíritu Santo? Y vinieron conmigo también estos seis hermanos. ¿Quién más humilde que Pedro? También aquí echa mano del testimonio de los hermanos. Y vinieron conmigo estos seis hermanos y entramos en la casa de aquel varón. El nos refirió que había visto a un ángel que se presentó en su casa y le dijo: Envía a Jope a que llamen a un tal Simón, apellidado Pedro. El te enseñará la doctrina por la que tú seas salvo y toda tu familia. No relató lo que el ángel había dicho a Cornelio: Tus oraciones y limosnas han subido ante Dios, como un sacrificio memorial, para no escandalizarlos; sino únicamente refiere las palabras que nada grande contenían.

El te enseñará la doctrina por la que seas salvo tú y toda tu familia. ¿Adviertes cómo se apresura en su narración por el motivo

que ya dije? Nada dice de la mansedumbre de Cornelio. De modo que, en resumen, eviándolo el Espíritu Santo, ordenándolo Dios, llamado por un ángel, urgiéndolo y suprimiendo el ángel todas las diferencias ¿qué podía Pedro hacer? Pero nada de eso dijo, sino que lo confirma todo con lo que se siguió, que al mismo tiempo era un testimonio fehaciente.

Preguntarás: ¿por qué no bastó con eso que se siguió? Lo hizo Dios para mayor abundancia y para demostrar que semejantes comienzos no son obra del Apóstol ni propios de Pedro. Si Pedro de sí mismo hubiera ido a Cesárea y nada de lo demás hubiera acontecido, los judíos se habrían escandalizado sobremedida. Pero Pedro desde el principio se capta la benevolencia diciéndoles: *Los que recibieron el Espíritu Santo lo mismo que nosotros*. Y luego: *Cuando comenzaba yo a hablar descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como también sobre nosotros al principio*. Y no contento con esto recurre a la palabra del Señor: Entonces me acordé de la palabra que dijo Jesús: *Juan ciertamente os bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo*.

De modo que no sucedió nada nuevo, sino lo que Jesús había predicado. Dirás que no convenía ya bautizarlos, pues bautismo perfecto se había realizado con la venida sobre ellos del Espíritu Santo. Pues bien, precisamente por esto no dice Pedro: Ordené que primero fueran bautizados, sino ¿qué?: *¿Quién puede negar el agua del bautismo a éstos para que no sean bautizados?*, declarando de esta manera que él nada hizo de por sí: lo que nosotros teníamos también ellos lo recibieron. *Si pues Dios les hizo a ellos la misma dádiva que a nosotros que creímos en el Señor Jesús, ¿quién era yo para oponerme a Dios?* Para reducirlos al silencio con mayor abundancia, añade: *La misma dádiva*.

¿Adviertes cómo no permite que se considere inferiores a quienes una vez habían creído? Dios les concedió una dádiva igual que a nosotros que creímos en el Señor, de manera que por aquí los justifica y defiende. Y no dice: a vosotros, sino: *A nosotros*, suavizando así sus expresiones. Como si les dijera: ¿Por qué, pues, os indignáis, siendo así que nosotros mismos nos decimos participantes de ese don?

Habiendo oído estas cosas se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: De modo que también a los gentiles les ha dado Dios la conversión y penitencia para obtener la vida. ¿Adviertes cómo todo lo ha logrado el discurso de Pedro con referirse fielmente lo que había

acontecido? Por lo cual glorificaron a Dios, que también a los gentiles había concedido la conversión: ¡tan humillados quedaron con aquellas palabras! Y finalmente, por aquí se abrió la puerta a los gentiles. Pero si os parece repitamos lo anterior. No dice Lucas: Pedro discutía, sino *los circuncisos*; porque sabía bien Pedro lo que se le preparaba. Convenía admirarse de que los gentiles hubieran creído; pero esto a los circuncisos no los inmutó cuando lo supieron, sino que se inmutaron cuando Dios les dio a los gentiles su Espíritu, cuando Pedro les refirió la visión que tuvo diciéndoles: Dios me manifestó que no debía llamar a ningún hombre profano ni impuro. De modo que Pedro ya sabía eso de antemano. Por lo mismo preparó su discurso para demostrar que en llegando la fe ya no había distinción entre gentiles y judíos.

En consecuencia no es cosa admirable que recibieran el Espíritu Santo, ya antes del bautismo. Declara por aquí Pedro que esos gentiles fueron bautizados no como los otros fieles sino en una forma más excelente. Por tal motivo dispone un discurso con abundancia de pruebas para que no puedan decir nada, sino que tengan a los gentiles como iguales. *Y le rogaron que se quedara*. ¿Adviertes por aquí cómo aquellos judíos no trataban a Pedro con familiaridad y cuán grande celo tenían de la Ley? No reverenciaron la dignidad de Pedro, ni tuvieron en cuenta los milagros por él obrados, ni la buena obra que se veía patente por su discurso, sino que le discutían aquella otra minucia sin importancia. Ciertamente que si nada de lo referido hubiera tenido lugar, a ellos no les habría bastado con la buena obra.

Pero Pedro no se justifica por ese camino, pues era varón prudente. Más aún, sus palabras no procedían de humana prudencia, sino del Espíritu Santo. En toda su actuación demuestra no ser él quien se defiende, sino Dios quien lo defiende. Y casi parece decirles: Fue Dios quien hizo que yo cayera en éxtasis, pues yo con sencillez oraba; fue Dios quien me hizo ver aquel lienzo, yo en cambio lo contradecía; y también: yo aún así no obedecí. Pero *el Espíritu Santo me ordenó ir*. Y cuando fui, no iba apresurado; y declaré que Dios me enviaba, y luego ni aún así los bauticé, sino que todo lo fue haciendo Dios. En realidad no fue yo quien los bauticé, sino Dios.

Tampoco dijo: Después de todo eso, ¿acaso no convenía añadir el bautismo con el agua? Sino que, como si ya nada faltara, dice: *¿Quién era yo para oponerme a Dios?* ¡Por el cielo! ¡vaya una bella defensa! No les dijo: Ahora que ya sabéis estas cosas, estad tranquilos: sino ¿qué? Afronta la acometida, y cuando ellos lo acusan él se justifica

diciendo: *¿Quién era yo para oponerme a Dios?* Se defiende con vehemencia y mucho peso de razones. Como si dijera: Me era imposible prohibir el bautismo. Con esto finalmente llenos de pavor se mantuvieron en quietud y dieron gloria a Dios.

Conviene que del mismo modo nosotros glorifiquemos a Dios en los bienes que el hace a los prójimos, y que no prorrumpamos en insultos, como sucede con muchos de los recién iluminados, que se desatan en insultos al ver que también otros son iluminados, y en seguida mueren. Es necesario glorificar a Dios también porque a esos mismos les concede no vivir más ni permanecer acá. Tú, si quieres, habrás recibido un don mayor, no por el hecho de ser iluminado, pues esto el que muere lo tiene común contigo, sino porque se te ha dado tiempo para que ejercites las buenas obras. A ese otro, aunque vistió la estola cándida, no se le dio tiempo para hacerse notable por sus obras preclaras, mientras que a ti Dios te ha concedido la posibilidad de usar como conviene esa armadura y así tener acá experiencia de ella. El otro que muere en seguida sólo tiene la recompensa de la fe, mientras que tú quedas en el estadio y puedes recibir numerosas recompensas por tus buenas obras; y así aparecer tanto más radiante que el otro, cuanto lo es el sol respecto de la última de las estrellas, cuanto lo es el capitán más que el ínfimo soldado; o mejor dicho tanto como lo es el Rey mismo.

En consecuencia, repróchate a ti mismo. O mejor aún, no te reproches, sino más bien enmiéndate continuamente. Porque no basta con las recriminaciones cuando se puede reemprender el combate. ¿Fuiste derrocado? ¿Sufriste graves heridas? Levántate de nuevo, rehazte, aún estás en el estadio; aún están presentes los espectadores. ¿No ves cuántos, derrocados en la lucha, de nuevo emprendieron el combate? Lo único que importa es que tú mismo no te dejes caer voluntariamente: ¿Juzgas feliz al que murió? Pues mejor llámate a ti feliz. ¿Quedó él libre de los pecados? Pero tú, si quieres, no únicamente lavarás tus culpas, sino que tendrás buenas obras, cosa que aquel ya no puede hacer. Está en nuestra mano excitarnos nuevamente al combate.

Grandes remedios contiene la conversión: ¡que nadie desespere! Digno de desesperación lo es solamente el que desespera, ya que no le queda en absoluto esperanza de salvación. No es tan grave caer en el abismo de los males, como luego quedarse allí caído. No es cosa impía caer en el abismo de los males, sino, una vez caídos, tenerlo

todo en nada. Pregunto yo: ¿de modo que cuando convenía que más solícito anduvieras es cuando menos haces caso? ¿Caíste traspasado de tantas heridas? Pues bien, no hay herida del alma que sea incurable. En el cuerpo sí hay muchas incurables: en el alma, ninguna. Y sin embargo no desistimos de curar las del cuerpo con diligencia, mientras que descuidamos las del alma. ¿No has advertido en cuán breve tiempo llevó a cabo preclaras hazañas el buen ladrón? ¿No adviertes cómo los mártires en breve tiempo completaron su obra? ¿Es que ya no hay tiempos de martirios? Pero hay tiempo de combate, si queremos, como muchas veces tengo dicho. Pues dice la Escritura: *Los que quieren vivir religiosamente en Cristo, serán perseguidos* ¹. Los que viven piadosamente siempre padecen persecución, si no de parte de los hombres, seguramente de parte de las potestades perversas y el demonio, persecución que es más dura aún.

Desde luego sufren esta última los que viven en desidia y no vigilan. ¿Te parece acaso persecución pequeña eso de vivir en desidia? Gravísimo es eso. Es persecución más dura y peor que la persecución corporal. La desidia torna muelle al alma, a la manera de una mala fluxión permanente. La incuria y la persecución vienen siendo como el invierno y el verano. Y para que más claro veas que esta persecución es peor, dedúcelo de lo siguiente. La desidia echa en el alma un sopor, le causa fluctuaciones, y grandes negligencias, suscita todas las pasiones, arma la presunción, arma la volupuosidad, la ira, la envidia, la vanagloria, la emulación.

En cambio, en la persecución corporal nada de eso llega a conturbar. Al revés: el temor que se echa encima a la manera de un azote que descarga sobre un perro que ladra, impide que aun comience a gruñir. En una persecución ¿quién puede dejarse llevar de la vanagloria? ¿quién va a vivir entregado a los placeres? ¡Nadie! Hay entonces temores y miedos grandes pero que causan suma tranquilidad, preparan un puerto con un cielo azul, y tornan piadosas las almas. Escuché en alguna ocasión de boca de nuestros prelados lo que no deseo que suceda en nuestros días, pues se nos ordena no pedir la tentación; y fue que antes, cuando había persecución, se veían varones verdaderamente cristianos. Ninguno se cuidaba de las riquezas, ni de la esposa, ni de los hijos, ni de la familia, ni de la patria: ¡todos no tenían otra preocupación que salvar el alma!.

Unos se ocultaban en los sepulcros y tumbas; otros en los desiertos. Y no sólo los varones sino también las mujeres tiernas y delicadas se ocultaban entonces, luchando con el hambre perpetua. Piensa lo

que era una mujer ocultándose en un sepulcro y esperando que su sierva le llevara la cena, temerosa de ser capturada. Sentada se hallaba en la tumba como en mitad de un horno. Piensa si acaso tendría algún anhelo de galas o de placeres, o si acaso pensaba siquiera en que tales placeres existen, ni en que hubiera mundo y orbe de la tierra.

¿Adviertes sin embargo cómo hay mayor persecución cuando nos acometen las pasiones a la manera de feroces bestias? Por cierto que actualmente hay una ruda persecución, al mismo tiempo en que se piensa que no hay persecución. Esta guerra tiene eso de gravísimo: ¡nadie teme, nadie tiembla! Si no lo creéis, preguntad a los mismos perseguidores gentiles cuándo iba mejor la vida cristiana y cuándo los cristianos se mostraban más preclaros. Eran éstos entonces menores en número, pero había tesoros grandes de virtudes. Y pregunto: ¿qué utilidad se saca de que abunde el heno cuando es posible poseer piedras preciosas? Todo se estima, no por la cantidad, sino por el valor y brillo de las virtudes.

Un solo Elías había, y el mundo no era digno de él; y eso que el mundo abarcaba muchos miles de hombres. Pero a la verdad, no son miles cuando no pueden equipararse ni a uno solo. *Mejor es uno que hace la voluntad de Dios que mil perversos*. Y lo mismo da a entender el sabio al decir: *No anheles muchedumbre de hijos impíos* ². Semejantes cristianos más suscitan blasfemias contra Dios que si no fueran cristianos. ¿Para qué necesito yo de la muchedumbre? No sirve sino para más abundante alimento del fuego. Aun en las cosas corporales lo conocerás. Así mejor es el alimento moderado con salud, que placeres con dolor. Aquello alimenta más; aquello es de verdad alimento; eso otro es enfermedad. Y lo mismo verás en las guerras. Mejores son diez guerreros valerosos y peritos en el combate que infinitos sin pericia. Pues éstos, aparte de que nada hacen, impiden a los que de verdad hacen. Y lo mismo es en una nave: mejores son dos marinos peritos que toda una turba de inhábiles: éstos pronto echarán a pique la embarcación.

Y no digo esto porque me falte amor a vuestra multitud, sino que quisiera que todos fuerais virtuosos y que no os fiarais de vuestro número. Muchos más son los que van a la gehenna; pero mucho más valen los que van al Reino, aun cuando cuente con pocos. La multitud del pueblo era como la de las arenas del mar, pero fue uno solo el que la salvó. Uno era Moisés y pudo más que todos. Uno era Josué y pudo más que seiscientos mil. Procuremos no únicamente que sean muchos los cristianos, sino —y mucho más— que sean preclaros. Cuando sean

preclaros luego serán muchos en número. Nadie intenta al edificar una casa que antes que nada sea espaciosa y amplia, sino que procura en primer lugar que esté firme y sea resistente y en segundo lugar que sea espaciosa; puesto que nadie pone tales fundamentos que luego sea objeto de burla.

Busquemos primeramente ser preclaros cristianos y en segundo lugar ser muchos: si lo primero se consigue, ya lo segundo será fácil. Pero si aquello primero no se consigue, aun cuando haya lo segundo, no tiene utilidad. Si en la Iglesia hay cristianos esclarecidos, pronto crecerá el número: pero si éstos faltan, nunca habrá una multitud que sea de buenos cristianos. ¿Cuántos pensáis que habrá en nuestra ciudad que se salven? Molesto es lo que voy a decir, pero no dejaré de decirlo. Pregunto: ¿cuánta maldad hay entre los jóvenes? ¿cuánta desidia entre los ancianos? Nadie tiene el debido cuidado en la educación de los hijos; no hay quien viendo a un anciano virtuoso trate de imitarlo. Los hombres modelos se han acabado. De aquí que tampoco los jóvenes sean preclaros.

No me digas: somos una multitud ingente. Eso es propio de hombres desidiosos. Puede eso tenerse en cuenta acá entre los hombres; pero acerca de Dios, que no necesita de nosotros, no puede tenerse en cuenta. Mas que aun respecto de los hombres, esa palabra *multitud* sea una palabra desabrida, óyelo. Quien tiene una turba de siervos, si éstos son malvados, ¿qué de males no sufrirá? Al que no tiene siervo alguno le parece cosa dura no tenerlos; pero el que tiene muchos y perversos va a la ruina juntamente con ellos, y así es mayor el daño que no tenerlos. Más pesado es andar luchando y combatiendo contra muchos criados que no el tener que servirse uno a sí mismo.

Digo estas cosas para que nadie admire las multitudes en las iglesias, sino que procuremos hacer que la multitud sea preclara, y que cada cual se empeñe en lo que le toca; y atraiga no solamente a los amigos, como muchas veces lo he repetido, ni a solos los parientes, ni a solos vecinos, sino a todos. Por ejemplo: se hace oración, y allí están los jóvenes todos y los ancianos sin fervor, y son más bien inmundicia que jóvenes, pues se ocupan en risotadas, chistes y cuentos. Pues bien tú que te hallas presente, joven o anciano, repréndelos, si así los ves, fustígalos con mayor acritud; y si no lo soportan, llama al diácono, amenázalos, haz lo que esté en tu mano; si en algo se atreven contra ti, tendrás ciertamente muchos que te ayuden.

¿Quién hay tan falto de razón que al ver cómo los reprendes y cómo ellos son reprendidos, no se ponga de tu parte? Regresa a tu

casa llevando el fruto de la oración. Aquí, en la casa del Señor, estimamos como mejores criados a los que no permiten que haya cosa alguna fuera de su lugar. Si vieras en esta casa algún objeto de plata abandonado por allí afuera, aun cuando no tuvieras el oficio, ¿acaso no lo restituirías a su sitio? Si vieras un vestido tirado en el suelo, aun cuando no estuviera a tu cuidado y aunque aborrecieras al que de él tiene el encargo, ¿acaso no cuidarías, por benevolencia con el dueño, de volvérselo debidamente? Pues bien, procede acá del mismo modo.

Esos jóvenes y esos ancianos son los objetos de la casa del Señor. Si notas que están por allí sin la debida compostura, ponlos en orden; acércate a mí, no lo rehuso; dímelo, ponme al tanto. Yo no puedo verlo todo... ¡Perdonad! ¡pero ved cuánta perversidad hay en el mundo! ¿Acaso sin motivo decía yo que somos un montón de heno y un mar alborotado? Ved que yo no afirmo obrar ellos así. Pero sí que quienes entran, con tanto sueño están, con tanta desidia van cargados, que ya de nada se corrigen.

Veo a otros que están por allí de pie y platicando mientras se hace oración; y los otros —sin duda los más molestos! ¿no?— proceden así aun mientras el sacerdote bendice. ¡Oh audacia! ¿Cuándo habrá salvación? ¿cuándo podremos aplacar la ira de Dios? Si vas a los juegos, verás que todos danzan siguiendo bellamente el ritmo y que nada se descuida. Pues así como en la lira perfectamente concertada y afinada en forma varia, de ese buen orden resulta una sinfonía, así conviene que acá resulte una bella armonía concertada y única de entre todos.

Somos una única Iglesia, somos miembros convenientemente dispuestos de una cabeza, formamos un solo cuerpo: si una sola cosa se descuida, todo el conjunto se descompone. El desorden de uno solo echa por tierra el recto orden de muchos. Pero lo tremendo en nuestro caso es que no vienes acá a danzas y bailes mundanos; y sin embargo ¿te presentas con desorden? ¿Ignoras que estás en compañía de los ángeles? Con ellos cantas, con ellos elevas los himnos ¿y te pones a reír? ¿No es acaso cosa de admirarse que no se lancen rayos de lo alto, no solamente contra éstos, sino contra todos nosotros? Porque tales cosas dignas son de castigarse con rayos.

Presente está el Rey; contempla todo el ejército, ¿y mientras ellos te miran, tú estás riendo o permites que el otro se ría? Pero ... ¿hasta cuándo estaremos increpando? ¿hasta cuando reprendiendo? ¿Acaso no habría sido conveniente arrojar de la iglesia a semejantes hombres como pestíferos, como corruptores, como corrompidos, como perniciosos, como cargados de males sin cuento? ¿Hasta cuándo se absten-

drán de reír esos que en el más tremendo momento del sacrificio están riendo? ¿Cuándo cesarán en sus chistes y bromas esos que al tiempo de la bendición están charlando? ¿No les da pena a causa de quienes se hallan presentes? ¿No temen a Dios? ¿No nos basta con la desidia de la mente, ni nos basta con andar distraídos y divagando al tiempo de la oración, para que incluso interpongamos risas y grandes carcajadas?

¿Son acaso los misterios representaciones teatrales? Yo por mi parte me persuado de que esto trae su origen del teatro, pues éste a muchos los torna desenfrenados y descompuestos. Lo que aquí nosotros edificamos, allá en el teatro se destruye. Pero no es éste el único efecto, sino que necesariamente se repletan de otras inmundicias los que allá acuden. Sucede como si alguno quisiera limpiar su barbecho; pero le envía una fuente desde un sitio más alto una lluvia de lodo: pues mientras quitas un lodo llega otra oleada de barro. Eso es lo que aquí sucede. Una vez que los hemos purificado de las inmundicias que trajeron del teatro y metieron acá, vueltos de nuevo al teatro regresan con mayores inmundicias. Y van llevando una vida tal como si de propósito quisieran molestarnos.

Regresan acá cargados de abundante estiércol en sus costumbres, en sus movimientos, en sus palabras, en sus risas, en su desgana de lo espiritual. Y nosotros de nuevo cavamos, como si también caváramos de propósito para enviarlos purificados y recibirlos de nuevo cargados de cieno. En consecuencia, a semejantes hombres yo los abandono a Dios. Y a vosotros, los que estáis sanos, os testifico desde ahora que tendréis juicio y condenación si veis a algunos así descompuestos proceder, especialísimamente si los veis en los tiempos dichos charlando, y no los corregís ni los amonestáis. Hacerlo será una obra más excelente que la misma oración. ¡Interrompe la oración y repréndelos! A ellos les aprovechará y también tú tendrás tu ganancia.

Así podremos todos conseguir la salvación y el Reino de los Cielos. Ojalá nos acontezca a todos disfrutarlo, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Tim. III, 12.
2. Eccli. XVI, 3.

HOMILIA XXV

Ahora bien, aquellos que fueron dispersados con ocasión de la persecución sobrevenida por lo de Esteban recorrieron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, aunque sólo anunciaban la palabra evangélica a los judíos.

(Hechos XI, 19)

NO AYUDÓ POCO a la predicación la persecución. Dice la Escritura: *Todo colabora al bien de quienes aman a Dios* ¹. Si los enemigos de la Iglesia se hubieran propuesto propagarla, no habrían procedido de modo diverso. Me refiero a la dispersión de los doctores y maestros. Advierte hasta dónde se extendió la predicación. Pues dice Lucas: *Recorrieron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, aunque sólo anunciaban la palabra evangélica a los judíos*. ¿Adviertes cómo todo lo que sucedió cuando lo del centurión Cornelio fue cosa providencial? Ayudó a la defensa de Cristo y a la acusación contra los judíos. De modo que cuando fue muerto Esteban, cuando Pablo estuvo dos veces en peligro de muerte, cuando los Apóstoles fueron azotados, cuando con frecuencia fueron expulsados de las ciudades, entonces fue cuando, recibieron en la Iglesia a los gentiles y a los samaritanos. Es lo que Pablo clama diciendo: *Era necesario anunciar la palabra de Dios primero a vosotros; pero dado que vosotros la rechazáis y os juzgáis indignos, ved que nos volvemos a los gentiles* ².

Recorrieron, pues, esas regiones y predicaban a los gentiles algunos varones. *Había entre ellos algunos chipriotas y cirenenses que llegados a Antioquía predicaron también a los griegos, evangelizándoles al Señor Jesús. La mano del Señor estaba con ellos. Y fueron en gran número los que se convirtieron y creyeron en el Señor Jesús*. Observa que predicán el Evangelio a los griegos. Es verosímil que supieran el idioma heleno y que en Antioquía hubiera muchos que

igualmente lo supieran. Dice Lucas: *Y la mano del Señor estaba con ellos*. Es decir que hacían milagros. ¿Adviertes cómo también acá los milagros tenían por objeto que los incrédulos creyeran?

Llegó a oídos de la Iglesia de Jerusalén la noticia de estos sucesos y enviaron a Bernabé a Antioquía. ¿Por qué, pues una ciudad tan importante abrazaba la fe y el Evangelio, no fueron allá personalmente los Apóstoles, sino que enviaron a Bernabé? Fue a causa de los judíos. Pero, en cambio, un gran acontecimiento se lleva a cabo, pues Pablo por este camino va a Antioquía. Y los judíos no lo rechazan por un motivo muy providencial: para que no quedara encerrada y recluida aquella voz del Evangelio y trompeta de los Cielos en la ciudad de Jerusalén.

¿Adviertes cómo en todas partes aprovecha Cristo, en cuanto es necesario, las maldades de los judíos, en la forma que El quiere? Así lo hizo respecto del odio que a Pablo profesaban, para la fundación de la Iglesia entre los gentiles. Pero también considera cómo este otro varón santo (me refiero a Bernabé) no atiende a sus propios intereses, sino que corre a Tarso de Cilicia. *Cuando Bernabé llegó y vio la gracia de Dios se regocijó; y los exhortó a todos a permanecer fieles al Señor con firme corazón. Porque era varón bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe. Y se adhirió al Señor una gran muchedumbre. Entonces fue él a Tarso en busca de Pablo. Y luego que lo encontró lo condujo a Antioquía*. Era Bernabé un varón excelente, sencillo y amigo de Pablo. Por esto se dirigió al atleta, al caudillo, al combatiente en retos singulares, al león... Pero no se qué decir, pues cuanto diga es inferior a la dignidad de Pablo.

Vino Bernabé al perro de caza, al matador de leones, al toro esforzado, a la lámpara resplandeciente, a la boca capaz de dirigirse al orbe entero. Con razón los fieles de Antioquía recibieron el nombre de cristianos, pues por tan largo tiempo permaneció Pablo en ella. *En aquella iglesia convivieron todo un año y adoctrinaron a una copiosa multitud. Y fue en Antioquía en donde primeramente los discípulos comenzaron a ser llamados cristianos*. No es pequeña esta alabanza para la ciudad. Y delante de todos puede alegarse que fue ella la primera que disfrutó de tan grande elocuencia y por tanto tiempo. De manera que por tal motivo los fieles allí por primera vez recibieron el nombre de cristianos.

¿Adviertes a qué cumbres levantó Pablo esta ciudad y la tornó más esclarecida? Obra fue de Pablo. En aquella otra, en la que creye-

ron tres mil y cinco mil, no sucedió esto: allá tan sólo se decían seguidores; acá se llamaron cristianos. *Por aquellos días bajaron unos profetas de Jerusalén a Antioquía.* Puesto que convenía plantar acá el árbol de la limosna y recoger sus frutos, con razón útilmente se provee que vengan los profetas. Considera cómo ninguno de los preclaros fue maestro ni doctor de los antioqueños. Sus maestros fueron chipriotas, cirenenses y Pablo, aunque éste a todos los superó; así como Pablo había tenido por maestros a Bernabé y Ananías. Pero no por esto fue menor, pues su verdadero Maestro era Cristo. *Y levantándose uno de ellos, de nombre Agabo, predijo, inspirado por el Espíritu Santo, que iba a sobrevenir una gran hambre sobre toda la tierra; la que sobrevino bajo el imperio de Claudio.*

Indica aquí que necesariamente habría una gran hambre; la que sobrevino tal como se había predicho. Para que no creyeran que el hambre había sobrevenido a causa de la llegada del cristianismo por haberse retirado los Genios, el Espíritu Santo anuncia lo que sucederá, así como Cristo predijo muchas cosas que luego acontecieron. Ni vino el hambre porque así conviniera desde el principio que sucediera, sino a causa de los males infligidos a los Apóstoles. Mientras se les causaban, Dios por un tiempo sufría con paciencia; pero como continuaran los judíos en causarles daños, finalmente sobrevino aquella hambre como prenuncio de los males que iban a descargar sobre los judíos.

Ahora bien, aunque el hambre era a causa de los judíos, convenía en bien de los otros que cesara. ¿Qué mal habían hecho los helenos para que les tocara parte en esa hambre? Si pues no convenía que cesara teniendo en cuenta a los judíos, lo conveniente era que por ella se tornara más esclarecidos, ya que ponían todo su empeño en matar, castigar, golpear y perseguir en todas partes. Considera también cuándo vino a suceder esta hambre, o sea cuando ya los gentiles habían sido recibidos en la Iglesia.

Dirás que si el hambre vino por los males causados, lo conveniente era que los fieles quedaran exentos de ella. Mas entonces, ¿cómo es que Cristo les había predicho: *En el mundo tendréis tribulación?* ³. Tú que propones esta objeción quizá también añadas que no convenía que los Apóstoles fueran azotados. Pero advierte cómo a los fieles el hambre les ayudó para su salvación: fue ocasión de las limosnas y trajo muchos otros bienes; como también los hubiera traído para vosotros si hubierais querido, pero no quisisteis. También se les predice

el hambre por otro motivo, o sea para que estén más preparados a dar limosna, pues sufrieron muchos los que permanecieron en Jerusalén, mientras que anteriormente no padecían hambre. Entonces enviaron a Pablo y a Bernabé para que llevaran los auxilios. *Y los discípulos enviaron cada cual según sus recursos.* ¿Adviertes cómo ellos en cuanto creyeron al punto lograron el fruto; y esto no solamente los que vivían cerca sino también los que vivían lejos?

Paréceme que aquí se dice lo que Pablo en otro lugar: *Nos alargaron la mano a mí y a Bernabé; y solamente que no olvidáramos a los menesterosos* ⁴. ¡Tantos bienes trajo el hambre! Observa cómo ellos no prorrumpieron en lágrimas y llantos a causa del hambre, como hacemos nosotros, sino que se entregaron a una buena obra, pues así predicaban con mayor libertad la palabra. Tampoco dijeron: Nosotros, chipriotas y cirenenses, vamos a acometer por nuestra cuenta a esta ciudad magnífica y grande, sino que confiados en la Gracia de Dios, emprendieron el adoctrinamiento; y los otros no se desdénaron de aprender algo de tales maestros.

Observa cómo de pequeños principios se lleva adelante la obra toda, se extiende la predicación, y piensan y sienten igual los que viven en Jerusalén y todos los otros; hasta el punto de que el orbe entero parecía una morada única. Habían oído que los de Samaria habían recibido el Evangelio, y enviaron allá a Pedro y a Juan; oyeron lo sucedido en Antioquía, y envían allá a Bernabé. Esos sitios distaban de Jerusalén, y no era conveniente aún que los Apóstoles se separaran de ella con el objeto de no parecer que huían y desamparaban a los suyos. Sólo se separaron cuando ya fue necesario; cuando ya se vio que los judíos eran insanables; cuando por estar ya inminente la guerra, ellos habrían perecido; cuando, en fin, se dio la sentencia. Porque ellos permanecieron allí hasta que Pablo fue a Roma. No salieron de Jerusalén porque tuvieran temor a la guerra. ¿Cómo puede decirse que la temieran cuando se lanzaban en medio precisamente de los que iban a cercar la ciudad?

Por otra parte, la guerra se declaró cuando ya habían muerto los Apóstoles. Entonces se cumplió en los judíos lo que estaba predicho: *Está por llegar sobre ellos el castigo final* ⁵.

De manera que cuanto menos brillaban ellos en Antioquía, tanto más brillaba la Gracia obrando grandes cosas por medio de instrumentos pequeños. Pero repitamos ya lo anterior. *Los exhortó a todos a permanecer fieles al Señor, porque era varón bueno.* Paréceme que

bueno tiene aquí el sentido de sencillo, no fingido y que grandemente anhelaba la salvación del prójimo. Y no sólo era bueno, sino que estaba lleno de Espíritu Santo y de fe. Por lo cual, de corazón los exhortaba a todos, o sea con encomios y alabanzas.

Considera cómo esta ciudad, a la manera de un suelo fecundo, recibió la semilla y produjo abundante fruto. Mas ¿por qué fue Bernabé a llamar a Pablo y lo condujo acá? No fue sin motivo, sino porque acá había buena esperanza de fruto y la ciudad era más populosa y había acá una gran multitud. ¿Observas cómo todo lo va obrando la Gracia y no Pablo? ¿Ves cómo todo comenzó con humildes principios? ¿Ves cómo Bernabé fue enviado cuando ya la obra resplandecía? ¿Por qué no lo enviaron inmediatamente? Porque tenía Bernabé a su cargo cosas muy importantes; y por otra parte, tampoco querían dar motivos a los judíos de acusarlos por recibir en la Iglesia a los gentiles; y esto aun habiendo precedido el caso de Cornelio, pues necesariamente se hallaban mezclados y tenía que haber discusiones entre ellos. Y aun ahora dicen: así como nosotros somos para los gentiles, así ellos para los circuncidados. Advierte cómo la necesidad impuesta por el hambre llevó consigo la comunicación con esas gentes de los enviados a Jerusalén.

Reciben los de allá limosnas de parte de los de acá, que no soportaban como nosotros las calamidades con llantos, sino con mayor seguridad, por hallarse lejos de quienes pudieran impedir la palabra y por vivir entre hombres que no temían a los judíos: cosa que no poco ayudaba. Y fueron hasta Chipre, en donde había plena seguridad y libertad mayor. *A nadie anunciaban la palabra, sino sólo a los judíos.* Y no era por temor a los hombres, pues de esto no hacían caso, sino por guarda de la Ley y tolerando todavía a los judíos. *Había entre ellos algunos chipriotas y cirenenses.* Estos sobre todo para nada se cuidaban de los judíos. *Y éstos predicaron también a los helenos, evangelizándoles al Señor Jesús.* Quizá los llamaban griegos porque no sabían el hebreo.

Cuando llegó Bernabé y vio la Gracia de Dios, no la humana diligencia, los exhortaba a permanecer fieles al Señor. Convirtió a muchos, quizá porque los alababa y aprobaba sus proceder. ¿Por qué no le escriben a Pablo, sino que le envían a Bernabé? Aun no conocían su virtud; por lo cual determinaron que solamente Bernabé fuera hasta Antioquía. Como la multitud era grande y nadie ponía obstáculos, fácilmente germinó la fe; en especial porque no padecían

prueba alguna. Además por ser Pablo quien predicaba y no verse él obligado a huir. Razonablemente no predicen ellos el hambre, sino los profetas, con el objeto de no parecer molestos a los antioqueños. Podemos admirarnos de que los antioqueños no se indignaran ni se sintieran despreciados, sino que estuvieran contentos con sus maestros; pero esto sucedía por el fervor con que se aplicaban a escuchar la palabra. Entonces ellos sin esperar a que llegara el tiempo del hambre, enviaron sus limosnas, cada cual según sus posibilidades.

Advierte cómo entre los Apóstoles, son a otros a quienes se les cargan negocios de tal naturaleza, mientras que acá se escoge a Pablo y a Bernabé. Y no sin grave motivo se hacía esto. Por otra parte, eran los comienzos, y convenía no escandalizar. Actualmente nadie procede así, a pesar de que hay una hambre más cruda que aquélla. Porque no es lo mismo sufrir una calamidad común, a que sean únicamente los pobres los que andan humillados, en tanto que todos los demás gozan de abundancia. En aquella ocasión el hambre era general y los que daban limosnas eran pobres, puesto que dice Lucas: *Cada cual daba según sus posibilidades*. Acá, en cambio, padecemos doble hambre, así como hay doble abundancia.

Hay grave hambre, pero no de oír la palabra sino de recibir de limosna el alimento. En aquel tiempo tanto los pobres que había en Judea como los que enviaban limosnas desde Antioquía, disfrutaban de un bien, aunque más lo disfrutaban los antioqueños que los judíos. Acá, en cambio, tanto nosotros como los pobres, todos andamos hambrientos: los pobres porque no tienen el alimento necesario; nosotros porque se nos escasea la misericordia de Dios. Y nada hay más necesario que este alimento. En esta clase de alimento no se padecen los males que de la hartura suelen provenir, ni se echa al excusado la mayor parte de él. Nada hay más bello ni más sano que el alma que de él se nutre. Ella está por encima de toda enfermedad, de toda hambre corporal, de toda indisposición, de todo malestar. Nadie la puede secuestrar. Así como a un cuerpo diamantino es incapaz el hierro ni otra cosa alguna de hacerle daño, así tampoco puede cosa alguna dañar al alma fortalecida con la limosna.

Pregunto yo: ¿qué podría jamás dañarla? ¿La pobreza? De ningún modo, puesto que vive en las regias despensas. ¿Acaso un ladrón o un ratero? Nadie puede perforar aquellas paredes. ¿Acaso los gusanos? Pero este tesoro es superior a toda ruina. ¿El temor y la envidia? No pueden alcanzarla. ¿Las falsas acusaciones y las asechanzas? Tam-

co, porque es un tesoro inasible. Pero sería conveniente presentar sólo los bienes que tiene consigo la limosna y pasar en silencio sus contrarios. Porque la limosna no sólo se encuentra libre de toda envidia, sino que además disfruta de las abundantes bendiciones de quienes la reciben. Así como los crueles e inhumanos no únicamente se hacen enemigos de aquellos a quienes dañan, sino además de cuantos se compadecen de los dañados, y los acusan de inhumanos, así quienes han dispensado grandes beneficios son alabados no únicamente de quienes los reciben, sino también de muchos otros.

Mas ¿qué digo libres de la envidia? También lo están de los que ponen asechanzas, de los ladrones, de los perforadores de paredes. Y no es éste el único bien de la limosna, sino que además los haberes no se disminuyen, pues al revés se aumentan y crecen. ¿Quién más repugnante, repulsivo, inicuo que Nabucodonosor? Era un hombre impío: vio mil señales, mil prodigios, pero no quiso convertirse, sino que echó al horno a los siervos de Dios, aunque después los reverenció. Y ¿qué le dice el profeta? *Oh Rey: acepta mi consejo. Redime tus pecados mediante las limosnas, y tus impiedades con misericordias para con los pobres. Quizá tengan perdón tus pecados* ⁶.

No habló así porque dudara (pues estaba perfectamente persuadido de ello), sino para ponerle mayor temor y más obligarlo a proceder con misericordia. Si Daniel se lo hubiera dicho en forma afirmativa, el Rey se habría tornado más negligente. También nosotros apuramos más a algunos cuando les decimos: Exhortad a fulano, pero no añadimos que ese fulano con toda certeza les hará caso, sino que decimos que tal vez los escuchará. Con esa duda nace el temor y éste empuja con más fuerza a exhortar. No hay pecado que no pueda purificar la limosna y borrarlo. Todo pecado es menor que ella: ella es apto remedio para cualquier úlcera.

¿Quién peor que aquel publicano? Oficio es éste que da ocasión a toda iniquidad; y sin embargo, con la limosna Zaqueo purificó toda la suya. ¿Adviertes cómo lo declara Cristo cuando cuidó de tener bolsa común y llevar en ella las cosas que depositaban? Pablo a su vez dice: *Solamente que nos acordemos de los pobres* ⁷. Y en las Escrituras con frecuencia se trata esta materia. Así dice: *las riquezas propias son el precio del alma del varón* ⁸. Y Cristo dice: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme* ⁹. Esta es la verdadera perfección.

Por lo demás la limosna se ejercita no únicamente con los dineros, sino también con las obras. Por ejemplo: podemos patrocinar a otros,

podemos darles la mano. Muchas veces mejor salvará el patrocinio que el dinero. ¡Ea, pues! traigamos ahora a cueto todos los géneros de limosnas. ¿Puedes hacerla con dinero? No tardes. ¿Puedes mediante el patrocinio? No te disculpes con que no tienes dineros: eso nada significa. Grande cosa es patrocinar: quedarás gozoso como si hubieras dado dinero. ¿Puedes ayudar prestando un servicio? Hazlo. Por ejemplo: ¿eres por tu arte un médico? Cura a los enfermos: gran cosa es también ésta. ¿Puedes ayudar con el consejo? Esto es lo mejor y más excelente y tiene la mayor ganancia. Por este camino no echas fuera el hambre, sino una muerte gravísima.

Llenos estaban de este bien los Apóstoles; y por tal motivo encomendaban a sus inferiores la distribución de los dineros, mientras ellos ayudaban con la palabra. ¿Piensas acaso ser pequeña limosna el poder librar de su enfermedad a una alma angustiada y que anda en extremo peligro, enredada en el ardor de la fiebre? Pongo el caso. ¿Vas a visitar a un amigo aprisionado por la avaricia? Compadécete de él. ¿Se anda asfixiando? Apágale ese fuego. Dirás: pero ¿y si no hace caso? Tú haz lo que está de tu parte y no seas desidioso. ¿Ves que está encadenado? Porque los dineros son auténticas cadenas. Vísitalo; ve a su casa, consuélalo, esfuérzate en quitarle la cadena. Si no quiere, la culpa es suya. ¿Ves a otro desnudo y peregrino? Desnudo y peregrino es en verdad respecto del Cielo quien no cuida de seguir el recto camino. Recíbelo en tu posada, vístelo con las vestidura de la virtud; procúrale la ciudad del Cielo.

Dirás: pero ¿y si yo mismo ando desnudo? Pues primeramente procura vestirte a ti mismo. Si ya conoces que andas desnudo, también conoces ya perfectamente que debes vestirte. Y si conoces de qué clase es esa desnudez, podrás también conocer la clase de vestido que necesitas. ¡Cuántas mujeres llevan vestidos de seda, pero van totalmente desnudas de la vestidura de la virtud! Pues que sus esposos les procuren tales vestiduras. ¿Es que ellas no admiten semejantes vestiduras sino aquellas otras? Pues comienza por aquí: infúndeles el anhelo de tales vestiduras. Demuéstrales que van desnudas; háblales del juicio futuro. Diles: ¡de otros vestidos necesitas y no de éstos!

Si me lo soportáis, os demostraré su desnudez. El que anda desnudo, en el tiempo del frío anda rígido y tiembla y tiene contraídos sus miembros y los brazos encogidos. No así en el verano. Ahora bien, si os demuestro que los ricos, hombres y mujeres, tanto andan más desnudos cuanto más se cargan de vestidos, no os molestéis. os pre-

gunto, pues: cuando hablamos de la gehenna y de aquellos tormentos ¿acaso no son ellos los que más tiemblan y quedan yertos, más que los desnudos del cuerpo? ¿No lloran amargamente y condenan sus propios procederese? ¿Acaso cuando se acercan a otro y le dicen: Ruega a Dios por mí, no usan de las mismas expresiones que aquellos otros desnudos?

Pero, en fin, aun cuando hayamos dicho muchas cosas, aún no queda suficientemente de manifiesto su desnudez. Pero allá en la vida futura sí estará manifiesta. ¿Cómo y de qué manera? Cuando perdidos y dejados acá todos esos vestidos y piedras preciosas, se vean todos cubiertos únicamente con el vestido de sus virtudes o de sus vicios; cuando los pobres se presenten cubiertos de gloria grande; y los ricos, desnudos y vergonzosos y arrastrados a los tormentos. ¿Quién había más delicado que el rico Epulón? Se vestía de púrpura. ¿Quién más pobre que Lázaro? Pues bien: ¿cuál de los dos era el que profería palabras de mendigo y cuál el que vivía como en plena abundancia allá en la otra vida?

Si alguno adornara su casa con muchos cortinajes, pero él viviera allá dentro desnudo, ¿qué ganaría? Pues eso les acontece a las mujeres: arreglan la casa de su alma que es el cuerpo con cantidad de adornos, pero allá en su interior la señora de la casa permanece desnuda. Prestadme los ojos del alma y os mostraré la desnudez del alma. ¿Cuál es el vestido del alma? La virtud. ¿Cuál es la desnudez del alma? La perversidad. Si alguno despoja de sus vestidos a un hombre libre, éste se ruboriza, se encoge, huye. Del mismo modo, si queremos contemplar al alma no ceñida con esas vestiduras que son las que actualmente, avergonzadas de sí mismo, se lanzan al abismo, como buscando allá un velo que las cubra, como si después no hubieran de oír aquellas terribles palabras del severo Juez? En cambio, las que no tienen conciencia de semejante pecado, se gozan y se deleitan y se glorían de la sentencia del Juez.

Oye lo que se cuenta de la bienaventurada Tecla. Por ir a ver a Pablo repartió sus dineros. Y tú, en cambio, para ver a Cristo, ¿no das ni un óbolo? ¡Admiras los hechos de esa doncella, pero no los imitas! ¿No oyes cuán bienaventurados se llama a los misericordiosos? Dice Cristo: *Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia* ¹⁰. ¿Qué ganancia se saca de los vestidos preciosos? ¿Cuándo por fin anhelaremos aquel otro vestido? Revistámonos de la gloria de Cristo; ciñámonos de su hermosura, para que así seamos

alabados allá arriba y consigamos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean juntamente al Padre en unión del Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Rom. VIII, 28.
2. Hechos XIII, 46.
3. Juan XVI, 33.
4. Gálat. II, 9-10.
5. I Tesal. II, 16.
6. Dan. IV, 24.
7. Gálat. II, 10.
8. Prov. XIII, 8.
9. Mat. XIX, 21.
10. Mat. V, 7.

INDICE

<i>Homilía XIII.</i> Entonces, levantándose el Sumo Sacerdote y todos los que lo rodeaban, se llenaron de envidia. Y prendieron a los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. (Hechos V, 17)	3
<i>Homilía XIV.</i> Entonces se levantó en el Sanedrín un fariseo, por nombre Gamaliel, doctor de la Ley, de gran prestigio ante todo el pueblo; y ordenó sacar fuera un momento a aquellos hombres. (Hechos V, 34).....	14
<i>Homilía XV.</i> Esteban, lleno de gracia y de poder, obraba milagros y prodigios grandes en presencia del pueblo. (Hechos VI, 8).....	26
<i>Homilía XVI.</i> Y le habló Dios de esta manera, diciendo: Que su descendencia será forastera en país extranjero y los esclavizarán y los vejarán durante cuatrocientos años. Pero Yo, dice el Señor, castigaré a la nación a la cual servirán. Y tras esto saldrán y me rendirán culto en este lugar. (Hechos VII, 6-7)	37
<i>Homilía XVII.</i> A este Moisés, al que repudiaron diciendo: ¿Quién te ha constituido juez y jefe? a éste envió Dios como jefe y libertador, con el auxilio del Angel que se le apareció en la zarza. (Hechos VII, 35)	48
<i>Homilía XVIII.</i> Al oír esto sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra él. (Hechos VII, 54)	
<i>Homilía XIX.</i> El ángel del Señor habló así a Felipe: “Levántate y toma en dirección del mediodía el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es un camino solitario”. Y él se levantó y se puso en camino. (Hechos VIII, 26)	58
<i>Homilía XX.</i> Vivía en Damasco un discípulo, por nombre Ananías; y le dijo el Señor en visión: ¡Ananías! El res-	71

pondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor a él: Levántate y ve pronto a la calle llamada Recta, y pregunta en la casa de Judas por uno que se llama Saulo, de Tarso: pues está en oración. Y vio Saulo en visión a un varón, de nombre Ananías, que entraba y le imponía las manos para que recobrara la vista. (Hechos IX, 10-12)	84
<i>Homilía XXI.</i> Habiendo llegado Pablo a Jerusalén, intentaba juntarse con los discípulos. Pero todos desconfiaban de él; y no creían que fuese discípulo. Entonces Bernabé lo tomó y lo presentó a los Apóstoles y les refirió cómo en el camino había visto al Señor. (Hechos IX, 26-27)	94
<i>Homilía XXII.</i> Vivía en Cesárea un varón de nombre Cornelio, centurión de la cohorte llamada Itálica, religioso y temeroso de Dios, como toda su familia. Hacía muchas limosnas al pueblo; y hacía continua oración a Dios. Al derredor de las tres de la tarde tuvo una visión. A plena luz se le apareció un ángel de Dios que se le acercó y le dijo: ¡Cornelio! Este, mirándolo atentamente y lleno de temor, le dijo: ¿Qué hay, Señor? Le dijo aquél: Tus plegarias y limosnas han subido como sacrificio memorial al trono de Dios. (Hechos X, 1)	105
<i>Homilía XXIII.</i> Al día siguiente Pedro se levantó y partió con ellos. Y algunos de los hermanos de Jope fueron con él a Cesárea. Cuando habiendo convocado a sus parientes y amigos íntimos, los esperaba. (Hechos X., 23-24)	115
<i>Homilía XXIV.</i> Estaba aún Pedro pronunciando este discurso, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la predicación. Y se maravillaron los fieles procedentes de la circuncisión que habían venido con Pedro de que también sobre los gentiles se hubiera difundido la gracia del Espíritu Santo, pues los oían hablar en lenguas y glorificando al Señor. (Hechos X, 44-46)	126
<i>Homilía XXV.</i> Ahora bien, aquellos que fueron dispersados con ocasión de la persecución sobrevenida por lo de Esteban recorrieron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, aunque sólo anunciaban la palabra evangélica al los judíos. (Hechos XI, 19)	137